

ESTEBAN HERNÁNDEZ

EL TIEMPO PERVERTIDO

**Derecha e izquierda
en el siglo XXI**




akal

ESTEBAN HERNÁNDEZ

EL TIEMPO PERVERTIDO

**Derecha e izquierda
en el siglo XXI**




akal

Akal / Anverso

Esteban Hernández

El tiempo pervertido

Derecha e izquierda en el siglo XXI



akal

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

Este brillante ensayo analiza cómo hacer política en una época de incertidumbres en la que la confianza en el futuro se ha perdido, en la que las revoluciones conservadoras trastornan el orden político y en donde el liberalismo y la socialdemocracia tradicionales apenas si consiguen mantenerse en pie. *El tiempo pervertido* analiza quiénes ganan y quiénes pierden en este nuevo orden político y social, cómo se está reconstruyendo el capitalismo, qué nuevas fuerzas políticas está produciendo y quién sacará partido de todo ello. Mediante un análisis descarnado, privado de justificaciones puramente ideológicas, y atento a los cambios subterráneos, Esteban Hernández se pregunta, ante todo, qué hacer en este momento histórico en el que todo lo sólido vuelve a desvanecerse en el aire.

«Esteban Hernández hurga en el subsuelo, allí donde está el poder y encallan las ideologías.»
JOSEP RAMONEDA

«Una lectura necesaria en tiempos de incertidumbre e inestabilidad.» CLARA RAMAS

«Un manual de intervención inmediata imprescindible para la planificación política del momento.» FERNANDO BRONCANO

«Hernández tiene la notable habilidad de narrar la crónica de la batalla ideológica mientras esta se libra de espaldas a la mayoría.» DANIEL BERNABÉ

«Un libro que debería ser de obligada lectura para todo el espectro político del país.»
MANUEL ESCUDERO

«Esteban Hernández es una brújula infalible para salir del laberinto posmoderno en que se pierde la izquierda». JUAN SOTO IVARS

«*El tiempo pervertido* nos proporciona una brillante reflexión sobre nuestra inédita desconfianza en el futuro.» SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ

Esteban Hernández es periodista de *El Confidencial*. Analista político de referencia, es autor de *El fin de la clase media* (2014), *Nosotros o el caos: así es la derecha que viene: Un análisis del nuevo conservadurismo en la empresa y en la política* (2015) y *Los límites del deseo. Instrucciones de uso del capitalismo del siglo XXI* (2016).

«¿Quién gobernará el futuro? La respuesta no está en los discursos y en las proclamas sino en lo que estos esconden. Esteban Hernández hurga en el subsuelo, donde está el poder y encallan las ideologías.»

Josep Ramoneda

«En este provocador ensayo, Esteban Hernández nos obliga a reflexionar respecto de las expectativas frustradas del futuro y las angustias del presente, que tanto peso ganan en la política actual. Una lectura necesaria en tiempos de incertidumbre e inestabilidad.»

Clara Ramas

«Esteban Hernández dibuja con tanta lucidez como desgarró las líneas de fuga del mundo contemporáneo, sometido a una cuarta revolución neoconservadora que responde al fin de la globalización y el comienzo de la geopolítica de los grandes poderes. La izquierda (mundial, europea, española), sin embargo, sigue atada a un guión que fue escrito para un mundo que ha desaparecido. Un manual de intervención inmediata imprescindible para la planificación política del momento.»

Fernando Broncano

«Hernández tiene la notable habilidad de narrar la crónica de la batalla ideológica mientras esta se libra de espaldas a la mayoría. Este libro funciona a modo de cartografía de nuestro presente, pero sobre todo de mapa de un futuro inmediato en el que el panorama político cambiará irremisiblemente.»

Daniel Bernabé

«Esteban Hernandez, uno de los pensadores progresistas más lúcidos e inspiradores en el panorama español, se asoma al abismo de las ideologías con su mirada sin compromiso, una mirada que no renuncia a los conceptos

de izquierda y derecha, pero explora su significado a estas alturas del siglo XXI. El resultado es una guía inspiradora en los tiempos de encrucijada que vivimos. Un libro que debería ser de obligada lectura para todo el espectro político del país.»

Manuel Escudero

«Esteban Hernández es una brújula infalible para salir del laberinto posmoderno en que se pierde la izquierda, porque sabe dónde está el poder y cómo se las apaña para no ser visto».

Juan Soto Ivars

«En un mundo confuso, en el que derecha a izquierda, conservar o progresar, ya no son espacios comprensibles, *El tiempo pervertido*, de Esteban Hernández, nos proporciona una brillante reflexión sobre nuestra inédita desconfianza en el futuro. El libro de Hernández es a la vez una obra de historia y de ensayo, que nos coloca ante la evidencia de que se terminó un mundo que creía en el progreso tranquilo o en la modernización de viejos referentes. Con una prosa precisa, el autor nos lleva a través de un mundo lleno de señales de alarma.»

Soledad Gallego-Díaz

Diseño de portada
RAG

Motivo de cubierta
Antonio Huelva Guerrero

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Esteban Hernández, 2018

© Ediciones Akal, S. A., 2018

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4691-2

Prólogo

Este es un libro obligado. Me lo debía desde el momento en que fui consciente de que estaba viviendo una fantasía. Vi en los ojos de mis padres lo que suponían las prolongadas jornadas laborales, la continua preocupación por salir adelante, el esfuerzo incesante por la subsistencia y pensé que mi vida podía ser distinta. Como adolescente cuya educación sentimental se construye con Springsteen y The Clash, entre las pequeñas epopeyas de asfalto y la altivez que impugnaba lo establecido, deseaba encontrar un destino diferente del de pasar horas y horas en el trabajo y llegar a casa cargado de preocupaciones. Estábamos en otra época, pensaba, una que me iba a permitir forjarme mi propia vida, fuera eso lo que fuese, en la que las obligaciones salariales no determinarían mi tiempo de un modo radical y en la que pudiese sentirme un poco más libre. Para cuando nacieron mis hijos estaba trabajando de *freelance* y los días de descanso con los que contaba al año eran cuatro en Semana Santa y quince en verano. Los fines de semana y los festivos también estaba encadenado al ordenador, mirando de vez en cuando el horizonte por la ventana y pensando que la vida estaba ahí fuera, en algún lugar; adivinando algo al fondo que nunca podría tocar. Mis circunstancias objetivas han variado en alguna medida, pero conservo esa sensación, y supongo que así será en lo me quede de existencia, porque las cosas no tienen pinta de mejorar.

He escuchado a muchas personas de edades muy diferentes describir un sentimiento similar, de parálisis, de frustración, de ruptura de expectativas, de percibirse anclados en una situación de difícil salida. Proviene de distintas extracciones sociales y sus esperanzas y sus realidades son también dispares. Pero casi todos ellos se han acostumbrado a lidiar con la incertidumbre y las discontinuidades y se han adaptado a esa vida contingente; están a lo que hay y no piensan demasiado en lo que vendrá. Sin embargo, cada vez que verbalizan este tipo de sentimientos se suelen encontrar con un par de insistentes refutaciones. De una parte, están quienes subrayan que la nuestra es una época complicada (a causa sobre todo de los políticos), pero los tiempos que vienen serán mucho mejores. Estamos en un instante de cambio

que, una vez atravesado, nos llevará a un mundo más satisfactorio. La tecnología, la innovación y las nuevas formas organizativas abren posibilidades enormes y debemos estar dispuestos a aprovecharlas. Eso supone adaptarse, prepararse y enfocarse, y no responder adecuadamente en ese plano explica las expectativas fracasadas. La segunda es más prosaica y señala con el dedo a las esperanzas defraudadas de la clase media, que son parte de un pasado que debe olvidarse, alimentado por personas con mentalidad obsoleta. Unos dicen que el deseo de vivir una existencia en la que se cuente con alguna capacidad de autodeterminación se cumplirá en el futuro siempre y cuando se hagan sacrificios en el presente, y otros simplemente desdeñan estos argumentos como si fueran proferidos por gente que ha desaparecido en el pozo de la historia pero que aún no es consciente de ello.

Presenté mi segundo ensayo en una librería cercana al bar en el que mi padre comenzó a trabajar cuando vino a Madrid, situado en una zona céntrica ahora de moda. En aquella época era usual compartir vivienda porque la capital no había podido absorber la gran cantidad de personas que habían llegado a la ciudad atraídas por el creciente número de puestos de trabajo. En su barrio había numerosas familias con hijos pequeños que se veían obligadas a compartir piso con derecho a cocina, ya que el parque de viviendas era escaso y los precios de las existentes resultaban prohibitivos. Hoy esos mismos pisos están destinados al alquiler, continúan siendo caros y muchos son compartidos. Ya no los ocupan emigrantes del interior de España que buscan su lugar entre el neón, sino ese tipo de gente que mira con suficiencia a quienes no se han acomodado a las exigencias del futuro o la que responsabiliza al obsoleto clasemedianismo de muchos de los males sociales.

Es una paradoja más de una época en la que la gran mayoría de la gente tiene menos poder de decisión, cuyas opciones vitales disminuyen y que al mismo tiempo que amplían los espacios en los que puede moverse, ve cómo se reducen sus posibilidades de ascender algún peldaño en la escalera social. Sin embargo, domina la convicción de que el mundo es más libre, que estamos avanzando continuamente y que las posibilidades de elegir cómo será nuestra vida han aumentado en gran medida. Y pensé que me debía una explicación acerca de cómo era posible que ese futuro potencialmente brillante nunca llegue, que el presente se estreche y que el pasado sea sinónimo de todo lo que va mal en el mundo.

El texto también responde a otra clase de deuda personal. Después de tanto tiempo incidiendo a través de artículos de prensa diaria en los problemas de análisis, en la falta de comprensión del mundo contemporáneo y en las contradicciones en que las izquierdas y las derechas oficiales caen permanentemente, me sentía en la obligación de explicar el punto de partida y de fijar el terreno concreto desde el cual se emiten esas críticas, también para quedar sujeto a ellas. Todo lo relacionado con la palabra escrita es hoy completamente secundario en cuanto a relevancia social y por tanto quizá sea un asunto sin importancia, pero sigo creyendo en que un libro es el mejor camino para ayudarnos a comprender lo que pasa ahí fuera, acercarnos más a la realidad y establecer un diálogo en el que puedan encontrarse puntos de coincidencia y de reunión. Quería participar activamente en el debate y este ensayo responde a esa intención.

He tratado de cumplir este deber para conmigo mismo subrayando algunos aspectos que apenas son objeto de atención a pesar de su vigencia. Por algún motivo, existe una gran dificultad para entender cómo se ha reconstruido el capitalismo, cuál es su estructura de clase, de dónde y cómo obtiene sus recursos, y quiénes salen ganando y quiénes perdiendo en el nuevo contexto, pero también para asimilar el giro geopolítico, el nuevo papel de EEUU y China, las tensiones dentro de la UE y el final del mundo hegemónico y unipolar, ese que hemos llamado globalización. A menudo tengo la sensación de que las transformaciones que están alterando nuestra vida diaria y nuestras opciones de futuro, y que han dado forma a las nuevas fuerzas políticas que atraviesan Occidente, son pasadas por alto mediante interpretaciones demasiado deudoras de las tradiciones ideológicas. Son muy sorprendentes las dificultades del materialismo contemporáneo para comprender las revoluciones conservadoras, fenómenos que no encajan del todo en la izquierda y en la derecha tradicionales, que juegan con la hibridez, que mezclan lo económico y lo cultural y que son las grandes triunfadoras políticas y sociales de los últimos cuarenta años. Del mismo modo, resulta peculiar cómo desde la derecha liberal se utilizan discursos relacionados con la libertad y la seguridad, mientras que en la aplicación de sus planes prima el materialismo de una manera insistente.

Escribir este libro es también una impugnación a una manera de entender la política y la sociedad que está dando forma a un espacio público reaccionario. La sociedad se ha parcelado en grupos que establecen límites muy estrechos

acerca de lo que puede ser dicho y lo que no, y que atacan con prontitud y determinación a quienes se salen de los márgenes. Se construye así una esfera comunicativa, a menudo amplificadas por las nuevas empresas ligadas a lo digital, que no es más que un mero espacio de exhibición de fuerzas y de lucha por el poder, en el que lo sesgado, lo simple y lo interesado se mezclan con demasiada frecuencia. Una sociedad reaccionaria no consiste sólo en un conjunto de creencias, sino que comporta una actitud: la hostilidad hacia quien promueve ideas diferentes. En el fondo, no es más que el rechazo de todos aquellos que no se mueven por motivos instrumentales. Cuando la mayoría de las opiniones circulantes se sustentan en dar la razón a quienes detentan el poder, a quienes pueden proporcionar ventajas a la hora de realizar aspiraciones personales o a quienes pueden proveer de reconocimiento simbólico o material, salirse del carril suele ser un problema. En *Los límites del deseo* señalé esta situación afirmando que no escribía para nadie: que no hay un grupo de referencia, una corriente de opinión, un partido o un colectivo al que pretenda contentar y que me resulta irrelevante si encaja o no con su pensamiento o si aumentan o disminuyen las cuotas de poder internas que intentan preservar o ampliar. La tarea del pensador no es ser complaciente, para eso está buena parte de la prensa y de la academia. Escribir un libro, en mi caso, como en el de tantas otras personas, supone robarle horas al sueño y a la gente a la que quiero, de manera que no tengo intención de malgastar ese tiempo precioso en cálculos instrumentales. Y esta actitud la creo indispensable en un momento como el presente, en el que se denomina talento, con enorme ligereza, a repetir de un modo más brillante, ingenioso o novedoso las ideas de otros, en especial las de quienes tienen el poder.

Este es también el motivo que lleva a que el libro carezca de gráficos, a que haya intentado utilizar el menor número de datos posible y a que las citas se limiten a los casos en que realmente quedan justificadas. Todos ellos son instrumentos útiles y necesarios para comprender la realidad social, pero su uso excesivo oscurece mucho más que clarifica. A menudo esta sobrecarga obedece a gestos politizados: cuando la derecha quiere imponer un argumento emplea un gráfico y cuando lo hace la izquierda exhibe una cita. El problema es que ambas no pretenden más que ratificar sus posiciones previas y rebuscan hasta encontrar aquello que las refuerza. No suelen ser recursos para analizar mejor lo que está ahí fuera, sino instrumentos privados

de su sentido que se pretenden intocables. Cuando se sustituye la verdad por las probabilidades, y estas por un modo de medición poco articulado, no tenemos más que un montón de pensadores que producen conocimiento irrelevante o, más habitualmente, que benefician a quienes poseen el poder y los recursos. Y lo mismo ocurre cuando se llama pensamiento a reordenar las palabras de otros sin situarlas en el contexto contemporáneo. La realidad social es muy difícil de capturar y necesitamos todos los instrumentos para acercarnos un poco a ella, de modo que considerar que con medios limitados e imperfectos conocemos con precisión qué está ocurriendo es una pretensión que conviene rebajar. Ese exceso esconde la fragilidad de sus instrumentos y la debilidad de sus puntos de partida, al mismo tiempo que ocluye las ideas. Ya no es dado pensar si lo expuesto no viene soportado por un conjunto de cifras o por un montón de entrecomillados, y eso es un problema mucho más grave de lo que parece.

Llegados a este punto, creo necesarias dos puntualizaciones para comprender mejor el texto. Como señalo a lo largo de él, la utilización que se hace del término conservador no tiene que ver ni con una acepción clásica, la de quien observa los cambios sociales con notable prevención, ni con el más usual hoy, el ligado a esas personas que conservan el amor por el franquismo y la extrema derecha en su corazón, aunque se digan demócratas. Es un concepto más radical, pero también y desde mi perspectiva, más ajustado a una realidad que es arrebatadora, que empuja con insistencia hacia el futuro y que no mira atrás. Este elemento ambiguo es central a la hora de comprender cómo la línea del tiempo está fracturada en muchos sentidos y cómo esa quiebra ha ayudado a reestructurar nuestra sociedad en un modo desfavorable para la mayoría de la gente.

La segunda aclaración tiene que ver con una aparente ausencia, la de la mujer como fuerza política. No dedicarle un espacio en el libro implica, de antemano, obviar una de las revoluciones más importantes de la época. Pero mi intención es estudiar las transformaciones que están en marcha y que son instigadas desde una clase concreta de sistema, y en este sentido, como en otros, el papel de la mujer es mucho más secundario de lo que se nos intenta hacer ver. Si aquello en lo que vivimos se autodenomina capitalismo y no otra cosa, es porque el centro está situado en los recursos y en las distintas maneras de obtenerlos, y por tanto muchos aspectos de la vida política, social, relacional y antropológica le resultan indiferentes. Este es un libro en

el que se intenta analizar quiénes, cómo y en qué sentido están promoviendo los cambios que vivimos. Las transformaciones poseen un motor para el cual cuestiones como el machismo o la igualdad son tenidas en cuenta sólo instrumentalmente. De manera que, si la escasa presencia de la mujer supone un motivo de reproche, ahorraos las recriminaciones personales y dirigidlas hacia el asunto en sí mismo en lugar de hacia quien lo enuncia, por favor.

El papel de la mujer en la sociedad del siglo XXI refleja además un tipo de ilusión muy presente en la política, que nada tiene que ver con que el cincuenta por ciento de la sociedad exija muy razonablemente tener los mismos derechos que el otro cincuenta por ciento, algo que es innegable, sino con la idea extraña de cierta izquierda de que esa mitad del género humano será la fuerza del presente y del futuro. Esta visión de la mujer como ejército de reserva de la resistencia no deja de ser peculiar, porque cae en el mismo marco de análisis que se reprocha a los obreristas: del mismo modo que unos creían que la clase trabajadora, por ser la explotada en el capitalismo, estaba destinada a vincularse a la izquierda, y lo siguen creyendo a pesar de que las pruebas en contrario son insistentes, la nueva izquierda cree que las mujeres, por hallarse en una posición subordinada, van a ser el centro de una fuerza mucho más progresista. Eso de que los perdedores se vinculan automáticamente con aquellos que en teoría les ofrece mejores opciones es una ilusión muy presente en la política contemporánea, pero su popularidad no borra el carácter de fantasía. La igualdad es un asunto que debe ser defendido por sí mismo y al margen de los resultados electorales que genere, pero creer en este tipo de ecuaciones demuestra la lejanía de la política contemporánea de muchos de sus principales actores. Desde luego, el capitalismo contemporáneo no se ha equivocado en este punto. El siglo XXI es un mundo de poder, como lo ha sido siempre. Puede sonar feo, hostil y agresivo, pero es lo que hay. Y las formas en que se ejerce, las consecuencias que produce y las resistencias que genera son el centro de este texto.

Pero este escenario de poder, de estructuras rígidas y de lucha cruenta por los beneficios y de estructuras rígidas no determina todo. Una parte importante de la vida son nuestras relaciones, los vínculos que establecemos con los demás sin esperar nada a cambio. Por lo tanto, no puedo dejar de agradecer todo lo que me han dado esas personas (sabéis quiénes sois, nos hemos ido encontrando en los últimos tiempos) que me recuerdan desinteresadamente el lado más relevante de nuestro deambular por este

mundo. Nada sería lo mismo sin mis padres, sin mis hijos y, claro está, sin Blanca. Por suerte, el amor sigue siendo una fuerza poderosa, incluso ahora.

CAPÍTULO I

LA RESPUESTA ES SÍ

1.1. La línea del tiempo

Aunque nos parezca ya muy lejano, hubo un momento poco tiempo atrás en el que la política era sencilla de comprender. Una línea dividía el mundo en dos concepciones del Estado, en dos formas de organizar y repartir los recursos y de asignar el papel que el ser humano debía jugar en su sistema. Era así a nivel macro, con dos superpotencias enfrentadas, la URSS y EEUU, que pugnaban por el poder territorial y la hegemonía ideológica, dando forma a una tensión que se repetía en el plano nacional y a pequeña escala. Existían clases sociales, dominantes y dominados, poseedores de los medios de producción, clases medias, proletarios, subsunción del pueblo en el partido y tantos otros términos similares que configuraron una época. Pero en nuestro tiempo, ese que asoma tras la desaparición de la socialdemocracia keynesiana que dominó las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, después de la caída del Muro de Berlín, e incluso de un desvanecimiento neoliberal que está dejando su lugar a otro modelo hegemónico, la política ya no se nos aparece tan claramente delimitada. Las palabras izquierda y derecha han cobrado significados diferentes de aquellos que operaban en el pasado reciente y hasta hay quien señala que no tienen sentido en los tiempos nuevos. Los temas que dominan el debate público tienen poco que ver con los precedentes y discutimos sobre los perdedores de la globalización, los nacionalismos, el proteccionismo y el libre comercio, el cambio tecnológico, la digitalización, la inteligencia artificial, los populismos o los autoritarismos emergentes. El orden social occidental está en crisis y en el horizonte que se abre los términos conservador y progresista designan concepciones de la sociedad poco relacionadas, en apariencia, con el marco conceptual que habíamos utilizado. Sin embargo, la vieja división de la sociedad conserva aún su sentido, aunque sea por nuevos caminos. El mayor obstáculo para entender su expresión actual consiste en que o bien seguimos pensando en términos heredados, desde los que intentamos explicar un presente en mutación, o simplemente señalamos su desaparición en un mundo que afirma requerir de otras definiciones. No es así: derecha e izquierda son términos que continúan señalando elementos esenciales en nuestra estructura social,

aunque se nos muestren borrados o difuminados por una avalancha de novedades.

A la hora de designar qué significan uno y otro en el siglo XXI sería una tarea inútil tomar como objetivo las esencias e intentar definir un núcleo fijo que se repite de la misma manera en todas las épocas. En parte porque ello alienta discusiones ociosas, cuanto favorece los debates puramente terminológicos, pero también porque dejaría de lado el hecho de que las esencias no existen más que a través de sus expresiones; o, en otras palabras, que los núcleos no son inmóviles. Quizá sea más provechoso, desde una visión de a pie, analizar cómo está operando esta división hoy, qué ideas se ponen en juego y qué fuerzas actúan y definen nuestro mundo. Esta tentativa se puede realizar desde diversos ángulos, todos ellos válidos, pero quizá el más relevante sea el del vínculo con el tiempo, porque es el dominante hoy y por lo ilustradoras que resultan sus contradicciones.

Conservador y progresista son conceptos que han aludido, desde su origen, a distintos modos de relacionarse con el tiempo. Los conservadores son aquellos que se resisten a los avances y fijan diques frente a ellos, puesto que consideran prioritario mantener una realidad bien establecida, anclada en tradiciones y costumbres. Entienden que las innovaciones empujan hacia el deterioro de las estructuras sociales, ya que no suelen distinguir entre lo que debe ser resguardado y lo que debe ser alterado; la civilización es un proceso histórico que ha sedimentado a través de los siglos, por lo que cualquier cambio ha de ponerse entre paréntesis y ser realizado gradualmente y con cautela. Las virtudes atesoradas, en general en forma de costumbres, dan cohesión a una sociedad, de modo que su transformación rápida e irreflexiva desemboca en traumas colectivos. Los progresistas, por el contrario, ven en el mundo como un flujo en continuo avance, y si bien pueden establecer prevenciones respecto de la velocidad excesiva, creen que estamos destinados a seguir dando pasos a través de los cuales sustituimos lo existente por algo mejor, un movimiento que, al fin y al cabo, constituye la historia. Es esa tensión entre lo que el paso del tiempo ha resguardado y lo que debe mejorarse la que está de fondo, y cada una de estas opciones se sitúa a un lado diferente de la línea, apostando por frenar los cambios hasta que demuestren que no son peligrosos socialmente, o por acelerar los procesos para transformar aquello que impide mejores expresiones de los individuos y sus colectivos. Desde hace muchos años conservadurismo y derecha vienen a

ser lo mismo, y progresismo e izquierda también.

Ambos marcos de pensamiento contaban con formas más radicales que compartían el punto de partida pero que diferían en su intensidad y velocidad, como eran la reacción y la revolución. La primera colocaba como telón de fondo un pasado idealizado, como si la historia partiera de una situación idílica que hubiera ido corrompiéndose; el revolucionario percibía la potencialidad del futuro y buscaba la realización de sus posibilidades a través de una ruptura brusca que abriera la puerta a esos horizontes que el presente estaba obstruyendo. Unos entendían el pasado no como el origen, sino como la realización casi perfecta del ser humano; los otros encontraban en el porvenir esa concreción última de todas las posibilidades. Así, los reaccionarios trataban no sólo de detener las transformaciones, sino de dar marcha atrás en su búsqueda de un mundo mucho mejor, mientras que los revolucionarios pensaban en la aceleración máxima de los procesos históricos.

Se trazaba así una línea, de un lado de la cual se situaban los conservadores y más al extremo los reaccionarios (la derecha) y del otro los progresistas y un poco más allá los revolucionarios (la izquierda). Esta división, muy marcada en los entornos teóricos, y que permanece como sentido común generalizado, es mucho menos nítida en nuestra realidad, porque dichos marcos se muestran lo suficientemente mezclados en la política contemporánea como para generar notables contradicciones, que a menudo implican un grado elevado de negación de sus puntos de partida teóricos.

1.2. La nueva división

La historia de la política en las últimas décadas del siglo XX, al menos en apariencia, tuvo mucho de combate entre conservadores y progresistas, y en su juego discursivo los marcos históricos fueron comúnmente aceptados. Una derecha pujante ligada a posiciones liberales (o neoliberales) fue abriéndose paso y ganando cuotas de poder a través de una insistente mezcla de elementos económicos y culturales, mientras que la izquierda, en proceso de reconversión, abogaba por nuevas formas de avance social que incidían en la liberación personal. Aunque los asuntos más discutidos continuaban siendo cuestiones típicas de la era fordista, como el trabajo, la redistribución y las prestaciones del Estado del bienestar, una línea subterránea fue tomando forma y moduló los debates sociales de un modo radical.

Poco a poco se trazó una línea divisoria que ya no separaba a los conservadores de los progresistas, sino a ambos de reaccionarios y revolucionarios. Su idea central surgía de la convicción de que era el momento de ponerse a la altura de los tiempos, y eso, en lo político, pasaba por generar sociedades estables, modernas y razonables. Los dirigentes debían cambiar su perspectiva y acoger una función mucho más técnica que ideológica, como era la de gestionar con eficiencia y sentido común los recursos. No era un instante de grandes apuestas, sino de seguir el sendero correcto y hacer lo razonable. Dado que los pueblos ya no querían involuciones ni revoluciones, debían olvidarse de las ideologías fuertes y asentar en la práctica una visión no rupturista del tiempo político. En España esta deriva quizá fuese algo más ostensible que en el resto de Europa, ya que la Transición supuso la condensación en pocos años de los cambios que en países cercanos se desarrollaron durante décadas. El país salía de una época oscura, nos esperaba Europa con los brazos abiertos y debíamos caminar hacia un mundo de mayores libertades y, sobre todo, mucho más avanzado.

En aquel instante la idea dominante en Europa, como en España, era la del progreso tranquilo. Estábamos en camino hacia el futuro, lo que significaba, en primer lugar, combatir ese pasado que trataba de arrastrarnos hacia tentaciones idealistas que se habían revelado peligrosísimas. Desde la

Segunda Guerra Mundial hasta el estalinismo, pasando por los grupos terroristas de los años setenta, las experiencias de tiempos pretéritos venían a subrayar los perjuicios sustanciales a que abocaba la persistencia en las posturas fuertes, por lo que en lugar de perderse en esos laberintos dogmáticos se hacía precisa una visión pragmática que uniese crecimiento económico con avance social. Los dirigentes realizaban su tarea correctamente no cuando perseguían fantasías utópicas, sino cuando se orientaban a que las instituciones políticas dejasen más espacio a las iniciativas individuales, así como a establecer un marco económico que permitiese que las empresas fueran prósperas. Lo importante era el consenso, el enfoque en lo práctico y la gestión eficiente.

Pero esa perspectiva, que se sitúa como el centro de la política, tiene que lidiar con resistencias arraigadas. La principal es un exterior idealista que sigue anclado en viejas fórmulas y que quiere arrastrar a la sociedad hacia enfrentamientos doctrinarios. Las posiciones ligadas a las viejas ideologías comienzan a perder peso, como si constituyeran un lastre que debemos arrojar al pozo de la historia si queremos tener una vida mejor. Los partidos, y especialmente los mayoritarios, viven en su interior esa tensión que opone una corriente moderna, integradora y adaptada a los tiempos, con sus extremos, que siguen fijados en los rasgos ideológicos. Cada formación trata de obviar, modernizándolo, su viejo referente: en el caso de los conservadores, un pasado autoritario; en el de los socialistas, la socialdemocracia fordista; en los comunistas, su marxismo. La modernización les empujaba a separarse de sus raíces, de modo que las formaciones conservadoras abrazaron el liberalismo, que en otros instantes fue su enemigo; los socialistas perdieron de vista la socialdemocracia de los años sesenta y setenta, que les había hecho crecer, y dieron forma a varias terceras vías que priorizaron los enfoques liberales en la economía; los comunistas tomaron distancia a través de las nuevas izquierdas, rojiverde y arcoíris, de los postulados marxistas que habían defendido en buena parte del siglo XX.

Los partidos mayoritarios empujaron así a reaccionarios y revolucionarios hacia el exterior, identificándolos como el principal problema. Fue una constante occidental que tuvo un notable reflejo en España, donde la tarea de limpieza respecto de sus tradiciones y de su pasado fue continua. Los socialistas expulsaron a quienes mantenían veleidades ideológicas, Alianza

Popular se convirtió en el Partido Popular para tratar de ofrecer una imagen mucho menos ligada a la herencia franquista y mucho más a la derecha liberal que estaba triunfando en Europa, y el Partido Comunista de España (PCE), además de hacerse eurocomunista, giró hacia posiciones totalmente alejadas de los modelos de Estado que tradicionalmente defendió. En aquellos instantes la tarea fue relativamente sencilla, porque el viento de la historia soplaba a favor de quienes defendían poner a España a la altura de Europa, lo que pasaba por renegar del pasado.

Al mismo tiempo, ese empuje de reacción y revolución hacia los extremos ofrecía una contrapartida que fue ampliamente aceptada. El nuevo mundo permitía salir de una sociedad cerrada y prometía ventajas sustanciales, que se cifraban en mayor libertad y muchas más posibilidades de desarrollo personal. Frente a entornos opresivos, como los de las burocracias laborales, las estructuras rígidas de los partidos y los Estados que intervenían la vida privada, se apostó por la autorrealización, entendida como la liberación de los individuos de los obstáculos que imponían los colectivos (nacionales, comunitarios, económicos o vinculados a la tradición). Se conformaba así una situación llamativa, porque se ponía freno de un modo radical a las ideologías que abogaban por los cambios colectivos, al mismo tiempo que se prometía la multiplicación de posibilidades en lo subjetivo. El fin de la historia también significaba esto: del mismo modo que la tesis de Fukuyama señaló que habíamos alcanzado el mejor modelo político posible y que, por tanto, el progreso llegaría de la mano de la tecnología, en lo personal debíamos separarnos de utopías políticas que no llevaban a ningún lugar, porque eran ya una vía muerta, y centrarnos en el desarrollo potencial de nuestras subjetividades. Había todo un mundo nuevo esperando a quienes fueran capaces de sacar partido a los tiempos, a las personas formadas y brillantes que, por fin, podrían encontrar espacio para desarrollar sus capacidades sin límites de fronteras o de origen o de clase social. La política quedaba constituida como un espacio de lindes bien acotadas y lo era precisamente para favorecer que los individuos fuesen más felices.

Este planteamiento suponía una clara inversión de las tendencias vigentes durante buena parte del siglo XX, cuando la mayoría de las personas vivían sujetas a un mundo de reglas fuertes, tanto en lo cotidiano (en el trabajo, en la vida sexual, en las normas sociales) como en la articulación política (la obediencia al partido era requisito indispensable para quienes formaban parte

de él), al mismo tiempo que las ideologías aspiraban a grandes transformaciones sociales. Los militantes sacrificaban el presente para conseguir un futuro mucho mejor, ese que traería grandes cambios a nuestro mundo. El giro ocurrido a partir de los setenta fue justo en dirección opuesta, ya que promovía un mundo en el que los deseos subjetivos podían y debían cumplirse, mientras que los colectivos contaban con unos márgenes mucho más estrechos.

Esa operación no podía llevarse a cabo sin fricciones, porque incluía tendencias claramente contradictorias. Los partidos dominantes se veían obligados a volverse contra su propia tradición al mismo tiempo que debían conservarla discursivamente; estaban obligados a hacer evolucionar sus formaciones hacia posiciones menos ideológicas, pero tampoco podían, si querían diferenciarse de sus rivales, renunciar a aquello que les había distinguido. El marco conservador/progresista debía seguir vigente si querían ganar elecciones, porque era su marca, el sello que les diferenciaba, lo cual les hacía desear al mismo tiempo cosas opuestas.

Los partidos dominantes, aquellos que contaban con posibilidades de gobernar, compartían buena parte del ideario: creían en el progreso, entendido como un avance tranquilo pero incesante, y abogaban por la separación de los elementos ideológicos, de las raíces y de los sentimientos nacionalistas. Apostaban por una gestión de la economía muy similar, ya que ambos partidos, cuando gobernaban, dictaban políticas semejantes. Y promovían una visión social que prometía mayores cuotas de libertad para el individuo, tanto en el terreno material como en la vida privada. Tales coincidencias provocaban que la distinción entre unas propuestas y otras resultase complicada, al menos en abstracto, porque en la práctica los votantes tenían muy claro que ambos partidos eran distintos. Una mayoría social encontraba diferencias enormes, cuando no abismos insalvables, entre opciones políticas cuyos núcleos compartían muchas de sus creencias, algo que era comprobable en cada llamada a las urnas. Este hecho señalaba también de forma inequívoca que la recomposición de sus discursos y de sus posiciones políticas se había conseguido.

Por supuesto, en la confrontación electoral tenían gran peso elementos típicos, como la imagen pública de sus líderes y su solidez y engarce con el imaginario social, las estructuras informales de poder, las redes clientelares, las costumbres y tradiciones de sus votantes, la situación económica o el

deterioro del partido en el gobierno. Pero en cuanto a lo discursivo, el principal instrumento con el que conseguían que sus diferencias se visualizasen, ambos apostaron por radicalizar las cuestiones culturales, ya que eran un terreno donde el eje conservador/progresista continuaba teniendo un peso específico y en el que era posible acentuar el componente simbólico. En el caso español, que no fue más que un momento concreto del giro occidental, la derecha viró hacia los derechos de las víctimas del terrorismo, la escasa tolerancia con los nacionalismos periféricos, el énfasis en el derecho a la vida o en las desventajas del matrimonio homosexual, o la apuesta por el individuo liberado del colectivo y resistente a la presión del Estado. Los progresistas optaron por apoyarse en la defensa de los emigrantes, los gais o los dependientes, adoptando una actitud más combativa frente a las desigualdades simbólicas y acercándose a los nacionalismos mediante una reivindicación de la necesidad de diálogo, además de su frecuente crítica de la influencia negativa de la religión católica. En otras palabras, cuanto más de acuerdo estaban en los asuntos económicos, más tensión provocaban en lo simbólico. La lucha política cobró así un nuevo rumbo porque estableció una brecha en el terreno de las elecciones individuales respecto del tipo de vida que los ciudadanos querían llevar, así como con la mayor o menor permisividad con que las normas sociales toleraban opciones diferentes.

Estos discursos culturales eran novedosos en un doble sentido. Por una parte, sus contenidos venían a sustituir a su viejo corpus ideológico, pero por otra suponían su continuación. Las formaciones conservadoras no podían seguir ancladas en las posiciones religiosas, en el nacionalismo centralista y en sus propuestas de orden rígido y mano dura en lo social, porque no encajaban bien ni con esa derecha modernizada, liberal y abierta de mente que estaba triunfando en Europa ni con la misma sociedad a la que se dirigían. Los progresistas tampoco podían seguir fijados en las reivindicaciones de redistribución típicas del Estado de bienestar de mediados del siglo pasado porque su aspiración a ser considerados como buenos gestores económicos en un contexto de escasez no permitía posiciones que descuadraran los presupuestos. De modo que desplazaron las discusiones sociales y su diferenciación política hacia los asuntos culturales: la derecha quería recuperar los valores nacionales y se mostraba firme frente a los peligros que querían romper el país mientras que desde la izquierda se insistía en la importancia de una sociedad integradora y dialogante, se abogaba por la

igualdad efectiva de la mujer, la ayuda a los grupos étnicos, el apoyo a la inmigración y en general por la defensa de las minorías.

Esta nueva variable permitía conservar por otras vías el eje que les separaba. Por una parte, coincidían en abrazar el progreso y en alejar a nuestras sociedades de las tentaciones ideológicas, pero por otra insistían en que el partido contrario continuaba siendo profundamente doctrinario, ya fuese desde el lado de la reacción, en el caso de la derecha, o en el de la revolución, en el de la izquierda. Las acusaciones a los partidos conservadores de permanecer, en el fondo, anclados al autoritarismo semifascista (que en España es obvio con todas las acusaciones de franquismo al PP) y a los progresistas de contener modelos ideológicos claramente perturbadores (mediante la equiparación de sus modelos económicos con el de Venezuela o de su propuesta federal con la ruptura de España) han tejido el discurso político habitual en las últimas décadas. Sin embargo, no deberíamos tomarnos muy en serio estas batallas dialécticas. Es cierto que sus visiones son diferentes en los temas culturales, pero resultan serlo mucho menos cuando están al frente de los gobiernos. En la medida en que los partidos dominantes han adoptado el mismo esquema económico que insistía en la eficiencia del presupuesto, que priorizaba la devolución de la deuda y destinaba partidas escasas a la acción pública, apenas podían garantizar aquello que prometían. Estas contradicciones se sucedían en todos los órdenes: quienes se identificaban como nacionalistas españoles tomaban decisiones de gobierno que debilitaban sustancialmente a la patria, ya que la convertían en un instrumento subordinado a las políticas globales; quienes aseguraban defender a la familia, hacían mucho más difícil su existencia y su estabilidad, a causa de la incorporación tardía al trabajo, los salarios bajos, o los empleos exigentes o de horarios rotatorios, que complicaban sobremanera la crianza; declaraban que la inmigración podía ser un problema, pero eran los primeros que la favorecían; o decían defender las tradiciones y las costumbres, también en el orden religioso, pero sus vidas privadas señalaban lo contrario. Del mismo modo ocurría desde el lado progresista, porque su apoyo a las minorías, a la igualdad de género o a los colectivos LGTB sólo podía llevarse a cabo en aquellos asuntos que se agotaban en lo simbólico, como el matrimonio entre gays, porque carecían de las partidas presupuestarias imprescindibles para, por ejemplo, garantizar una adecuada integración de los emigrantes, asistir a los dependientes o garantizar

protección a las mujeres maltratadas. En lo discursivo todo encajaba, porque se visualizaban abiertamente dos alternativas diferentes, que incluían dos formas de ver el mundo y de relacionarse con el futuro, pero en lo real todo se descomponía, porque ambos aplicaban un programa económico que estaba cambiando, a través de transformaciones continuas, las vidas individuales, las regiones, los Estados y el mundo por completo. La paradoja última consiste en que mientras pretendían aislar las opciones reaccionarias y revolucionarias como apuesta de estabilización y pragmatismo social, regresaban a aquello de lo que decían querer escapar, la ideología, por el camino de la eficiencia económica.

1.3. El conservadurismo: una mirada estructural

El progreso, cuyo significado se ha desplazado desde un concepto fuerte según el cual los cambios políticos y los personales iban profundamente unidos hacia uno más limitado, que propugna un sistema político fijo como condición de posibilidad para que las vidas privadas avancen, parece un camino ambiguo para entender qué son la derecha y la izquierda hoy, lo cual parece llevar a un callejón sin salida, porque si en lo material existían grandes coincidencias, si ambos eran progresistas en cuanto a su relación con el tiempo y sus disensiones culturales les unían en el fracaso, habría de concluirse que, en realidad, la derecha y la izquierda mayoritarias habían convergido en una misma visión sólo separada por matices y que, por lo tanto, para encontrar las resistencias al sistema habría que rebuscar en otro lugar.

En buena medida así fue y, salvo partidos poco influyentes en los procesos electores, los elementos ideológicos que diferenciaban a unos u otros eran débiles. Sin embargo, en este análisis se pasa por alto una dimensión política esencial que suele tenerse poco en cuenta pero que está permanentemente operativa. Cuando las transformaciones tienen lugar es indispensable, para comprender el momento político, conocer cómo trastocan el reparto de poder social y económico en un contexto dado y quiénes ganan y pierden con ellas. Una mirada estructural ayuda a entender de un modo bastante preciso cuáles son las fuerzas en juego, cuáles representan al poder y cuáles ejercen de resistencia. El capitalismo del siglo XXI es distinto de aquel que extendió su influjo tras la Segunda Guerra Mundial y del que apareció en la época de Reagan y Thatcher y, por más que conserve elementos comunes con el pasado, ha generado variaciones sustanciales en su organización y en el reparto de poder, influencia y recursos. Obviar esta dimensión es borrar de golpe lo constitutivo de la política, de modo que si queremos establecer una descripción precisa de las fuerzas e intereses en juego, y por lo tanto acercarnos al significado de izquierda y derecha, este es un terreno ineludible.

No podemos olvidar que la historia está tejida de tensiones entre unas ideas y otras, así como entre naciones, colectivos étnicos y territorios, pero también

entre grupos sociales. Las relaciones entre ellos y la manera en que se imbrican y refuerzan el resto de variables suelen ser un factor decisivo a la hora de explicar las transformaciones históricas. En todas las sociedades existen grupos de poder, que podrían denominarse clases dominantes, cuyo número, cohesión y cualidades varían según las épocas, y que poseen un papel determinante a la hora de decidir qué tipo de organización social existirá y cuáles serán sus fundamentos legitimadores. Junto a ellas se manifiestan los intereses y deseos del resto de capas sociales, que dan lugar a tensiones más o menos explícitas, más o menos ocultas, pero siempre latentes. Fue Maquiavelo quien subrayó más claramente que la vida colectiva aparece siempre inserta en una estructura en la que los grupos que poseen el poder tratan de asentar y extender su dominio, mientras quienes carecen de él tratan de resistirse con mayor o menor intensidad a ese deseo, dando forma así al elemento constitutivo de la política. Algo similar argumentó Marx siglos después, denominándolo lucha de clases. La diferencia entre uno y otro es que Marx creía que, al estar organizadas las relaciones sociales desde el plusvalor, bastaba con revolucionar la propiedad de los medios de producción para que el antagonismo desapareciera, mientras que el florentino «entendía la división social como constitutiva de la sociedad política y, por tanto, como insuperable»[\[1\]](#).

Más allá de su carácter permanente o eventual, es fácilmente comprobable que en toda sociedad existen grupos que ostentan el poder y entre cuyos objetivos está el de conservarlo o aumentarlo, por lo que han de enfrentarse a menudo a intentos de modificar ese reparto. Las transformaciones tecnológicas, el aumento o disminución de la demografía, los cambios en las posiciones de los miembros de esas clases dominantes o el crecimiento o la disminución de recursos, entre otros factores, suelen producir alteraciones, en ocasiones radicales, de esa estructura. Y es en este contexto donde mejor podemos aprehender la diferencia entre conservadores y progresistas. Tales conceptos, desde que emergieron como ideologías formales durante la Revolución francesa, han venido a designar batallas entre grupos sociales, es decir, entre quienes tienen el poder y quienes carecen de él, en las que el conservadurismo se despliega como «una mediación a la experiencia de tener poder, sentir que se pierde y tratar de recuperarlo»[\[2\]](#). Los grupos dominados han impugnado el orden existente por diversos motivos, como demandar mayor reconocimiento, mejores condiciones de vida, un mejor reparto de la

riqueza, o simplemente el derecho a casarse con quien quieran o a vestirse como les apetezca. Es en la manera de reaccionar a esas demandas, que son constitutivas de la política y que dan forma a la sociedad, donde mejor se encuentra la definición real del conservadurismo[3]. Su ideología nada tiene que ver con el tiempo, con el hecho de poner freno a cambios que entienden demasiados rápidos, o con cualesquiera otros argumentos que vayan en la dirección de preservar unos valores concretos, que como elementos discursivos pueden ser sostenidos, según las épocas, desde un lado u otro del espectro político. El conservadurismo verdadero, el operativo, para ser entendido en toda su dimensión, debe ser despojado del contenido ideológico concreto. Es la parte estructural la que determina su posición y sus acciones. Es un error común tomar demasiado en serio sus ideas en lugar de entender estas como parte de unas prácticas al servicio de la conservación o ampliación del poder que atesoran. Cualquier organización social (una empresa, un partido político, un ministerio, una asociación) posee una estructura que fija las posiciones internas y define quiénes mandan y quiénes obedecen, y en la que sus actores despliegan sus estrategias para conseguir una mejor situación. En ese contexto, las ideas a menudo se convierten en instrumentales, por lo que, para entender su realidad, debemos atender mucho más a esas tensiones internas por el atesoramiento del poder. En la gran política, y en nuestro momento histórico concreto, la variable estructural está más presente que nunca. De modo que, aunque en la historia el conservadurismo que aboga por sociedades estables, cambios tranquilos y prudentes haya venido ligado a los intereses de las clases dominantes por seguir siéndolo, no siempre es así. Para entender el conservadurismo contemporáneo, es preciso atender a esos juegos de posiciones que a las justificaciones que exhiben.

Como es fácil comprender, la resistencia a perder poder es común a todas las clases y grupos sociales. Lo que hace especial la acción conservadora, también la actual, es la posición desde la que se ejerce, así como la intensidad con la que la se despliega. El cuestionamiento a su poder no es entendido como parte de una tensión racional y frecuente entre clases sociales, sino que es equiparada con una fuerza arrolladora que destruirá el orden social. La resistencia es intrínsecamente revolucionaria y requiere de una acción a su altura. Como afirmaba en 1859 el tres veces primer ministro inglés Lord Salisbury, «el miedo a que los radicales puedan triunfar es la única causa a la

que el partido conservador debe su existencia»[\[4\]](#).

En la medida en que estas clases o grupos dominados comienzan a tener voz, presencia e influencia, el fantasma de la revolución, del cambio profundo y sin vuelta atrás, toma cuerpo entre los grupos más poderosos. Para los conservadores no hay posibilidad alguna de negociación o de consenso. En la medida en que las clases subordinadas deciden ser agentes de sus propias vidas, en que rechazan, aunque sea en una pequeña parte, el papel que les ha sido asignado, se pone la semilla para una transformación total. Ese es el temor que se dispara: unos pequeños cambios en la estructura terminarán por desestabilizarla en su conjunto. Esta mentalidad arcaica se repite en diferentes expresiones de la política y la cultura, como esas sociedades que no permiten que las mujeres expresen su deseo, como si ese simple hecho abocase al fin de la civilización, de modo que están permanentemente alerta frente a cualquier elemento simbólico, desde el largo de la falda hasta el tamaño del velo, que indique una rebelión catastrófica contra las normas.

En esa relación entre dominante y dominado, en el instante en que el sujeto que debería carecer de voluntad comienza a expresarla, los conservadores perciben las señales inminentes de un derrumbe. Su teoría, como bien señala Corey Robin, se dirige contra la agencia de las clases subordinadas y provee de razones y argumentos firmes acerca de por qué no se debería permitir a los órdenes sociales más bajos ejercer su deseo con independencia, y menos aún que se gobiernen a sí mismos.

Pero eso no implica que los conservadores se opongan a la libertad o que no perciban como convenientes el derecho, el equilibrio de poderes, la seguridad jurídica y los derechos humanos; más al contrario, son plenamente favorables a ellos, sólo que no desean compartir las garantías que procuran. Formulados de otro modo, los conservadores no son contrarios a la libertad, algo que aprecian, sino enemigos de que esa libertad se extienda a todo el cuerpo social; no niegan los placeres de la vida, sino el hecho de que todos puedan dedicarse a ellos. En consecuencia, la extensión de los derechos liberales puede quedar legítimamente en suspenso, igual que cuando se afronta una guerra las constituciones liberales permiten el estado de excepción. En la medida en que esta relación es percibida como una confrontación abierta (porque sea cual sea la demanda, y por razonable que pueda parecer, los conservadores conocen su esencia y saben de verdad a qué conduce), las

normas del Estado de derecho pueden y deben ser interpretadas de diferente modo para unos y otros, para quienes pretenden extender el orden y quienes abogan por subvertirlo.

Sin embargo, el conservadurismo promueve una dimensión más radical en esta lucha contra la contestación. Con el fin de resolver los conflictos suele ser ágil y móvil y busca nuevos espacios en los que el enfrentamiento le sea propicio. Actúa estratégicamente: antes de que se produzca el choque, cambia los escenarios para que el resultado le resulte favorable. Es consciente de que, para mantener el reparto estructural existente, necesita encontrar una posición que lo refuerce, de modo que si un determinado contexto ha favorecido que las clases subalternas puedan ofrecer resistencia, lo prioritario es modificarlo. Pero al actuar así se convierte en una ideología sin un contenido concreto más allá de la defensa de una jerarquía que ve amenazada. Puede defender la democracia al mismo tiempo que la subvierte; o insistir en lo religioso, en los sentimientos de pertenencia a una nación o con la familia patriarcal mientras da los pasos que los debilitan; o señalar la importancia de la estabilidad y la seguridad a la vez que toma las medidas que convierten la sociedad en inestable. Ese doble vínculo es característico del conservadurismo, que puede abogar discursivamente por unos valores mientras los altera radicalmente con sus acciones.

En ese movimiento defensivo aparece también una dimensión que revoluciona el orden social. Robin asegura que el enemigo principal del conservadurismo es el *statu quo*, y así es cuando este se ve amenazado. Maquiavelo señaló cómo los regímenes políticos están en permanente movimiento y fácilmente se transmutan en algo distinto. Una vez que se han asentado, las clases dominantes pelean contra aquellos elementos que limitan su poder y, al hacerlo, convierten el sistema en otro. En ese giro, a una parte de las élites los movimientos le pillan a contrapié y se convierte en prescindible. En general, suelen ser aquellas a las que se describe como débiles y perezosas, carentes de la energía y determinación adecuadas para hacer frente a las amenazas y que, por tanto, terminan por favorecer que los riesgos se hagan realidad. Quienes se han quedado demasiado apegados a las viejas ideas y no han entendido que no se trata tanto de la defensa de un corpus teórico como de la de una posición estructural, son algunas de sus víctimas preferidas. El resto son aquellas que están dispuestas a ceder, aunque sea en pequeñas parcelas; las que entienden que determinadas

concesiones tejidas en el diálogo servirán para conjurar los peligros que trae la agencia de los subordinados. En última instancia, la ceguera de unos y la debilidad de otros es lo que explica que la masa social se haya movilizad y que haya cobrado la suficiente fuerza como para hacer visibles sus exigencias.

Desde esta visión estructural los conservadores (la derecha) se definirían por cuatro características: son un grupo que siente que está perdiendo poder y que quiere retenerlo; que entiende que la estructura de poder es el elemento intocable, y que por tanto las clases subordinadas deben resignarse a serlo; que con ese propósito no cabe atarse a unas proposiciones ideológicas determinadas, sino que deben mutar lo necesario como para crear un nuevo terreno de juego que les sea favorable; y que la condición del nuevo orden es terminar con esa parte de las élites que no entiende cuáles son las reglas, bien por apego a lo tradicional, bien por debilidad.

Esta tesis resulta polémica y fácil de refutar^[5], en tanto en cuanto el corpus teórico conservador es lo suficientemente amplio como para afirmar ideas y conceptos que no se corresponden con esta lectura. Siempre se puede argumentar que Burke y demás padres del movimiento nunca defendieron postulados semejantes. Pero la pregunta no es si esta perspectiva refleja la esencia del conservadurismo, sino unas mucho más modestas pero también más pragmáticas, como son: si las características descritas reflejan lo que está teniendo lugar en nuestra época; si existe una reacción que pretende que las clases dominantes conserven o amplíen su margen de acción, si con ella tratan de minar las resistencias y si en ese camino están transformando la sociedad en términos que les resultan más favorables; o si a esa reacción se la puede catalogar como derecha y a quienes se oponen a ella como izquierda. Y la respuesta es sí.

[1] Claude Lefort, *Maquiavelo, Lecturas de lo político*, Madrid, Trotta, 2010, p. 568.

[2] Corey Robin, *The Reactionary Mind*, Oxford, Oxford University Press, 2011, p. 4.

[3] *Ibid.*

[4] *Ibid.*, p. 19.

[5] Se puede leer al respecto en la polémica entre Mark Lilla y Corey Robin, al hilo de la publicación del libro ya citado de este último. Su intercambio de artículos en el *New York Review of Books* es muy ilustrador.

1.4. La primera reacción

La crisis económica ha generado situaciones duras para muchas personas, pero nuestro nivel de vida continúa siendo mucho mejor que el de hace un siglo, vivimos en un sistema que permite muchas más libertades que antes y en el que existen instituciones que funcionan, con todos los reparos que se les quiera poner, y gozamos de un nivel de comodidad, producto de los adelantos técnicos, mucho mayor que en otras épocas. Desde esta perspectiva no hay involución alguna sino un avance continuo, con repliegues y crisis que nos impiden vivir como nos gustaría, pero que, si tenemos paciencia y trabajamos en la buena dirección, se arreglarán pronto y nos permitirán seguir avanzando. Esta es la clase de argumentos que suele oponerse a quienes señalan que estamos viviendo un retroceso, y lo cierto es que resultan efectivos, porque mucha gente se reconoce en ellos. Son, además, tranquilizadores, ya que nos hacen pensar que las dificultades y amenazas que percibimos son pasajeras y que con un plus de esfuerzo bastará para retomar la senda del progreso. Sin embargo, por reconfortante que resulte escuchar estas conclusiones, los hechos plantean serias objeciones a una visión tranquila de los tiempos. Desde los años setenta Occidente se ha transformado a través de tres oleadas que fueron dando pasos en una dirección diferente. Esa línea de avance continuo en la que creíamos vivir encontró fuerzas que soplaban en sentido contrario y que modificaron paulatinamente ideas políticas, elementos culturales y estructuras económicas con consecuencias negativas en nuestras vidas cotidianas.

El primer repliegue conservador tuvo lugar con la llegada de Reagan a la Casa Blanca. Su triunfo, junto con el de Thatcher en Gran Bretaña ocurrido un año antes, inauguró un nuevo tiempo. El impulso que ambos dieron a numerosas reformas transfiguró el Estado de bienestar tal y como había sido conocido por Occidente, implicó transformaciones numerosas en el entorno productivo y financiero, y dio lugar a una teoría política que dibujó las décadas posteriores, el neoliberalismo. Lo peculiar de las ideas que pusieron en juego, que fueron semejantes en Reino Unido y en EEUU, es la manera en que ligaron el aliento del viejo conservadurismo en lo cultural con un empuje

casi revolucionario en lo económico. La campaña de Reagan fue ejemplar en este sentido.

En la década de los setenta tuvo lugar la crisis del petróleo, con el aumento de la inflación y la reducción de la actividad económica en muchos países. Subieron los precios, muchas empresas quebraron, se perdieron puestos de trabajo y se sufrieron fuertes recesiones industriales que abocaron al nacimiento del desempleo estructural. Pero también trajo consigo una mentalidad diferente, alentada por la sensación de que la era de prosperidad que se había iniciado tras la Segunda Guerra Mundial tocaba a su fin y llegaban tiempos duros.

El discurso de Reagan tuvo el mérito de alimentarse de ambos aspectos, de los económicos y de los civilizatorios, y su éxito no puede entenderse sin la influencia de George Wallace, un populista antisistema curiosamente enrolado en las filas del partido demócrata, cuyas ideas arraigaron sobre todo en el sur estadounidense. Wallace se mostró como un adalid de la gente común que se esforzaba cotidianamente por llevar el sustento a su familia: personas devotas, trabajadoras, productivas y modestas que estaban siendo dejadas de lado por la burguesía cosmopolita. Los votantes de Wallace representaban a la América tradicional, que se guiaba por las costumbres y apostaba por un importante sentido de la comunidad en lugar de por el individualismo en boga. Eran personas que sentían que estaban perdiendo pie en un mundo demasiado agitado: los estadounidenses, como señalaba Daniel Bell^[1], habían olvidado los lazos que les vinculaban a la comunidad, a la tradición y a una vida ordenada. Era el instante en que una forma de hedonismo banal se convertía en tremendamente popular y en el que la mayoría de los ciudadanos aspiraba a expresarse, autorrealizarse y encontrarse con su yo interior; tiempos de exploración personal que priorizaban la búsqueda de uno mismo. Esa persecución del propio interés, aunque fuera envuelta en una atmósfera de espiritualidad, era apenas entendida por partes de una sociedad que satirizaban las nuevas ideas, ya que les parecían profundamente egoístas. La falta de valores, el relativismo y el individualismo narcisista se habían apoderado de las comunidades. Además, estaba el asunto de la derrota en Vietnam, con la sensación de decadencia nacional que aparejó, así como el auge de la delincuencia, habitualmente vinculada a las drogas, que estaba volviendo las ciudades peligrosas. Existía un sentimiento sincero entre un amplio sector de la población estadounidense

de que había que poner fin a todas estas disfunciones; vivían con la sensación de haberse convertido en una sociedad corroída. En ese contexto se deslizó Reagan, prometiendo devolver un sentido de la esperanza y del orgullo a esa parte de los americanos que se sentían decepcionados por el curso que estaban tomando los tiempos y presentándose como aquel que era capaz de reconducir a la normalidad todos esos excesos que la modernidad había traído consigo.

Buena parte de esa lucha fue enfocada hacia el Estado, al que responsabilizaba de muchos de los males que aquejaban al ciudadano común. La Administración (es decir, Washington y sus políticos) gastaba demasiado, estaba supliendo la iniciativa individual y se había convertido en un provisor de expectativas exageradas. La gente se había acostumbrado a vivir de los subsidios públicos, por lo que perdían iniciativa y se convertían en un montón de perezosos que esperaban que los demás les solucionasen la vida, y las minorías reclamaban constantemente derechos especiales cuya factura pagaba el hombre común, ese que se levantaba pronto todas las mañanas para ir a la fábrica o la oficina. Reagan prometió recompensar al hombre que se esforzaba, liberar la iniciativa individual y traer más justicia a su país, de modo que los mejores dejarían de estar limitados por los mediocres.

Con estas propuestas Reagan ofrecía una esperanza, pero también una explicación de por qué las cosas se habían torcido que iba repitiendo en cada terreno que abordaba. Si las minorías exigían demasiados derechos era porque sus amigos liberales (la izquierda estadounidense) las privilegiaban económica y socialmente, ya que les resultaba rentable en las elecciones; si el Estado gastaba demasiado dinero se debía a que los liberales habían apostado por una regulación enormemente burocrática que perjudicaba a las personas con iniciativa; si había demasiada delincuencia era porque los jueces se mostraban demasiado permisivos y se acogían a cualquier excusa legal para poner a individuos peligrosos en la calle; si la macroeconomía iba mal era consecuencia de que los liberales se habían decantado por un modo de gestión ideológico que no estaba funcionando y al que eran incapaces de renunciar; y si se perdió en Vietnam fue por esos *hippies* que lograron, animados por el partido demócrata, cambiar la mentalidad de la opinión pública.

Tampoco en el terreno puramente político se libraron los progresistas de los reproches que les lanzaban los conservadores. Si el sistema no funcionaba se

debía a que había demasiada democracia, que repartía inmoderados beneficios sin exigir obligaciones. El informe de Crozier, Huntington y Watanuki marcó el camino[2]: «La noción democrática de que el Gobierno debe responsabilizarse de la gente genera la expectativa de que ha de satisfacer las necesidades y corregir los males que afectan a cada grupo particular de la sociedad». El desarrollo democrático de la participación política estaba forzando a los Gobiernos a prestar desmesurada atención a las demandas más dispares, lo que generaba «una expansión desequilibrada de las actividades gubernamentales que exacerbaban las tendencias inflacionarias de la economía». Había que contener esa tendencia y sólo cabía una solución: no hacía falta más democracia, sino menos. Existían áreas que debían mantenerse bajo el control de los expertos sin ser sometidas a procesos comunes de decisión ya que por la importancia de estas materias la autoridad debía provenir de la jerarquía, el conocimiento y la destreza de especialistas experimentados y no de la voluble discusión pública. Este giro hacia una gestión más racional y eficiente sólo lo podían realizar los conservadores, los partidos de la derecha, puesto que sus rivales se habían vuelto demasiado débiles y estaban excesivamente pendientes de su electorado, al que trataban de complacer una y otra vez satisfaciendo cualquier demanda sólo para asegurarse los sillones de Washington.

Las áreas que no podían dejarse al arbitrio de la discusión profana eran principalmente las económicas. Cuando los conservadores, ahora transmutados en neoliberales, llegaron al poder, situaron las políticas monetarias fuera del ámbito democrático y pusieron en marcha un programa extenso de reformas. Gran Bretaña fue el mayor exponente y sus acciones sirvieron de inspiración para el resto de Occidente que, con distintas variaciones y a diferentes ritmos, trasladó a sus territorios unas iniciativas que incluían la contracción de la emisión monetaria, el aumento de las tasas de interés, la bajada de los impuestos a las capas de población con más ingresos, la abolición del control sobre los flujos financieros y un programa amplio de privatizaciones sobre industrias básicas como el petróleo, el gas, el agua o la electricidad[3]. El sur de Europa se resistió durante un tiempo a estas medidas pero no pudo sustraerse a ellas. Y los EEUU las cumplieron al pie de la letra, sólo que sin aplicar la disciplina presupuestaria, dado que necesitaban incrementar el gasto público para mantener abierta la Guerra Fría. Reagan redujo los impuestos a los ricos, elevó las tasas de interés y abrió la puerta a

las deslocalizaciones.

En el momento en que Reagan llegaba al poder, Occidente salía de dos acontecimientos muy relevantes, las revueltas del 68 y la crisis del petróleo del 73. Las primeras habían instigado cambios profundos en las costumbres sociales y habían colocado en primer plano de las agendas políticas derechos hasta entonces ignorados, como los de la mujer, los gais y las lesbianas o las minorías étnicas, pero también habían señalado aspectos novedosos, como el deseo de un trabajo más creativo o menos alienante o una menor regulación estatal de la vida privada. Además, dieron gran importancia a asuntos que no aparecían en ningún programa, como el ecologismo. La crisis energética, por su parte, supuso una contracción sustancial de la actividad económica, arrojando a Occidente a una recesión en la que no imaginó que fuese a caer, que perjudicó las trayectorias profesionales de muchos trabajadores y empresarios y que puso fin a la esperanza de una prosperidad continua. Este primer repliegue conservador no sólo estableció una relación directa entre ambos acontecimientos, sino que señaló a los mismos causantes, esos progresistas a los que dibujaba como individualistas y hedonistas, nada patriotas, que sólo demandaban derechos y que poseían costumbres absurdas.

Señalar a los responsables de esa mezcla de elementos materiales y culturales, ofreciendo al tiempo una esperanza de liberación individual, constituyó un discurso cultural muy poderoso en un momento en la que la sensación de decadencia social era ampliamente percibida. Sin embargo, una vez alcanzado el poder los equipos de Reagan y Thatcher no dirigieron sus acciones a minar el sustrato cultural de sus rivales sino a aumentar la capacidad de decisión de las élites en terrenos como el económico, el normativo, el judicial y el político. El resultado final de este primer repliegue conservador, que concedió más poder y más recursos a los que ya los tenían, no generó una contracultura alternativa, sino un nuevo *statu quo* a partir del cual las ideas influyentes no circularán desde el lado de las creaciones culturales o de las universidades, sino desde las consultoras, las escuelas de negocio, los entornos expertos y algunas cátedras de economía. Y en ese *new normal* aparecen las variables típicas del conservadurismo reciente: una reacción que trata de romper con lo establecido, que se vuelve contra parte de las élites, las liberales, a las que responsabiliza de la decadencia del país, que empuja el dinero estatal hacia las grandes empresas en lugar de hacia el conjunto de los ciudadanos y que debilita las resistencias típicas, como las de

los sindicatos de clase, las asociaciones gremiales, los pequeños empresarios y demás colectivos ligados al mundo productivo. En esta primera oleada las viejas ideas conservadoras aún tenían cierto peso, ya que aludían con frecuencia a un pasado mejor que se estaba perdiendo. En la segunda ya no necesitaron de ese recurso.

[1] Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza, 2004.

[2] Samuel P. Huntington, Michel Crozier, Jōji Watanuki, *The Crisis of Democracy: On the Governability of Democracies*, Nueva York, New York University Press, 1975. Un buen análisis de la influencia del informe es el contenido en Alan Wolfe, *Los límites de la legitimidad*, México, Siglo XXI de México, 1980.

[3] Perry Anderson, «Balance del Neoliberalismo: lecciones para la izquierda», *Viento del Sur* 6 (primavera 1996), Buenos Aires, pp. 37-47.

1.5. La lucha contra el mal

La segunda oleada conservadora arranca con la llegada al poder de George Bush Jr. y no es sustancialmente distinta en cuanto a los elementos que emplea, pero sí añade alguno nuevo y, sobre todo, utiliza los anteriores de un modo diferente. Después de una época de intenso empuje globalizador, el mundo está dominado por una sola potencia, EEUU. El capitalismo sustentado en la democracia liberal se ha consolidado como la única opción sistémica real y domina todo Occidente, incluidos los antiguos países comunistas. No se adivinan resistencias fuertes y parece que las épocas de grandes tensiones bélicas han llegado a su fin. En 2001, después de unas elecciones muy ajustadas y discutidas (necesitaron un recuento), Bush Jr. llega a la Casa Blanca. Sus primeros meses fueron grises y no logró ilusionar ni a esa parte de los estadounidenses que le habían votado ni, por supuesto, a los que se habían significado en su contra. Pero con los atentados del 11-S el giro conservador se establece de una manera definitiva. Fue el momento en el que las tesis de los neocon triunfaron de tal modo que se hacía difícil incluso refutarlas en público. Los cambios más significativos que introdujeron fueron en el terreno de la política internacional, con las guerras de Afganistán primero e Irak después, pero también incluyeron sustanciales alteraciones en la organización económica de Occidente. Junto con esas acciones lograron generar un nuevo discurso que dominó la política en los años siguientes, estableciendo una serie de ideas que se harían dominantes y cuyas características marcarían los debates futuros.

Después de años sin resistencia al dominio unipolar, asoma en el horizonte un nuevo enemigo, sustancialmente distinto de los anteriores. No ocupa un Estado, tampoco posee poderío bélico y su ideología no resulta atractiva para las poblaciones occidentales. No es rival, en el sentido de que ya no hay dos sistemas con fuerzas similares colisionando en el mismo espacio, sino más bien un puro instrumento de oposición. Tampoco, como ocurría con el régimen comunista, posee un imaginario que se proyecte hacia el futuro, sino que se muestra como un voluntario y persistente residuo del pasado. Los integristas islámicos venían a golpear el progreso, abogando por una vuelta a

la religión, las tradiciones y la tierra que nos devolvía a tiempos muy lejanos. Odiaban a Occidente, al que responsabilizaban de todos los males, y utilizaban un marco plenamente reaccionario que defendían con ferocidad. Este nuevo enemigo se convierte en decisivo gracias a dos aspectos que los neocon utilizaron profusamente. De una parte, permite no sólo enfrentar dos civilizaciones, la de la Ilustración y la de las tinieblas, sino que convierte el conservadurismo occidental en puro progreso; al reducir la elección a integristas o democracias neoliberales, por muchos defectos que presentasen estas, a los ciudadanos occidentales no les cabía duda alguna.

En segundo lugar, el nuevo enemigo es también diferente de aquel del pasado, porque al no poder actuar de forma frontal dada la diferencia de poder y recursos, se convierte en una amenaza invisible, latente y sorpresiva. Se basa en el disimulo, en el encubrimiento y en la falsedad; bajo la máscara de la normalidad esconde una amenaza que puede causar graves daños a nuestras sociedades. Al operar de esta manera, autoriza al sistema a cambiar el paso en dos sentidos; de una parte, logra establecer una nueva forma de control sobre sus ciudadanos, mucho más exhaustiva, que queda legitimada por la naturaleza del peligro; de otra, impone formas de acción bélica que priorizan acabar con los Estados y gobernantes que dan cobijo y que incitan a estos movimientos terroristas. Se debía atacar lo más duramente posible el nido de la serpiente, y de ahí las guerras que se sucedieron.

Se desarrolló así un nuevo paradigma, que suponía la continuación de los postulados precedentes, a los que dotaba de un nuevo vigor. Desde principios de los noventa, los partidos mayoritarios habían jugado la carta de la despolitización. Al alejarse de los aspectos ideológicos y asentarse en una gestión experta y pragmática de las sociedades, sus líderes trataron de proponerse frente a los votantes como personas sensatas que darían respuesta adecuada a las crecientes disfunciones, y como gestores prudentes que no se dejarían llevar por viejas fórmulas políticas ya agotadas, sino que actuarían guiados por los intereses del común de los ciudadanos, que querían progreso y bienestar. Pero ese marco, tras 2001, entró en una nueva fase. Los islamistas se convirtieron en un fantasma que acechaba en las sombras y que suponía un peligro radical, lo cual implicaba que los políticos no debían actuar como meros especialistas en la gestión de los recursos sino que tenían que dar un paso adelante. La época exigía líderes, no técnicos. George Bush y sus asesores, gente como Dick Cheney o Paul Wolfowitz, representaban esa

clase de nuevos políticos que podían afrontar los riesgos sin que les temblase la mano. El problema, desde la perspectiva neocon, era que Occidente no estaba preparado para el terreno real de juego. Los ciudadanos y sus representantes habían sucumbido a los placeres y a la comodidad que brindaba el bienestar material y estaban poco dispuestos a luchar por su país y por su civilización. «Era un mundo en el que la gente hacía dieta, conseguía estar joven gracias al colágeno y al botox, estaba delgada gracias a la cirugía, combatía la impotencia con viagra, los cambios de humor con antidepresivos, las enfermedades con células madre, el envejecimiento con hormonas del crecimiento y que construía mansiones con *jacuzzis*, piscinas y grandes televisores. Y además teníamos internet»[1]. La despolitización de la sociedad y el triunfo de los valores de la globalización había formado gente que sólo se preocupaba por su bienestar material y físico, que vivía en la permanente apariencia y que no quería oír nada acerca de los valores comunes. La idea de la patria languidecía frente a individuos que tenían el brillo del dinero en los ojos y que sólo buscaban su enriquecimiento para someterse a la enésima operación o comprarse un coche más brillante.

Políticamente, como es costumbre, esta descripción de la sociedad se hacía encajar con los progresistas; es decir, con esa parte de las élites que debía ser desechada si se quería tener un mejor futuro. Los izquierdistas eran gente que decía ayudar a las minorías, a las mujeres, a los oprimidos y a los gais, pero que después vivía en barrios de clase alta, llevaba a sus hijos a colegios de élite, tenía inmigrantes sin papeles trabajando en su hogar y dedicaba su tiempo a tomar café italiano, comer *sushi*, conducir Volvos, leer el *New York Times*, al *body piercing* y a Hollywood[2]. Quizá el momento en que más expreso se hizo ese marco fue en el fragor de la batalla electoral para la reelección de Bush, donde su opositor demócrata, John Kerry, fue dibujado por la propaganda neocon como blandengue e hipócrita. Se dijo de él que era un *flip-flop*, término que se utilizaba para designar a quienes cambian de opinión según sople el viento, un rasgo con el que pretendían señalar su inconsistencia y ambición. Kerry, que había conseguido una medalla por su servicio en Vietnam, fue puesto en cuestión por sus rivales, y ridiculizado por no conocer bien el nombre del equipo de béisbol de su ciudad: no era más que uno de esos elitistas del norte que nunca habían salido de las facultades y de los pasillos de Washington. En definitiva, un candidato débil dado a los placeres pijos, sin nervio ni energía, incapaz de hacer frente a los grandes

riesgos a los que el país se enfrentaba.

Para los neocon el gran problema era que si nos lideraban estos medio hombres adocenados, nunca podríamos afrontar las amenazas, que eran enormes. Ellos no podían entender que, en el nuevo escenario, someterse a las reglas de la razón, del Estado de derecho y de la lógica era absurdo. Un ejemplo práctico se planteó con las armas de destrucción masiva que Saddam estaba fabricando. Es cierto que no había pistas explícitas que ratificasen las intuiciones neocon, pero exigir pruebas era seguir pensando en términos cómodos. ¿Acaso no está en la naturaleza del mal engañar a nuestros sentidos? ¿El malvado no lo es precisamente porque logra hacernos creer aquello que más favorable resulta a sus intereses? Y sobre todo, ¿qué ocurrirá si dejamos de actuar porque carecemos de datos concluyentes acerca de sus planes y nos encontramos después con que los ha logrado ejecutar? ¿No es mejor invadir ahora que lamentarnos cuando una bomba atómica o un arma química hagan estragos en nuestra población? Tales eran los argumentos que los neocon repetían con insistencia, utilizando un marco de pensamiento en el que mal está operando permanentemente y exige ser combatido sin tregua. Y esto operaba tanto dentro como fuera: quizá algunos progresistas vieran con desagrado cómo los medios de vigilancia y control sobre la población occidental eran mucho más poderosos, cómo los servicios e inteligencia podían acceder a la intimidad de las personas sin dificultad y sin necesidad de orden judicial, cómo nuestros datos podían ser recogidos, almacenados y procesados sin consentimiento alguno, pero si fueran honestos, deberían entender que los riesgos son tan grandes y la amenaza tan poderosa que la protección resulta inevitable. Quienes vienen a hacernos daño se esconden bajo la apariencia del hombre común y, por tanto, no podemos estar sujetos a las mismas normas que en el pasado. Hace falta arrojo, energía, voluntad y honestidad para saber encarar de frente los problemas, en lugar de perdernos en los viejos procedimientos y garantías.

Esta nueva lectura neocon, sin embargo, no era más que la profundización en el marco fijado durante los años setenta, según el cual el mayor riesgo no provenía de unos peligros considerados en abstracto, sino de unos ciudadanos y unas instituciones demasiado débiles como para mirar al mal a los ojos. Si *Harry el Sucio* se hizo popular en época de Reagan fue porque suponía un reflejo dramatizado y espectacularizado de esa mentalidad, un hombre justo que se indignaba cuando el sistema, esto es, los jueces y los políticos

progresistas, insistían en dictar y aplicar normas que beneficiaban a los delincuentes y dañaban a la gente común. Los neocon simplemente trajeron a escena una nueva versión de ese marco con dimensiones globales en lugar de locales, haciendo visibles amenazas mucho más terroríficas. Los noventa, los años de Clinton, habían sido los de la prosperidad y el bienestar material, donde la gente había hecho mucho dinero («quien no se ha hecho rico es porque no ha querido», que decía Solchaga) y en los que todo el mundo había iniciado una carrera para disfrutar más de la vida que había llevado a perder las virtudes cívicas. El golpe integrista tenía algo de positivo, porque nos devolvía a la realidad y obligaba a que Occidente saliera de su ensimismamiento y de su inclinación hacia la pasividad; nos situaba ante un enemigo con el que no cabían medias tintas y que no podía combatirse con la levedad progresista, ni con los procedimientos pautados, ni con la razón. Había que vencerle, por el camino que fuera, si queríamos conservar un mundo razonable y próspero.

Esta unión de personajes blandos, progres de salón y medidas políticas sin agallas dio forma a toda una visión del mundo que también se dejó sentir en España en la época de Aznar y en las batallas contra Zapatero. El líder socialista se prestaba a todas estas caricaturas, que fueron difundidas hasta la saciedad por los conservadores. Aquí también funcionó esa asociación entre líderes endeble, malvados en las sombras y riesgos enormes, y no sólo por la participación española en los momentos iniciales de la guerra de Irak, sino por la presencia de un grupo terrorista activo en nuestro territorio. Las equiparaciones de ZP con ETA llegaron a ser habituales: los líderes contemporizadores, los que apostaban por el diálogo y el entendimiento, no hacían más que caer en la trampa. Los cambios que los progresistas querían impulsar eran descritos como fuente de tensión y de peligro por los extremos que habían alcanzado, como ocurría en la ciencia con las clonaciones, en lo social con los derechos de las minorías, en lo identitario con los nacionalismos, en la autoconservación con la delincuencia, en lo religioso con la tolerancia absurda con los islamistas radicales, en lo económico con las tendencias redistributivas, etcétera. Era el momento de plantar cara a tanta endebles, tanta inconsistencia y tanta buena intención sin sentido.

Este marco, que dio forma a la política española de los primeros 2000, compartía con el reaganismo un elemento del que le hacía heredero. Sus ideas encontraban el lugar de certeza en el otro, en su falta de madurez, en sus

acciones incoherentes o ideológicas, en su visión restringida, en su falta de decisión y agallas. El esquema que incluía grandes riesgos y malvados peligrosos podría resolverse de un modo relativamente sencillo con la perspectiva adecuada y con las acciones correctas. Si no se llevaban a cabo era porque existía una parte de los gobernantes (y de las élites) que se habían ablandado y que pensaban que el bienestar era gratis. De este modo, la política se convertía en un aparato de lectura y descifrado de las intenciones ajenas cuya primera tarea era cambiar Occidente mediante la proscripción de aquellas visiones y aquellos personajes que claramente le perjudicaban. La respuesta progresista a este giro conservador fue insistir en el diálogo, la tolerancia, el entendimiento y el consenso, lo cual sólo podía ratificar a los neocon en sus posiciones; los bárbaros estaban a las puertas y ellos seguían hablando de paz y amor.

Los neocon recurrieron con este movimiento a una nueva fuente de legitimidad para llevar a cabo su proyecto. Sus ideas provenían del pasado, se anclaban en la fuerza y la firmeza y a menudo reivindicaban elementos antiilustrados, como la intuición, el liderazgo jerárquico y la autoridad rígida, el desprecio por las normas, la vigilancia y el control. Pero al mismo tiempo, se señalaban como las fuerzas que podían defender de verdad los avances que Occidente había logrado, esa civilización racional, que anhelaba el progreso y que quería seguir avanzando hacia un futuro brillante lleno de bienestar. Ambas direcciones eran incompatibles y formaban un nuevo doble vínculo, salvo que el acento se pusiera en los riesgos y en lo que para su multiplicación suponían unos líderes débiles.

Los conservadores lograron dejar sus ideas intactas gracias a que pusieron el foco en aquellos que las amenazaban. Y este *backlash* se desplegó al mismo tiempo que se deterioraban todos aquellos resortes en los que debería apoyarse. No sólo las reformas económicas que pusieron en marcha favorecieron el declive de la clase media y el empobrecimiento de las clases populares, sino que aquello en lo que se arropaban, como la bandera y los valores comunes, quedaban debilitados ante un sistema cada vez más rígido y controlador y más al servicio de una élite global. La inseguridad se acentuó, tanto por el lado material, con trayectorias profesionales más débiles, como por el social, con la ruptura de los lazos que vinculaban a los colectivos. El discurso del mal fue el punto de apoyo que soportó un regreso a posturas económicas más ortodoxas, al aumento del poder de las grandes

corporaciones, a un gasto público desatado por el camino de la defensa y al crecimiento del dominio del mundo financiero. Las grandes transformaciones económicas que instigaron los neocon continuaron tejiendo una globalización que incrementaba el número de perdedores en Occidente e hicieron más profunda la oleada de reformas, recortes de derechos y prestaciones, privatizaciones y reestructuraciones de las empresas que se había iniciado con Reagan. Bajo esa retórica de enfrentamiento sin cuartel con el diablo no yacía otra intención que la de generar más poder y recursos para la cúspide de la pirámide social.

Es cierto que los neocon acabaron mal, ya que Irak terminó pasando factura al partido republicano y a Blair, y al PP las mentiras del 11-M le llevaron a la oposición. Pero poco cambió, puesto que el repliegue continuó por otros caminos.

[1] C. Robin, *op. cit.* p. 163.

[2] Thomas Frank, *¿Qué pasa con Kansas?*, Madrid, Acquarela, 2008.

1.6. Un gran paso adelante

Hasta aquí, nada de este regreso conservador parece haber ido en sentido opuesto a sus intenciones primeras: afianzar la posición estructural de los grupos sociales que ya detentan el poder, variar el escenario para que sea más propicio para su triunfo, producir alteraciones en la relación de fuerzas y separar a las clases perdedoras de la posibilidad de recuperar su potencia. Los años que van desde Reagan hasta la actualidad no han conseguido otra cosa que devolver poder a quien ya lo tenía, generar más ingresos a quienes disponían de capital, volver más frágil el sistema político y debilitar las resistencias en todos los sentidos. Aquellas instituciones que podían establecer diques a los flujos del capital y a la concentración del poder fueron paulatinamente deterioradas: los Estados perdieron capacidad de acción (salvo en el aspecto securitario), cada vez más presos de las instituciones internacionales, de su necesidad de financiación y de las presiones globalizadoras; los colectivos del mundo laboral, desde los sindicatos hasta las asociaciones profesionales, salieron muy debilitados, y la fuerza de la política fue agotándose mediante la conversión de los dirigentes en gestores de las decisiones que se tomaban en otro lugar.

El tercer repliegue conservador fue un gran paso adelante en esa misma dirección. Tuvo lugar con la crisis financiera e hizo más profunda la reestructuración económica y social de Occidente a partir de algunas características novedosas. En esta ocasión su punto central no fue la deriva de una sociedad cultural y socialmente en decadencia, ni las amenazas que el integrismo, ese regreso al pasado, podía generar en Occidente, sino lo puramente económico. En los anteriores repliegues la insistencia en los elementos culturales y en los peligros que generaban sirvió como suelo en el que reasentar el nuevo reparto de poder. En este caso no fue necesario tejer una cortina tras la cual se escondiera la devolución de los recursos a las clases adineradas, aunque hubo de realizarse una extraña contorsión para llegar al objetivo.

Cuando la recesión se dejó sentir en toda su intensidad se vivió un instante paradójico. Las causas concretas no parecían claras, aunque pronto supimos

que tenían que ver con instrumentos financieros complejos que habían sido aprovechados para realizar apuestas masivas respaldadas con bienes muy arriesgados, como eran las hipotecas contraídas por personas con escasos ingresos o trabajos inestables. Los principales inversores mundiales habían apostado grandes cantidades en ese juego que contaminó a la organización financiera global. Las consecuencias fueron muy apreciables ya que la economía productiva se contrajo, en buena medida por la falta de financiación, y los efectos fueron muy duros para muchos países y sus clases bajas y medias. Tras la debacle, todo apuntaba a que se articularía una estructura financiera mundial sólida que estableciese los cortafuegos necesarios para evitar que el incendio en una vivienda acabase derribando el edificio. Las instituciones globales tomaron nota de los riesgos e insistieron en crear una regulación más restrictiva que limitase las malas prácticas, pero aquellas intenciones se diluyeron en poco tiempo. El sistema financiero se hallaba en una posición preeminente en las sociedades occidentales y pudo convencer a los bancos centrales y a los Gobiernos de que enjugaran sus pérdidas, y a las poblaciones occidentales de que debían afrontar elevadas pérdidas de empleo, de que asumieran deudas ajenas y aceptasen un descenso en su nivel de vida con el objetivo de sanear las cuentas bancarias. Todo esto no pudo ocurrir sin una legitimación que justificase ese flujo de recursos hacia aquellos que habían provocado el problema. Era una tarea discursivamente complicada, porque debía alentar a los Estados y a sus poblaciones a que pagaran las cuentas de una fiesta en la que no habían participado más que secundariamente, por lo que el repliegue conservador decidió emplear un marco que conocía bien y cuya utilización había resultado exitosa en tiempos recientes. La idea que difundieron fue que si no se insuflaban fondos a un sector enfermo la mayor parte de la riqueza mundial se esfumaría y los daños causados hasta entonces serían nimios comparados con los que vendrían; si se dejaba que unos cuantos bancos quebrasen, terminarían arrastrando al resto y la sociedad tal y como la conocíamos desaparecería. Estábamos ante un peligro enorme y había que responder con firmeza, aunque hacerlo de ese modo supusiera sacrificios, dolor y lágrimas. La utilización de expresiones como «empresas demasiado grandes para caer» resaltaban esta circunstancia, sugiriendo que nos encontrábamos ante una situación que nos superaba y que nuestro margen de acción se limitaba a ayudar a los infectados: todo lo demás nos conduciría a la catástrofe.

Al igual que ocurrió en los anteriores repliegues, los riesgos aparecían ligados a cuestiones morales. El sistema financiero, la sangre de nuestro cuerpo social, había enfermado a causa de las acciones de gente que quería vivir por encima de sus posibilidades y que se endeudó sin sentido. Los políticos cometieron el mismo error y habían generado un gasto público desmesurado, ya fuera para hacer frente a las necesidades de un Estado de bienestar sobredimensionado, ya para sufragar el coste de infraestructuras excesivas. En el caso español la mala gestión alcanzaba también a las cajas de ahorro, teledirigidas desde la política, que se habían embarcado en las aventuras del ladrillo con consecuencias funestas. Nadie parecía haber calculado que los buenos tiempos no durarían para siempre, sino que se forjaron la ilusión de que se iba a vivir permanentemente a crédito. En resumen, fue la suma de ineficiencias políticas, de ambición y de irreflexión personales la que provocó que el sistema quebrase, por lo que moralmente estábamos obligados a responder por los errores colectivos.

Latía en este discurso el mismo ánimo de combate contra los espíritus endebles que se dejaban vencer por las tentaciones y que vivían el presente sin pensar en el futuro, y contra esa mentalidad adocenada que creyó que todo estaba al alcance de la mano. La crisis se mostraba como una oportunidad para que regresase el sentido común y se aprendiese una lección dura pero gratificante. Los expertos económicos que ofrecían las recetas para volver a lo normalidad no sólo aportaban un conocimiento objetivo, sensato y racional acerca de lo que debía hacerse, sino que mostraban ese autodominio que nunca se debería haber perdido. Oponerse a esas medidas no sólo suponía abocarnos a la ruina, sino que implicaba no haber tomado nota de nuestras debilidades. Había que ser fuertes y actuar en consecuencia, para lo que volvían a ser necesarios esos líderes que no se acobardaban ante las dificultades y que eran capaces de decir sin titubeos a sus votantes que los sacrificios resultaban imprescindibles.

La comodidad y la debilidad, al igual que ese individualismo hedonista que sólo pensaba en disfrutar el momento, que fueron descritos como los grandes males de las democracias occidentales en la época del terrorismo yihadista y de las dictaduras que le ofrecían soporte, reaparecen en la crisis para ofrecerse como el mecanismo explicativo esencial. El círculo se cerraba de nuevo: teníamos un enorme riesgo y unos responsables, con lo que sólo era preciso aplicar las medidas concretas para que el sistema financiero

recuperase su velocidad. Cuando la crisis se dio por finalizada, la economía iba bien, las sociedades occidentales se habían estabilizado y los beneficios de las inversiones habían regresado a la normalidad. Una década después la recesión se había superado, pero quedaban muchas dudas en el aire. Si era necesario apoyar a los bancos para mantener en pie el edificio económico, bien podría haberse aprovechado la circunstancia para corregir las serias disfunciones que habían causado y poner coto a unas prácticas nocivas, a través de un nuevo reparto de poder, para evitar que esos males sistémicos tuvieran lugar de nuevo; si las empresas demasiado grandes para caer, el enorme predominio de las finanzas, la ambición desmedida y la falta de supervisión nos habían conducido a un grave problema, lo correcto desde el punto de vista sistémico habría sido actuar en consecuencia y enmendar esas tendencias perturbadoras; si la separación entre la economía real y la ficticia, y entre los *makers* y los *takers* suponía un enorme obstáculo a la hora de estabilizar los sistemas económicos y políticos, se debería potenciar a los primeros a costa de los segundos. La crisis era la ocasión, porque los efectos estaban manifestándose de forma cruda en muchas poblaciones occidentales. Sin embargo, no sólo no se fue en la dirección correcta sino que se optó por alimentar las causas de las disfunciones. O, por decirlo con otras palabras, la recesión operó una vez más como instrumento de reorganización conservadora de las sociedades. La prima de riesgo, la necesidad de evitar el déficit público para devolver una deuda que sigue aumentando, el equilibrio presupuestario y demás términos que se han vuelto demasiado habituales en los últimos años, no son más que eufemismos para designar el motor que alienta estas transformaciones: desde el año 2010 la riqueza de la élite económica, de ese uno por ciento de la sociedad que tiene un enorme peso en ella, ha crecido un promedio del trece por ciento al año. El ochenta y dos por ciento de la riqueza mundial generada durante 2017 fue a parar a manos del uno por ciento más rico de la población mundial, mientras el cincuenta por ciento más pobre –3.700 millones de personas– no se benefició en absoluto de dicho crecimiento[1]. Y según un informe de la Cámara de los Comunes británica, de seguir esta progresión las dos terceras partes de la riqueza mundial estarán en manos del uno por ciento para 2030[2].

Los tres repliegues, los vividos tras la crisis del petróleo, el 11-S y la crisis financiera comparten intenciones, manejan discursos muy similares y generan efectos parecidos. Los grandes riesgos, los enemigos dañinos y arteros, la

fortaleza moral, las acciones imprescindibles que requieren sacrificio, una sociedad adocenada y débil, y la necesidad de firmeza son algunas de las constantes que, por un camino u otro, han dado forma a este conservadurismo contemporáneo, esto es, a una lucha de poder en la que las élites van ganando. Hasta ahora la derecha y la izquierda contemporáneas, o al menos aquellas que tenían opciones de gobernar, coincidieron en las acciones económicas que debían realizar y se centraron en una guerra cultural muy intensa que introdujo una fuerte polarización de la sociedad y que sirvió para definir las en términos electorales. Pero estamos ya en otro momento. Un buen ejemplo lo hallamos en que este discurso se utilizó también, y de una manera feroz, con el ascenso de los populismos, y en algunos casos ya no funcionó. El segundo elemento que nos señala que estamos en un tiempo nuevo es la manera en que nos relacionamos con el futuro.

[1] Diego Alejo Vázquez Pimentel, Iñigo Macías Aymar, Max Lawson, *Premiar el trabajo, no la riqueza*, Informe de Oxfam, enero de 2018.

[2] «Richest 1% on target to own two-thirds of all wealth by 2030», *The Guardian*, 7 de abril de 2018 [<https://www.theguardian.com/business/2018/apr/07/global-inequality-tipping-point-2030>].

CAPÍTULO II

EL FUTURO

2.1. Lo inevitable

Klaus Schwab, economista, empresario y fundador y presidente del Foro Económico Mundial, más conocido como Foro de Davos, formuló a comienzos de 2018 la idea que estructura la posición ideológica de las élites globales: «La línea de la división de hoy no está entre la izquierda y la derecha políticas, sino entre los que abrazan el cambio y los que quieren conservar el pasado. Estos últimos se quedarán atrás»[\[1\]](#). El conservadurismo y el progresismo quedan así reformulados y se establece un nuevo eje sociopolítico determinado por la exigencia de un tiempo diferente. Viviremos grandes transformaciones, tan profundas que aún no podemos atisbarlas. Sabemos que el trabajo cambiará radicalmente y que muchos empleos desaparecerán y otros surgirán, pero todavía no podemos adivinar cuáles. El futuro es un tren que viene a atropellarnos, una inundación que sobrepasará todos los diques, y nuestra posición ante esa fuerza irresistible es que la nos define políticamente.

El porvenir disruptivo es hoy un lugar común en los discursos más dispares. Nadie lo pone en duda y muchos lo ven como una fuente de oportunidad, desde un lado y otro del espectro ideológico. Suscita grandes temores y esperanzas y los análisis acerca de las posibilidades que abre son continuos, en especial desde la prensa económica, las instituciones o los *think tanks*. Pero la insistencia en ese iceberg que chocará contra nuestra realidad genera escasa preocupación. Los grandes medios, al igual que las redes, siguen centrados en el último escándalo, el mundo político trata de resolver lo urgente y el ciudadano común anda inmerso en un presente poco estable. En cierta medida es lógico, porque la racionalidad humana no está preparada para vivir en la anticipación continua. Somos conscientes de que respecto del porvenir nadie puede afirmar nada concluyente. Colocamos en él nuestros miedos y deseos, realizamos pronósticos, medimos probabilidades, pero todo eso es posible mientras las previsiones pueden demorarse en su encuentro con la realidad. Como no sabemos lo que ocurrirá establecemos ficciones que nos hacen más llevadera esa incertidumbre ontológica y actuamos no sólo como si el futuro fuera a convertirse en presente en algún instante, sino como si

tuviéramos cierto control sobre él. Por eso hacemos planes, estudiamos una carrera, ahorramos para nuestros hijos, compramos entradas para un concierto que se celebrará dentro de varios meses o reservamos con antelación las vacaciones. Sabemos que mañana podemos no estar aquí, pero lo borramos de nuestra mente y seguimos adelante. El futuro ya vendrá.

En nuestra época esa actitud es todavía más frecuente. Hay tiempos históricos en los que la relación con el porvenir es más feliz, puesto que existe gran confianza en el progreso. Las décadas fordistas fueron uno de ellos y sus clases medias el mejor ejemplo. Estaban formadas por personas que emigraron a las grandes ciudades en un instante de desarrollo económico, que entendían que los adelantos técnicos eran sinónimo de prosperidad y que creían que su mejora material tendría continuidad en las generaciones siguientes. Enviaban a sus hijos a las universidades para que dispusieran de las opciones que a ellos les fueron negadas, pensaban en términos de avances lineales y confiaban en que su posición social quedaría lo suficientemente asentada como para que sus descendientes avanzasen un paso más en ese camino. El futuro era percibido de la misma manera que las nuevas versiones de los televisores o de los lavavajillas: siempre mejorados, añadiendo pequeñas ventajas en cada nuevo modelo, con prestaciones más potentes cada año. El porvenir era un momento de realización de las expectativas.

Nuestro tiempo es mucho más confuso, porque si bien una parte nada desdeñable de las poblaciones occidentales considera que lo que deja a su espalda es bastante mejor que lo encuentra frente a ellas, las clases dominantes describen lo que viene como un espacio tejido de enormes opciones. Esa diferencia es la que provoca que intelectuales como Pinker señalen a las viejas clases medias, las otrora garantes del progreso, como pesimistas, nostálgicas y reaccionarias.

En esa divergencia aparecen también dos temporalidades y dos maneras de vivirlas muy distintas, que son a las que Schwab se refiere cuando traza la línea que divide la nueva política. De una parte está el movimiento de la historia, ligado a los avances científicos, que dibuja un horizonte inevitable; de otra, la racionalidad del día a día, la del ciudadano común, la de las vivencias cotidianas. La primera anuncia grandes transformaciones, cuajadas de oportunidades y riesgos, frente a las cuales no hay intervención posible; la segunda se desarrolla en un posibilismo resignado; una se mueve permanentemente hacia adelante, la otra acepta lo que encuentra y trata de

extraer lo bueno del aquí y el ahora. Pero no estamos ante un posicionamiento hedonista, sino ante una reacción comprensible a la falta de horizontes. Ya no hay grandes planes de vida, porque la estabilidad material que había sido construida en los años de bienestar europeo se desvanece y aquello que la sustituye, el mundo fluido en el que hay que reinventarse de continuo, impide mirar más allá de lo inmediato. El derroche *low cost* de las jóvenes generaciones, el gasto excesivo del todo a cien de las clases trabajadoras o la afición a pequeños lujos de las clases medias nacen, no de un sobrante, sino de una ausencia; en la medida en que perciben que el futuro deja de estar en sus manos, el disfrute del presente aparece como una opción razonable. Estrategias a largo plazo como el ahorro sólo son posibles en sociedades que creen en el porvenir; cuando la incertidumbre se extiende, los planes pierden buena parte de su sentido.

Esta diferente relación con el tiempo conforma también una división social que separa a quienes tienen la posibilidad de trazar estrategias de futuro, porque creen que podrán hacer valer los recursos, la posición o la red de relaciones con los que cuentan, de quienes no tienen más remedio que nadar entre el oleaje esperando mantenerse a flote. Mientras que las clases perdedoras en este proceso de reorganización social en el que estamos inmersos piensan en términos de puro presente, las ganadoras están continuamente orientándose hacia lo que vendrá, ya sea mediante la inversión en educación, en capital simbólico o en capital relacional, las formas típicas de inserción en las redes globales. Es aquí donde la nueva línea política que traza Schwab tiene sentido, porque en nuestras sociedades hay quienes pueden dibujar con precisión su mapa vital, otros hacen lo posible por salir adelante y esperan que la fortuna les acompañe y los demás simplemente solventan las cosas según vienen. Mirar al futuro es estar en posición de poder hacerlo, esto es, no quedar sometido a la necesidad o a la urgencia que obstruyen todo horizonte que no sea el inmediato.

Lo que afirma el presidente y portavoz del Foro de Davos tiene mucho que ver con el discurso político dominante. Del mismo modo que el mensaje unánime en décadas pasadas señalaba la inevitabilidad de la globalización y por lo tanto fijaba una tarea social (adaptarse a ella o desaparecer), las élites progresistas actuales advierten de que ese porvenir disruptivo sólo admite dos posiciones, sumarse a él y si es posible liderarlo, o convertirse en nostálgicos obsoletos (como ocurre con los populismos de derechas). Su objetivo es que

seamos conscientes de la inutilidad de la resistencia (que es equivalente a oponerse a la ciencia), empujarnos fuera de la cortedad de miras y conseguir que nos enfoquemos hacia los problemas reales. Es cierto que esta visión de las transformaciones sociales como algo mecánico y que no está marcado por ideología alguna suena extraña, porque las innovaciones científicas y técnicas son instrumentos que pueden ser utilizados de diferentes maneras. Es la forma de emplearlos y no su mera existencia lo que define políticamente una época, del mismo modo que los avances en las comunicaciones y los transportes generaron una globalización que afianzó un repliegue conservador al servicio de las clases con más recursos y poder. Con las enormes innovaciones tecnológicas que anticipamos ocurre igual: son susceptibles de usos diversos, pero parece que existe una unión peculiar entre su existencia y el empleo en beneficio del *statu quo*.

[1] «Los hombres que han hecho fracasar la socialdemocracia», *El Confidencial*, 16 de marzo de 2018 [https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2018-03-16/los-hombres-que-han-hecho-fracasar-la-socialdemocracia_1536236/].

2.2. De qué hablamos cuando hablamos de futuro

Cuando Schwab, como buen representante de las élites globales, insiste en que la línea que separa a quienes saldrán adelante de quienes se quedarán atrás es su mirada hacia el porvenir, simplemente ratifica una convicción generalizada: el mundo que aparecerá a la vuelta de la esquina no es la continuación del precedente, sino radicalmente distinto. Y más aún cuando cuenta con una variable que lo altera todo, la velocidad. El sector tecnológico subraya con frecuencia este aspecto: los avances no serán lineales sino exponenciales, lo que conduce hacia un contexto sin precedentes en el que las previsiones se desvanecen poco tiempo después de enunciarse.

Schwab, y el foro de Davos con él, cuando habla del futuro se refiere a la cuarta revolución industrial[1], un cambio productivo a gran escala de esos que la humanidad ha experimentado en contadas ocasiones a lo largo de los últimos siglos. La primera gran transformación estuvo marcada por la utilización del vapor y del agua para mecanizar la producción; la segunda por la división del trabajo, la producción de masas y la electricidad; la tercera, que se inició en 1969, por la producción automatizada, la informática y la electrónica. La cuarta lo estará por la innovación digital, una fusión de tecnologías que borrará los límites entre las esferas físicas, digitales y biológicas[2]. La diferencia respecto del pasado, el gran desafío, consiste en que no resulta posible leer de forma predecible ni la dirección ni la intensidad de esas transformaciones. La biotecnología, el *blockchain*, la geoingeniería, la realidad virtual aumentada, la inteligencia artificial en sus múltiples expresiones, la nanotecnología, la ciencia de materiales, la computación cuántica o las impresoras 3d someterán a la sociedad a *shocks* profundos que serán imposibles de asimilar paulatinamente. Cada cambio llevará a nuevos terrenos distintos por completo de los anteriores.

En cuanto a su aplicación práctica, el futuro nos traerá posibilidades inmensas en todos los órdenes. Los sistemas sanitarios se verán reformados radicalmente a partir del empleo de inteligencia artificial que permitirá ofrecer mejores soluciones. El médico tradicional desaparecerá sustituido por una red de conocimientos informáticamente vinculados en la que se apoyará

el doctor para emitir diagnóstico y recomendar tratamiento y, muy posiblemente, pocos años después ni siquiera hará falta un médico. Los coches serán autónomos y sus sistemas de guía lograrán evitar un porcentaje muy relevante de los accidentes actuales y convertirán el tráfico de las ciudades en mucho más manejable. En las fábricas apenas existirán obreros, ya que las máquinas realizarán las tareas repetitivas de forma regular y precisa y las cadenas de distribución serán más eficientes al estar mecanizadas. Las ciudades, que verán cómo sus poblaciones aumentan enormemente, contarán con mecanismos de regulación inteligentes que harán la vida de sus habitantes más placentera. Incluso el ser humano será mejorado gracias a los enormes avances científicos, lo que posibilitará que vivamos muchos más años en mejores condiciones.

Todas estas ventajas, el conjunto de mejoras que traerá el porvenir, nacen de la misma convicción: la naturaleza humana es frágil y las decisiones irracionales forman parte de nuestro ser. Un médico, un juez o un conductor cometen errores con frecuencia, ya sea por su conocimiento insuficiente, por sus prejuicios, por las distracciones o simplemente porque tienen días mejores que otros. La humanidad es también la historia de nuestras equivocaciones, por lo que los avances que se han producido han sido lentos, fatigosos y sometidos a frecuentes regresiones. Por primera vez podemos poner en marcha sistemas autónomos y automatizados que permiten ampliar radicalmente la dimensión del saber, porque contamos con millones de datos, de casuísticas y de experiencias que pueden centralizarse, sistematizarse y convertirse en instrumentos de decisión. Y no sólo eso: gracias a la inteligencia artificial es posible diseñar procesos que aprendan por sí mismos, que se corrijan conforme los nuevos datos van refinando los antiguos, que no dependan de la acción del hombre para mejorarse y que además lo hagan a una velocidad hasta ahora impensada. Por primera vez en la historia la mejora de nuestras capacidades no está sujeta a la invención del ser humano, sino que la hemos delegado en un mecanismo exterior, más preciso, rápido y eficaz en el que no interfieren los humores, las pasiones o los sentimientos.

La superioridad del mundo del futuro radicará en su capacidad de domesticar la falible naturaleza humana gracias a la ciencia. La vida es un cúmulo de interacciones cuyos problemas están mayoritariamente causados por nuestras debilidades: los accidentes de tráfico suelen ser causados por imprudencias o despistes; los problemas de salud son consecuencia de pautas

alimenticias y de estilos de vida nada saludables; las resoluciones judiciales erróneas nacen de prejuicios ideológicos; los malos diagnósticos, de la incapacidad del médico; los matrimonios erróneos, de la ceguera pasional. Sin embargo, desde la nueva perspectiva, todo organismo vivo (que es lo que somos por más que queramos otorgarnos mayor trascendencia) no es otra cosa que la unión de datos y algoritmos[3]. En la medida en que la ciencia y la técnica nos proveen de mecanismos para recoger muchos más datos, refinarlos y sintetizarlos a través de procesos informáticos inteligentes, es posible eliminar las equivocaciones genéticas y sociales de nuestras decisiones. Nos dejamos llevar por los sentimientos a la hora de elegir pareja, por las emociones cuando votamos, por el deseo cuando comemos o bebemos, por apetencias irracionales cuando decidimos qué carrera cursar, por nuestros instintos a la hora de tomar decisiones. Desde su perspectiva, si en lugar de dejar hablar a nuestras entrañas nos apoyásemos en estos nuevos instrumentos, nuestra vida sería mucho mejor, también en el ámbito privado. La informática nos proporciona ahora esa posibilidad y esa es la gran ventaja que nos aporta el futuro.

[1] Klaus Schwab, *La cuarta revolución industrial*, Barcelona, Debate, 2016.

[2] Klaus Schwab, «The Fourth Industrial Revolution: what it means, how to respond», *Foreign Affairs*, 12 de diciembre de 2015 [<https://www.foreignaffairs.com/articles/2015-12-12/fourth-industrial-revolution>].

[3] «Yuval Noah Harari: El poder está en manos de quien controla los algoritmos», *El Confidencial*, 14 de octubre de 2016 [https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2016-10-14/harari-poder-control-algoritmo-elite-salud_1274660/]. Una amplia explicación aparece en Yuval Noah Harari, *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Barcelona, Debate, 2016.

2.3. La brecha del cambio

El viaje al futuro no sólo está tejido de oportunidades. También obliga a enfrentarse a grandes retos, ya que las sociedades occidentales sufrirán una reestructuración profunda a medida que las posibilidades abiertas comiencen a concretarse. Algunos de estos cambios se han iniciado ya, como subraya Schwab, porque muchas industrias perciben cómo las nuevas tecnologías están alterando ya las cadenas de valor existentes y han surgido competidores innovadores, como las plataformas digitales, que se han convertido en una amenaza real para los operadores tradicionales, con los que compiten en precio, calidad o velocidad de entrega en sectores como la vivienda, el transporte o las ventas[1]. Los modelos de negocio se están transformando y las grandes tecnológicas y las firmas de economía colaborativa están derribando las barreras jurídicas que atenazaban a las grandes empresas, alejándose por completo de los entornos regulados gracias a su mano de obra ocasional, *just-in-time*, que absorbe sus costes y opera con infrasalarios. La economía del contenedor, en la que una sola plataforma presta millones de servicios en todo el mundo a una cantidad enorme de consumidores, era impensable décadas atrás por la rigidez de los Estados a la hora de defender sus normativas laborales y fiscales, pero hoy canaliza la inversión, genera nuevas expectativas de negocio gracias a su potencial monopolístico, a sus estructuras mucho más ágiles y a las ventajas que consigue en el momento de pagar impuestos. Las grandes inversiones de capital en firmas como Uber, Airbnb, Amazon, Facebook, Google, Microsoft o Tesla han reorganizado en su beneficio, desde su base en EEUU, sectores ya existentes o se han establecido como los actores dominantes en nuevos terrenos.

Pero esto no es más que el comienzo. La evolución del modelo postindustrial generado por las nuevas tecnologías alterará el mundo laboral de un modo definitivo. Las previsiones iniciales apuntaban hacia el riesgo de desaparición del cuarenta y siete por ciento del empleo total en los próximos 20 años a causa de la automatización[2]. Los trabajadores del transporte y la logística, los vinculados a los procesos de fabricación y producción, así como los administrativos, serían los primeros en ser sustituidos por el capital

informático. Esta perspectiva incluía una idea, comúnmente asumida, según la cual la mano de obra que realizaba tareas rutinarias y predecibles tendría un futuro complicado mientras que quienes desempeñaban funciones con valor añadido saldrían muy beneficiados, caso de las ocupaciones vinculadas con el conocimiento, la toma de decisiones o el capital relacional. Incluso áreas como la actividad comercial quedarían poco expuestas, dada esa mezcla de vínculo personal e inteligencia social que genera lazos de confianza. Sin embargo, la sustitución de mano de obra por sistemas automatizados es transversal y terminará afectando a todo tipo de sectores. No se trata sólo de que los cajeros, los empleados de mostrador y los teleoperadores de *marketing* tengan los días contados, sino de que el peso de los sistemas informáticos en profesiones como la jurídica, la periodística o la bancaria está creciendo, ya que los programas sistematizan y procesan grandes cantidades de información y convierten en prescindibles a buena parte de sus profesionales medios. Los diseñadores de chips de ordenador, los asesores fiscales o los arquitectos están viéndose afectados por los programas de *software*, e incluso los analistas de los fondos de inversión están siendo amenazados por los fondos cuantitativos que operan a través de algoritmos. En la construcción el auge de la prefabricación modificará el sector y muchos de los contratados deberán reconvertirse. E incluso están desarrollándose programas que permiten dirigir empresas, de modo que también los CEO de algunos sectores podrían resultar innecesarios[3]. A medida que se vayan mejorando las prestaciones de los nuevos sistemas disminuirá la ventaja comparativa del trabajo humano y si bien esa tendencia parece afectar sólo a la parte baja de la pirámide laboral, también la intermedia se ve sacudida (muchos de sus cuadros están siendo despedidos) y alcanzará a partes de la escala superior. Se produce así una nueva brecha cuyos sectores más beneficiados serán las finanzas, la tecnología y la electrónica, mientras que el setenta por ciento restante del mundo laboral se verá abocado a los bajos salarios y a una economía de supervivencia[4]. La desigualdad será mayor, ya que los ingresos se concentrarán en las capas altas, mientras que las medias y las bajas vivirán el estancamiento o el descenso de sus salarios.

La cuarta revolución industrial nos dirige así hacia un mercado de trabajo dual, «repartido entre el sector de baja cualificación / bajos salarios y el de alta capacidad/alta remuneración en el que existirá una fuerte demanda en los extremos altos y bajos, pero un vaciamiento del centro». Este proceso de

bifurcación, no obstante, se extenderá también a las partes favorecidas de la sociedad. Los cambios sociales generan más competencia tanto entre los distintos estratos sociales como en el interior de ellos. Dado que el número de millonarios está aumentando mundialmente, la competencia intraélite crece, debilitando gradualmente el espíritu de cooperación y aumentando la polarización ideológica y la fragmentación de la clase política[5]. Puesto que un mayor número de personas pelean por una serie de puestos restringidos, los choques están asegurados, en especial a la hora de reproducir su posición social.

El proceso de globalización ha incrementado estas tensiones, ya que las clases favorecidas de diferentes zonas geográficas pugnan con más fuerza por los mercados existentes o por situarse mejor en los nuevos sectores o en los viejos territorios, lo cual no puede hacerse sin expulsar a quienes hasta entonces habían detentado una posición privilegiada. Todo ello provoca tensiones económicas, pero también sociales. Los expulsados de las posiciones dominantes y los hijos de las élites que no han podido dar continuidad a su nivel social tienden a canalizar su descontento políticamente, algo que explica muchas de las variaciones nacionalistas de los últimos años.

Este camino de doble dirección será también geográfico. Para 2045, cuando la población mundial haya aumentado hasta los nueve mil millones de personas, el setenta por ciento de ella residirá en grandes ciudades que concentrarán buena parte de los recursos. Las zonas rurales están perdiendo habitantes, dadas las dificultades para ganarse la vida en territorios sin industria y con una agricultura y ganadería menguantes, al mismo tiempo que las megaurbes, en especial en los países emergentes, han experimentado grandes migraciones internas. Ciudades como las del corredor Tokio-Sídney (que incluye Seúl, Taipéi, Shangái, Hong Kong, Kuala Lumpur, Singapur o Yakarta) están desarrollándose a una velocidad mucho mayor que las regiones o los países a los que pertenecen. La demanda de mano de obra y de servicios en las ciudades en auge ha crecido enormemente y seguirá haciéndolo en el futuro, lo que provocará tensiones por el acceso a recursos de primera necesidad como el agua, cuya escasez se agravará con el cambio climático, o la electricidad[6].

Más que una previsión, esto es una tendencia. El sector financiero, el gestor y el creativo se están concentrando en grandes urbes que atraen gran parte de

los recursos y en las que las oportunidades laborales son mucho mayores y los empleos están mejor retribuidos, mientras que el resto de los territorios están desconectándose de los flujos mundiales. Se ha dibujado una notable brecha entre los núcleos urbanos imbricados en la red global y los que permanecen anclados en viejas economías, el comercio local y las empresas tradicionales. Ciudades como Nueva York, Tokio, París, Fráncfort, Zúrich, Ámsterdam, Los Ángeles, Sídney o Hong Kong son las beneficiadas, ya que se han convertido en los principales centros comerciales y financieros del mundo y recogen gran parte del capital, del talento y de las ventajas que aportan las interconexiones[7].

Tales nodos de innovación acapararán casi todo el crecimiento económico actuando como catalizadores del desarrollo. Atraerán a la mayor parte de las empresas y de los trabajadores altamente cualificados y a su alrededor crecerá un mercado de servicios culturales, gastronómicos y deportivos orientados a satisfacer las necesidades de esta clase innovadora, al mismo tiempo que se precisarán empleos degradados del sector servicios que ayuden a que los sectores profesionales de alto valor añadido puedan centrarse en la realización de sus tareas.

Este escenario de mercados globales geográficamente especializados favorecerá a las empresas que busquen las economías de escala o que generen valor añadido y dejará poco espacio a las pymes. Esa tensión provocará que Gobiernos de países del primer mundo inviertan en ese sector para fomentar compañías de mayor tamaño o, en el peor de los casos, que pongan en marcha medidas proteccionistas para evitar su declive. A medio plazo las únicas pequeñas empresas que podrán subsistir serán aquellas que cuenten con una potente base tecnológica, las especializadas en servicios a grandes conglomerados y las que ocupen un nicho muy específico siguiendo el modelo de *long tail*[8].

El papel redistributivo de los Estados occidentales también disminuirá, dado que buena parte de sus ingresos serán destinados al pago de la deuda pública y a afrontar el envejecimiento de sus poblaciones, lo cual perjudicará el crecimiento, convertirá en menos estables las expansiones económicas y hará mucho más difícil que se pueda proporcionar educación de calidad a las clases con menos recursos.

Esta reorganización es parte del futuro y viene envuelta en promesas de grandes avances. No es un escenario que sea descrito como una posibilidad

entre otras, sino que aparece como ineludible. Es lo que vendrá y exige que tomemos decisiones que en realidad sólo pueden ser dos: abrazar el porvenir o quedarnos anclados en el pasado. En este contexto la descripción de la sociedad quebrada, esta nueva división entre ganadores y perdedores, funciona como advertencia. Pero no es una amenaza intencionada, sino la mera anticipación de los efectos de la falta de adaptación. Posee un aire mecánico, como cuando se avisa de que una inundación anegará los campos y habrá quien tome en serio el anuncio y se prepare para ella y quien adopte una postura cómoda y la ignore. Y puesto que la ciencia y la técnica traerán por sí mismas estas transformaciones, dependerá de nosotros cómo hacer frente a sus retos. La predisposición y mentalidad serán decisivas a la hora de situarnos entre quienes salen beneficiados o quienes se quedan atrás; en esa actitud personal se fraguará el recorrido profesional y vital de los ciudadanos de Occidente.

La tarea esencial de los poderes públicos es prepararnos para el cambio, esto es, fomentar la disposición social precisa, tanto en lo que se refiere a formación para los nuevos empleos como a la adopción de la mentalidad adecuada. Pero eso fuerza a cambiar a las mismas instituciones, poco adecuadas aún para ese objetivo porque los Estados y las instituciones reguladoras siguen presos de un esquema de acción lineal. Como aclara Schwab, «los sistemas de las políticas públicas deben ser muy diferentes de los de la segunda revolución industrial, cuando las decisiones se tomaban después de emplear el tiempo preciso para estudiar un tema específico y desarrollar la respuesta necesaria o el marco normativo adecuado. Todo el proceso era diseñado para ser lineal y mecanicista, siguiendo un enfoque de arriba hacia abajo. Pero este enfoque ya no es factible. Teniendo en cuenta el rápido ritmo de la cuarta revolución industrial y de sus impactos, los legisladores y los reguladores están siendo desafiados en un grado que carece de precedentes y en su mayor parte están demostrando ser incapaces de hacerle frente»[\[9\]](#). Ya no es posible analizar, encontrar las causas, predecir, tejer alternativas y después aplicarlas, sino que hay que apostar por cualidades como la flexibilidad y la adaptabilidad que permitan a los reguladores maniobrar en un entorno en evolución continua. Ese giro, a su vez, debe ser instigado desde el exterior, de forma que el mayor peso del sector privado, la creciente influencia de los ciudadanos gracias a los nuevos medios técnicos, los desafíos en materia financiera o la cada vez mayor

incidencia de las organizaciones internacionales en la vida estatal hagan tomar conciencia a los gobernantes de que la habilidad para adaptarse determinará su supervivencia y la de sus sociedades. Según Schwab, si los gobernantes son capaces de abrazar un mundo de cambio disruptivo, sometiendo sus estructuras a los niveles de transparencia y eficiencia que les permita mantener su ventaja competitiva, aguantarán. Si no saben evolucionar se enfrentarán a un problema cada vez mayor.

Por cualquier camino que elijamos arribamos al mismo lugar: en el futuro no habrá más que dos posibilidades en todos los niveles, ya sea como individuos, sociedades, gobiernos, empresas o naciones. Las mercancías se han dividido en «premium» y «commodity», la prestigiosa y de alto valor añadido, y la devaluada, fácilmente conseguible y reemplazable; igual ocurre con el trabajo, donde encontraremos mano de obra cualificada y bien pagada o empleados baratos; y con los países, que se convertirán en *startup nations* que cuenten con empresas innovadoras y exportadoras o deberán competir con Asia rebajando salarios y deteriorando las condiciones laborales (o se cambia el paso o el destino será servir copas y cambiar sábanas). Lo llamativo de esta idea es que, a pesar del mecanicismo con que se describen las transformaciones y las grandes opciones y los grandes riesgos que traen, al final del camino todo queda en nuestras manos. Por arrebataadoras que parezcan las fuerzas en juego, serán la predisposición, la actitud, la inteligencia emocional y la habilidad para moverse en la incertidumbre las armas que garantizarán un buen futuro. Todo está por escribir y, si somos capaces de exhibir las aptitudes adecuadas, lo que nos espera será mucho mejor que cualquier esperanza que nos hubiéramos forjado. Esas serán las clases ganadoras, las que salgan al encuentro del futuro. Porque, como afirma Schwab, «somos maestros de nuestro destino».

[1] «La gran transformación que está sufriendo el mundo. Y será el tema central de Davos 2016», *El Confidencial*, 17 de diciembre de 2015 [https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2015-12-17/la-gran-transformacion-que-esta-sufriendo-el-mundo-y-sera-el-tema-central-de-davos-2016_1121859/].

[2] Carl Benedikt Frey y Michael A. Osborne, *The Future of Employment: How susceptible are jobs to computerisation?*, Oxford Martin Programme on Technology and Employment, Working Paper, 2013 [<https://www.oxfordmartin.ox.ac.uk/publications/view/1314>].

[3] Devin Fidler, «Here's how managers can be replaced by Software», *Harvard Business Review*, 21

de abril de 2015.

[4] Peter Temin, «The American Dual Economy: Race, Globalization, and the Politics of Exclusion. Institute of New Economic Thinking», Institute for New Economic Thinking, Working Paper 26, Noviembre de 2015 [<https://www.ineteconomics.org/uploads/papers/The-American-Dual-Economy-Race-Globalization-and-the-Politics-of-Exclusion.pdf>].

[5] Peter Turchin, *Ages of discord. A Structural-Demographic Analysis of American History*, Chaplin, Connecticut, Beresta, 2016.

[6] *Global Strategic Trends. Out to 2015*, Ministry of Defence, UK [https://www.globalsecurity.org/military/library/report/2014/global-strategic-trends-2045_uk-mod.pdf].

[7] Javier Solana (dir.), *España en el mundo 2033. Cuatro escenarios para actuar ahora*, Global Risks de ESADEgeo-Center for Global Economy and Geopolitics/PwC [<https://www.pwc.es/es/publicaciones/economia/assets/espana-en-el-mundo-2033.pdf>].

[8] *Ibid.*

[9] K. Schwab, «The Fourth Industrial Revolution: what it means, how to respond», *Foreign Affairs*, cit.

2.4. El calvinismo y la cuarta oleada conservadora

Cuál será nuestro papel en ese nuevo escenario es una pregunta que demanda una contestación privada. Porque del mismo modo que aparecen riesgos enormes, esa realidad a punto de implantarse abre la puerta a posibilidades aún no imaginadas si sabemos reconvertirnos. Las promesas del futuro, que van desde una vida mucho más larga en condiciones más ventajosas hasta la posibilidad de dedicar el tiempo únicamente a aquellas tareas que nos resulten gratificantes, se realizarán a condición de que se produzca en nuestro interior un cambio que nos sitúe a la altura de los tiempos. Es una tarea en apariencia ardua pero que en realidad resulta muy sencilla. Si se observan los grandes problemas en su totalidad pueden mostrarse insalvables, pero si se descomponen en metas realistas, accesibles y realizables, los esfuerzos cotidianos acabarán por transformar el todo. A las grandes metas se llega a través de pequeños pasos. Sólo hace falta fuerza de voluntad, requisito más que nunca a nuestro alcance en esta época, en la que gozamos de adelantos técnicos que facilitan enormemente la consecución de los objetivos.

La vida cotidiana es una buena muestra de cómo resolver grandes cuestiones gracias a pequeños y constantes avances. En ella se despliegan un sinfín de decisiones relacionadas con la formación, el desarrollo profesional, la relación con la familia, la autoimagen personal o incluso el peso corporal. Las trayectorias laborales dependen de que hayamos sabido orientarnos hacia la formación precisa, en particular a aquellas disciplinas que cuentan con una demanda mayor; nuestra salud depende de hábitos saludables; las relaciones personales, de desarrollar las actitudes precisas para que nuestra marca personal resulte atractiva; la felicidad, de encontrar en nuestro interior aquello que nos hace mejores.

Si se cuenta con la voluntad adecuada y si se sabe hacer frente mediante estrategias variadas a los problemas prácticos de la existencia, hay pocos límites. Además, los nuevos tiempos han aportado métodos precisos y científicamente valorados para ayudar a conseguir cualquier objetivo. Existen una serie de instrumentos tecnológicos que permiten medir constantemente

distintos indicadores, desde el colesterol hasta el ritmo del corazón, de modo que cualquier disfunción en la salud se puede corregir en cuanto aparece; se han puesto en marcha cursos en línea, a menudo sin coste, para que la formación permanente no sea una utopía; contamos con numerosas alternativas para realizar ejercicio y mantener el cuerpo en forma, incluidas *apps* extremadamente útiles; las innovaciones de la red permiten establecer relaciones con personas que residen en lugares lejanos pero con las que se comparten intereses y visiones del mundo; los superalimentos ayudan a mejorar el bienestar al igual que las técnicas de meditación, que ofrecen una capacidad de relajación y concentración necesarias en un mundo con tantas tensiones y distracciones; los potenciadores de rendimiento generan una energía extra cuando es precisa; los *coach* y las diversas formas de autoayuda empujan hacia una mejora de la relación con uno mismo y hacia el aumento de capacidades sin necesidad de tediosas y largas terapias psicológicas. Todo está al alcance de cualquiera; basta con tener el deseo de avanzar. Lo privado, en definitiva, es el terreno en el que mejor se plasman los avances que nos conducen hacia un ser humano mejorado, con más poder de decisión y más opciones vitales.

En consecuencia, el dibujo del porvenir como un tiempo sujeto a grandes riesgos y enorme competencia no implica que la capacidad de acción del individuo quede limitada; más al contrario, actúa como potenciador, ya que inaugura opciones para aquellos que estén dispuestos a esforzarse. Quienes sepan entender las nuevas necesidades y adoptar las conductas apropiadas se subirán a la ola del cambio y saldrán reforzados, y por eso unas clases tienen éxito y otras pierden pie: mucho más que sus recursos o su posición, es la comprensión que tengan de la época y de sus requerimientos la que abre o cierra puertas.

Esta concepción existencial, dominante hoy, se sitúa plenamente en el marco trazado por anteriores repliegues conservadores. Se mueve en el espacio dibujado por los neocon, que describen el mundo como un lugar lleno de peligros en el que la maldad está continuamente presente^[1]. El papel de la autoridad en ese contexto, el mismo que el de un buen padre de familia, es el de forjar el carácter de sus hijos dotándoles de entereza para que puedan esquivar los escollos y hacer frente a las amenazas. La fortaleza que debe enseñar se practica cotidianamente a través del entrenamiento de pequeños hábitos que permitan estar preparado para cuando hayan de afrontarse las

dificultades. Hay que entender que la debilidad no es una cualidad dada, sino un proceso que se inicia cuando se postergan las acciones adecuadas y el individuo relaja sus costumbres y cede a sus impulsos y deseos, primero ocasionalmente, más tarde de forma habitual. Del mismo modo que sólo quien realiza ejercicio físico con frecuencia está en forma, únicamente quien se disciplina con las pequeñas cosas puede afrontar con éxito las grandes.

A lo largo de la historia este esquema ha contado con diferentes expresiones, algunas muy populares. Fue empleado por el protestantismo, que señalaba los pensamientos pecaminosos como primera fuente de debilidad. Puesto que la tentación era parte del ser humano y numerosos estímulos exteriores podían desatarla, el hombre debía estar en permanente lucha contra ella y ser consciente en todo momento de que para dominar el exterior lo primero era dominar el interior; sólo en la medida en que los pensamientos se frenaban y controlaban, las tentaciones físicas quedaban neutralizadas. Una concepción similar imperó durante la época del capitalismo protestante, en la que el trabajo era un valor en sí mismo, símbolo de la conexión con la divinidad; dado que el esfuerzo era el camino que garantizaba la pertenencia al grupo de los elegidos, las tentaciones más habituales no aparecían en forma de lujuria, sino de dispendio, pereza y exceso. La frugalidad y el ahorro eran valores esencialmente morales y cultivarlos significaba estar en sintonía con Dios.

El discurso dominante en nuestra época opera en un terreno muy parecido. Su descripción del porvenir comparte con las viejas metáforas religiosas la posición que concede al ser humano, cuya existencia queda determinada por la relación con una divinidad omnipotente que le concederá la salvación o le condenará al castigo eterno. El papel del hombre en el mundo no es otro que ganarse el favor divino (o ratificar la decisión predeterminada, según las religiones) pero desde un lugar subordinado: debe asimilar lo que Dios espera de él y cumplirlo lo mejor posible o, en otro caso, asumir las consecuencias. Este futuro como tsunami que nos es continuamente explicado contiene muchos rasgos deificados, en cuanto potencia sobrehumana que separará a los escogidos, a quienes se han sacrificado, se han formado y han adquirido las cualidades necesarias, de quienes se han dejado llevar por el conformismo, la indolencia y las costumbres heredadas. La diferencia con versiones anteriores del marco conservador reside en que cuando el porvenir llegue no juzgará nuestros pecados en términos de falta de laboriosidad,

pureza, ahorro o abstención del placer corporal, sino desde la ausencia de deseo de innovar, generar valor y adaptarse a las necesidades de los tiempos. La lucha contra los pensamientos pecaminosos prosigue, sólo que ahora no recae en la lujuria o el dispendio sino en las emociones negativas, el pesimismo o la resistencia al cambio. La mirada crítica, las objeciones a los avances inevitables y el deseo de permanecer en el pasado son la explicación última de los fracasos personales. Por tanto, quien aspire a conseguir un mejor lugar social o más bienestar personal debe ser consciente de que a un futuro provechoso (o al futuro a secas) sólo se llega a través de la reconversión de sí. En este contexto el ensalzamiento del pensamiento positivo es la expresión contemporánea de la autoobservación protestante[2].

El optimismo, la proactividad y el enfoque adaptativo se convierten así en una forma de aceptación de lo dado, una suerte de asunción gozosa del papel que nos ha sido impuesto, del mismo modo que el éxito se transfigura en una señal evidente de que la gracia divina ha sido otorgada. Al igual que el calvinismo descrito por Weber se regía por la máxima «Dios ayuda al que se ayuda» y propugnaba un sistemático control de uno mismo, el mundo de la cuarta revolución industrial sólo favorecerá a quien se favorezca a sí mismo mediante la construcción de un yo *fit*. El viejo puritanismo es sustituido por una moralidad que pretende hacernos más productivos, enfocados y fuertes gracias a una vida éticamente planificada para lograr nuestra mejor versión.

Se conforma así una nueva ideología cuyo centro es la inevitabilidad del futuro y la ausencia de otra alternativa que adaptarnos a él. El mundo que conocíamos ha entrado en permanente estado de reforma, desde las estructuras institucionales hasta las subjetividades, y parece moverse en un extraño vacío en el que el contexto social, a pesar de las grandes dificultades que plantea, tiene escasa importancia: todo puede ser superado por la voluntad, el esfuerzo y la energía positiva. Es el poder de nuestro deseo el que acabará prevaleciendo. Esta es la idea central de la cuarta revolución industrial, esto es, de la cuarta oleada conservadora.

[1] George Lakoff, *No pienses en un elefante: lenguaje y debate político*, Madrid, Editorial Complutense, 2007, p. 28.

[2] Barbara Ehrenreich, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, Madrid, Turner, 2011.

2.5. La sociedad, cosificada como mujer

Este marco moral, en cuanto modelo, no deja de estar sujeto a aceptaciones fluctuantes. Las ideologías hegemónicas no funcionan mediante su asimilación íntegra sino que siempre juegan con una distancia, tanto por parte de las clases sometidas como por las dominantes. Los estratos superiores, como ocurre ahora con las élites globales, entienden que su posición les permite poner a menudo las reglas entre paréntesis. Al igual que muchos dirigentes de los países comunistas no creían en el socialismo o que muchos altos cargos de la Iglesia no han sido creyentes, las élites que promueven el capitalismo, los valores democráticos, el libre mercado y la seguridad jurídica se acogen a los preceptos explícitos del sistema cuando resulta pragmático y establecen excepciones cuando les es conveniente. El resto de la sociedad, por su parte, no suele pensar en términos de justicia o validez, sino que simplemente constata la vigencia de lo dado y tiende a amoldarse a las prescripciones dominantes. A veces desde la convicción, otras desde la resistencia y muy a menudo porque confía en que siguiendo las normas encontrará una solución individual. Y es lógico, porque resulta bastante más tranquilizador pensar que actuando conforme a las pautas establecidas todo saldrá bien que creer que el nivel de incertidumbre es incontrolable o que la arquitectura social no es más que un simple decorado.

En todo caso, las ideas dominantes constituyen un marco respetado porque suponen el núcleo de legitimación del sistema, aquello que evita que todo se resuelva en un asunto de poder desnudo. La democracia, la justicia, la igualdad o la libertad pueden convertirse en ficciones, pero eso no evita que sean promovidas, y más públicamente, aun cuando los hechos entren a menudo en contradicción con las bases explícitas del ordenamiento. De igual manera, la importancia de la formación, el optimismo o la proactividad no son puestas en cuestión; son ideas que se asientan en una aceptación generalizada: es posible que la educación no garantice un buen trabajo, pero siempre procurará más ventajas un máster que una titulación básica; quizá no estar pendientes del peso corporal nos haga la vida más agradable, pero la imagen que ofreceremos si nos dejamos llevar será poco satisfactoria y

demasiado expuesta a las ironías o burlas ajenas; es posible que exhibir determinadas marcas no nos haga mejores, pero nos hará sentir más valorados, y así sucesivamente.

Estos son los mimbres que tejen un nuevo ánimo social, que más que dividirnos entre optimistas y pesimistas o entre conservadores y progresistas, lo hace entre orgullosos y avergonzados. La relación con uno mismo en el capitalismo de la cuarta oleada conservadora es compleja, porque oscila entre la distinción y la culpa. Cuando la posición social o las ventajas vitales se reducen a la actitud individual, este tipo de sentimientos se extienden socialmente, de modo que quienes triunfaron se sienten legitimados para exhibir su éxito, ya que es simple correlación de sus méritos, y quienes han visto defraudadas sus expectativas tienden a responsabilizarse por ello o, al menos, sienten sobre sus espaldas el peso de la culpa o la vergüenza. Es difícil que ocurra de otro modo, y también por eso la depresión es una enfermedad extendida en el primer mundo, ya que en esa soledad que provoca vivir en colectivos donde lo social no existe, la mirada ajena se convierte en puro instrumento de juicio que nos recuerda constantemente qué lugar ocupamos y el papel que hemos jugado en nuestro fracaso. Barbara Ehrenreich llama a estas actitudes «rituales de la humillación»[\[1\]](#): cuando alguien cae enfermo y visita al médico, se le suele preguntar si toma drogas, ingiere grasas o alcohol, consume demasiado azúcar, fuma o no hace ejercicio, o si tiene varias parejas sexuales; en caso de contestar afirmativamente en algún caso, los ojos del médico se iluminan porque ya ha encontrado la causa del problema; cuando alguien está sin trabajo o tiene un empleo mal pagado, se acostumbra a interrogarle sobre su formación, dónde estudió, qué experiencia tiene, si maneja diferentes idiomas o si su carácter es positivo, y si la respuesta no es satisfactoria en alguno de esos aspectos, ya conocemos el porqué de su deficiente situación laboral. La moralización de nuestras vidas se convierte también en un escrutinio constante, social y personal, respecto de nuestras elecciones.

La relación con la comida es un buen retrato del nivel de aceptación que las nuevas prescripciones moralizantes imponen: nada peor que la gordura en nuestra época, un signo inequívoco de descuido, falta de preocupación por la salud y desinterés por las relaciones sociales. La gordofobia es tolerada y alentada porque, en el fondo, viene bien a los obesos que les hagan sentirse incómodos, ya que es el paso previo para que cambien. Pero al mismo

tiempo, las redes sociales se inundan de imágenes de momentos festivos alrededor de la comida, los restaurantes con estrellas Michelin se convierten en signo del lujo y el disfrute de la cocina creativa lo es de distinción. Esta contradicción es comprensible. Las élites consumían abundancia en un instante en que la escasez era el problema y los grandes banquetes eran una exhibición de aquello que les diferenciaba. Lo que se populariza ahora como elemento de capital simbólico son las comidas estetizadas, los emplatados atractivos para la vista, la cocina creativa o los superalimentos, que no son más que formas de refinar la escasez. Mezclan la exquisitez con una cantidad exigua, y por eso las élites los acogen: son una señal tanto de elegancia como de autocontrol.

Del otro lado, la comida suele derivar en una relación culpable cuando se incurre en excesos. Tomar un chocolate con churros es un pecado que sólo puede cometerse ocasionalmente y siempre y cuando se vaya al gimnasio con regularidad, al igual que los macarrones con queso o cualquier otra comida con mucho carbohidrato. Un cruasán es un error, como ocurre con la bollería industrial, una suerte de tentación en la que sólo caen los débiles, igual que antes sucedía con el placer carnal. Se convierte en algo prohibido en tanto en cuanto es altamente perjudicial para la salud y porque engorda, por lo que su consumo nos minusvalora ante los ojos de los demás. Por eso mucha gente toma a escondidas alimentos poco saludables, ya que hacerlo en público implica reconocer que se es endeble, que hay impulsos que no se es capaz de evitar, que el placer de la ingesta vence al autocontrol.

Es un ejemplo más de cómo la sociedad contemporánea se feminiza, en el sentido de que es sometida al tipo de vigilancia obsesiva al que habitualmente está sujeto el cuerpo de la mujer. El nivel de detalle con que se observan sus medidas, las prescripciones sobre cada parte de su anatomía, las preconcepciones sobre la clase o el mal gusto en la vestimenta, los ejercicios adecuados para fortalecer los músculos o rebajar las grasas, las dietas que deben seguirse, las instrucciones sobre cómo moldearse, etcétera, están continuamente presentes en las revistas femeninas y en la mirada masculina. La mujer es entendida como «ser para otro», y por eso hizo fortuna la expresión *superwoman*, como ejemplo de que, con fuerza de voluntad, podía ser todo aquello que desease: trabajadora inteligente, madre siempre dispuesta, mujer seductora, persona que se siente bien consigo misma. Pero todas estas imágenes de la mujer no son más que una forma de disciplinar a

partir de la falta, e igual ocurre con la mayoría de individuos, clases y territorios. Estamos obligados a cumplir una serie de preceptos cambiantes que nos hacen sentir incompletos, como si siempre fuera necesario algo más para alcanzar la estabilidad. Sentimos que tenemos que formarnos, conocer varios idiomas, saber cómo funciona el sistema operativo del último móvil, viajar a lugares exóticos, ir a restaurantes distinguidos, seguir la serie de moda, vestirnos con cierta clase: estar al tanto de lo nuevo para actualizarnos.

Esa exigencia que nunca se apaga es lo propio de las sociedades moralizadas y por ese motivo una reacción típica de las clases dominadas es negar la mayor; por eso los votantes de Trump y del Brexit hacen apología de todo lo teóricamente devaluado: beber cerveza, las barbacoas, la comida basura, ver deporte por la televisión, la grasa, los bares de siempre, todo aquello que las clases globales consideran signos de falta de disciplina. Su incorrección política nace de este sentido de la identidad que no sólo se resiste a los cambios, sino que los ve como banalidades típicas de los ricos, de esa gente que no tiene ni idea de lo que es la vida. Eso es lo que hace que el orgullo se convierta en una nueva actitud política opuesta a la vergüenza. Frente a un entorno que insiste permanentemente en la falta de validez y de actualidad de las clases perdedoras, estas reaccionan desde la altivez, reivindicando aquello que teóricamente les desprestigia. A veces ocurre en las prácticas cotidianas, y exhiben orgullosos un buen chuletón en lugar de un plato de comida creativa; en otras ocasiones en el ámbito de la política, y desprecian la corrección que les incita a no hacer chistes machistas o racistas. Regresan así a elementos identitarios, que van desde aspectos mínimos a viejas concepciones del mundo: es su modo de autoafirmación. Las clases ganadoras refuerzan su autoestima de otra manera.

LOS GANADORES

Este reparto geográfico, social y de mentalidad conforma la aparición de nuevas clases triunfadoras claramente alejadas de la burguesía precedente. La reconfiguración de los estratos dominantes, aunque sujeta a tensiones a causa de un pasado que no termina de desaparecer, subraya que estamos ante tiempos nuevos. En el caso español, los estereotipos que unían a las clases favorecidas con la religión o con la banderita de España en el reloj, o que

señalaban que debían su posición social a la inserción en estructuras de poder heredadas o a sus buenas relaciones con el orden político franquista o posfranquista, ya no dan cuenta de la realidad social y perviven como ideología únicamente en aquellas clases perjudicadas por las transformaciones que se abonan al regreso de la extrema derecha. La burguesía dominante en nuestro país, como ocurre con la occidental, hace gala de su europeísmo, cree en los flujos globales, piensa el futuro en términos positivos y busca insertarse en las redes financieras y tecnológicas mundiales. Sus hijos hablan un buen inglés, estudian en universidades extranjeras, cursan posgrados en escuelas de negocio prestigiosas, han viajado por diferentes países, muestran un elevado nivel de emprendimiento y aceptan la multiculturalidad. Las profesiones que predominan entre estas nuevas clases altas ya no están ligadas más que en una pequeña parte a las carreras funcionariales o a la gestión de empresas familiares; son directivos de empresas multinacionales, grandes emprendedores, consultores, abogados, ingenieros informáticos o desempeñan trabajos en sectores como el diseño, la moda o el análisis simbólico. No defienden una nación grande y libre, sino un patriotismo sano y moderado cuya esencia es el europeísmo. Han reformulado su manera de mirar al mundo, ya que si «ayer la burguesía significaba gregarismo social, el rechazo del otro y la negación del progreso, hoy las clases superiores son abiertas, consideran que la mezcla social y cultural es necesaria y practican el discurso único de la globalización y de la metropolización feliz»[\[2\]](#).

Sus relaciones se fraguan en espacios aislados del territorio que les rodea, pero gozan de gran conectividad con núcleos semejantes de las grandes urbes globales. Creen en las instituciones internacionales, las sociedades abiertas, el libre comercio, la innovación y la orientación empresarial hacia el accionista. Aceptan la diferencia, son mucho menos rígidas en cuanto a las elecciones sexuales privadas, defienden una participación igualitaria de la mujer en la vida productiva y aseguran no vincularse a ideologías fuertes, religiones retrógradas o raíces que las aten y determinen. La sociedad multicultural de las megaciudades que conforman las clases altas mundializadas, dominadas por directivos y emprendedores de éxito que viven en urbanizaciones de lujo y cuyos hijos se instalan en los espacios gentrificados, fortalece de modo incesante su poder económico, cultural y social. Frente a ellos la vieja burguesía nacionalista y religiosa, con un punto aristocrático, ha perdido

definitivamente pie y trata de rehacerse conservando propiedades inmobiliarias, colocándose en empresas donde el Estado aún tiene cierto peso o en las administraciones públicas, gracias a su conexión personal con algunos partidos políticos. Pero ese movimiento la obliga también a rehacer su mentalidad. En el caso español, el viejo proteccionismo que tenía tanto peso en el franquismo es ya repudiado por completo y se sustituye por una orientación liberal en lo económico que defienden con beligerancia y apuestan por la globalización, incluidos quienes afirman con orgullo su nacionalismo (central o periférico).

En lo político estas nuevas élites abogan por un marco institucional sólido en el que las ideas de libertad, apertura, fluidez, conectividad y ausencia de barreras al talento sean las prevalecientes, así como por una sociedad civil fuerte. Su opción política preferida es el liberalismo en sus diversas expresiones, ya sea la derecha de Merkel o Macron o la izquierda de Renzi, Trudeau o Hillary Clinton. En España viven en ese espacio que va desde Ciudadanos y una parte del PP hasta el socialismo de Zapatero, González, Solana y Sánchez. Su opción es la dominante en Occidente, aun cuando los partidos populistas de derechas hayan ganado terreno.

Esta nueva burguesía global es fruto del capitalismo altamente financiarizado que define nuestra época. La sociedad de gestores descrita por Berle y Means, en la que preponderaba la dirección sobre la propiedad, ha invertido sus posiciones y son los grandes accionistas quienes determinan la vida de las empresas. Pero la financiarización va más allá de una simple reforma en la gestión de las compañías; no consiste en un grado de presión añadida para que una firma genere más beneficios, sino en una recomposición de las formas de generación de valor. Su esencia, como es habitual en el capitalismo, consiste en colocar capital para recoger más de lo que se invirtió, pero ya no sitúa el factor trabajo como prioritario: no se trata de producir bienes que encuentran salida en un mercado amplio, sino que crea una intermediación que extrae valor en lugar de añadirlo, ya sea reorganizando la estructura laboral (pagando menos, empleando menos personal para realizar las mismas tareas, elevando el precio de algunos servicios profesionales), el funcionamiento de las empresas (mediante los nuevos métodos de *management* o a través de los inversores activistas o del *private equity*), los sectores en su conjunto (como el del transporte con Uber o el alojamiento turístico con Airbnb), los canales de distribución (grandes

cadena de hipermercados, Amazon, Spotify) o los mismos Estados (derivando parte de sus competencias hacia la gestión privada, como la energía, la telefonía o las autopistas, o convirtiéndolos en fuente de beneficio a través de la deuda). El papel de la financiarización es rastrear oportunidades de ganancia, en general a través de la creación nuevos modelos de negocio aplicados a espacios preexistentes de forma que generen más recursos a los inversores.

En esto consiste, en última instancia, la innovación; o al menos ese es el sentido real en el que el término suele ser utilizado. Por más que la metáfora tecnológica subraye que las empresas disruptivas lo son por su gran capacidad de establecer negocios en áreas inexistentes, lo cierto es que la gran mayoría de ellas no han hecho más que producir variaciones sobre inventos nacidos décadas atrás (como los teléfonos móviles o los ordenadores) y que su fortaleza tiene que ver mucho más con la recomposición de ecosistemas previos. Amazon concentró un sector disperso, como eran las librerías o las tiendas de discos, a través de una plataforma mundial y una red de distribución; Uber es la reestructuración de un sector de prestación de servicios en transporte y su canalización a través de una aplicación; Spotify concentra los servicios del área de la música y Facebook y Google copan los ingresos de sectores ya existentes, como el periodístico, y han reinventado el negocio de la captación de datos. Y todo ello a partir de un modelo de negocio que ofrece enormes ventajas en costes fijos, impuestos y una posición dominante que permite presionar a los proveedores.

Este nuevo contexto ya no precisa de las capas intermedias típicas del capitalismo productivo en las que los cuadros asentaban los procesos, eliminaban fricciones y aseguraban su continuidad y estabilidad. Más al contrario, ese perfil es percibido como burocrático, falta de iniciativa y dado a la comodidad. Cuando lo importante son las ideas que generan valor, la nueva mano de obra privilegiada es aquella que sabe añadir ese plus, la que toma un espacio y extrae más de lo que encontró. El gestor, los innovadores legales, contables y financieros, los creadores informáticos, los ingenieros, los matemáticos y los pensadores de nuevos caminos se convierten en el suelo que precisa el capital financiero para apoyarse. Ya no hay que realizar tareas conforme a reglas prescritas, sino sujetar el timón en una tormenta permanente y encontrar siempre el mejor rumbo. La nueva burguesía lo es porque encaja en las necesidades de este capitalismo que requiere de la

reconstrucción continua en la búsqueda del siguiente tramo de beneficio. La clase dominante global, conformada por los poseedores de capital y por los estratos sociales que les resultan funcionales, ya no se autodefine por una posición heredada o por sus recursos, sino por su capacidad de ver la vida con otros ojos, su energía, su intuición, su focalización y su habilidad a la hora de leer entornos inciertos. La mentalidad abierta a los cambios, una constante voluntad de mejora y una intuición especial son las que provocan que sus miembros sean más productivos y creativos y que se hayan adaptado mejor a los tiempos. Tales son las cualidades que les otorgan un lugar preeminente y las que los legitiman para liderar las transformaciones sociales.

Sin embargo, poseen una cualidad más, a menudo invisible. Las grandes ideas son el motor, pero el talento o la intuición están al alcance de muchas personas y algunas de ellas consiguen sus objetivos y otras no. Es como el deporte: hay figuras del fútbol en la adolescencia que nunca llegan a la primera división y jugadores del montón que terminan en grandes equipos. Las clases ganadoras lo son no sólo por su carácter innovador sino, y sobre todo, porque saben hacer que las cosas ocurran. El éxito se asemeja a invadir un territorio: es necesario tener un plan, pero sobre todo saber ejecutarlo. La inventiva es importante, pero lo es aún más el control de los procesos.

[1] Barbara Ehrenreich, *Natural Causes. Life, Death and the Illusion of Control*, Londres, Granta, 2018.

[2] Christophe Guilluy, *Le crépuscule de la France d'en haut*, París, Flammarion, 2016, p. 17.

2.6. El presente es el futuro

Este horizonte comúnmente aceptado de profundos e ineludibles cambios se sustenta en una peculiar contradicción. Quizá deban afrontarse grandes retos, pero esa certeza perturba poco el funcionamiento habitual de nuestras instituciones. Los gobernantes siguen pensando en resolver problemas urgentes, además de en ser reelegidos, y la mayoría de las empresas viven en el presente continuo. Como afirma el directivo de una gran empresa, «trabajamos a corto plazo, incluso cuando decimos que estamos planeando los próximos tres años. Somos muy miopes. Tenemos que dar resultados cada trimestre y a ello nos enfocamos. Así se trabaja en una compañía cotizada»[1]. Las firmas se concentran en la «necesidad de ganar» y sus consejeros delegados diseñan estrategias que les permitan «estar en aquellas áreas de negocio en las que realmente se pueda marcar la diferencia y donde podamos situarnos en el cuartil superior»[2]. La pregunta que se formulan constantemente es «dónde podemos ganar a nuestros competidores», puesto que el futuro es percibido como un camino que sólo podrán seguir recorriendo quienes sepan actuar ahora. El primer objetivo es continuar en el juego, ya que «si no te mantienes en la cima, serás comprado o morirás»[3]. En definitiva, el porvenir es una partida de suma cero caracterizada por la lucha evolutiva por la supervivencia.

Las empresas, para alcanzar esta meta, priorizan la reorganización interna. Buscan una estructura más ágil y flexible, se orientan hacia las áreas en las que esperan mejores resultados, asignan los recursos de la forma más eficiente posible y financian casi exclusivamente las actividades que coinciden con los objetivos comerciales. Pero estos movimientos se contradicen con el escenario dibujado por la cuarta revolución industrial, esa era que está esperándonos a la vuelta de la esquina y que vendrá marcada por la innovación. Si se fuera consecuente con el discurso, los esfuerzos estarían canalizados hacia la inventiva y la creación, hacia el aprovechamiento de las posibilidades que se abren. Sin embargo no es así, y la mayoría de las firmas productivas se mueven en la versión empresarial de la cinta mecánica.

Esta contradicción suele explicarse aduciendo falta de planificación

estratégica. Las instituciones de las sociedades occidentales, presionadas por lo inmediato, se olvidan de lo urgente; nuestros dirigentes, centrados en la supervivencia, relegan a la carpeta de lo pendiente lo que debería estar en primer plano. Este análisis es habitualmente subrayado en el ámbito político, ya que los mandatarios centran los esfuerzos en su reelección y, aun siendo conscientes de la necesidad de planes a medio plazo para sus países, son superados por una dinámica electoral que les lleva a posponer cuestiones cruciales. Y la misma explicación aparece en las empresas cotizadas, cuyos consejeros delegados precisan de buenos resultados trimestrales y anuales para no ser despedidos por los accionistas, por lo que priorizan aquello que les es útil en su objetivo, permanecer, en lugar de pensar a largo plazo.

Sin embargo, esta lectura de los hechos es realizada únicamente por el observador externo, puesto que en la mentalidad de quienes toman las decisiones no existe contradicción alguna entre esta focalización en los resultados inmediatos y la robustez futura; desde su perspectiva son exactamente lo mismo. El único modo de alcanzar el futuro es la disciplina, e igual que si queremos mantenernos en el peso adecuado debemos realizar una planificación rigurosa en la que se fije lo que podemos comer cada día y en qué cantidad, o que si pretendemos estar en buena forma física hemos de seguir un plan de ejercicios cotidiano, o que si deseamos tener salud lo primero que debemos hacer es prevenir, esto es, controlar con frecuencia nuestras constantes vitales para que los problemas se corrijan al inicio, las prácticas en la gobernanza institucional y en la empresarial fijan un plan de robustecimiento que mida y controle los indicadores de salud de países y empresas de modo que estén siempre activos y dispuestos.

Este aspecto es fundamental para entender la reacción en que nos hallamos inmersos, pues apunta algunas de sus características esenciales. La descripción cultural del futuro, que da cuenta al mismo tiempo de un entorno peligroso y de un escenario positivamente revolucionario, es decir, que activa de modo inapelable el miedo y la esperanza, se resuelve en una entrega del presente a las fuerzas transformadoras, cuyo mecanismo principal es el control. Como en los anteriores repliegues conservadores, el riesgo real no proviene de los cambios que se anuncian, sino de los sujetos, empresas e instituciones frágiles, aquellos que carecen de la fortaleza moral adecuada. Quienes toman las decisiones, como el padre conservador con sus hijos, deben legitimar su autoridad a través de la incitación a ese fortalecimiento

moral que permitirá hacer frente con éxito a las amenazas. Las insistentes exhortaciones sobre la eficacia, la buena estrategia, la adecuación a lo que los clientes (o votantes) prefieren, el tipo de perfil que las empresas necesitan, la formación, la actitud y las habilidades que demanda el nuevo escenario o la imagen personal que precisa una identidad lograda, son parte de este marco. Los nuevos líderes deben promover fundamentalmente la responsabilidad hacia uno mismo. El ciudadano, el trabajador, el especialista, la empresa y el Estado son sujetos que deben acometer una tarea ineludible de reinención de manera que encajen mejor con los requerimientos del futuro. El porvenir empieza a construirse siempre desde dentro.

Sin embargo, si se desplaza el punto de observación desde los discursos dominantes hacia sus efectos, lo que se constata es que esta readaptación de los valores no se fundamenta en la amenaza que describen, la de un futuro que en algún momento aterrizará para transformarlo todo, sino en las necesidades presentes del sistema financiero. Hoy el capital no adquiere bienes, sino el compromiso de que en un tiempo dado se reintegrará lo aportado junto con una cantidad extra. A veces ese plus queda determinado y se fija una fecha de devolución, y recibe el nombre de deuda. En otras ocasiones es fluctuante y el día de realización de beneficio no se determina, y en ese caso recibe el nombre de inversión. Pero el sistema ya no funciona del modo en que habitualmente pensábamos, porque se ha introducido un elemento que altera profundamente el resultado. En la mente del común de los ciudadanos el capital se invierte en producir bienes destinados a ser comprados en el mercado, o en la adquisición de inmuebles que se rentabilizan con el alquiler o con la venta futura o en la compra de acciones que producen plusvalías si la marcha de la empresa es satisfactoria. Estas formas de capitalismo siguen vigentes pero son ya, por así decir, propias de la clase media: modos degradados de producción de beneficios que sólo utilizan quienes no tienen otro remedio. El capitalismo global, dado el precario equilibrio que sufren todos los sistemas fuertemente financiarizados, tiende a rechazar la indeterminación que este tipo de apuestas produce y exige un plus de seguridad que busca por otros caminos. La deuda de los Estados constituye un ejemplo notable de esta dinámica, puesto que las naciones contraen la obligación de devolver lo aportado más el interés en un tiempo determinado y sus gobernantes deben demostrar permanentemente la orientación hacia ese compromiso mediante la adopción de medidas

adecuadas para que sus países hagan frente a los pagos. Pero no basta con esa actitud, porque es posible que, dadas las dinámicas electorales, los políticos tengan la tentación de asegurarse la permanencia en el poder mediante promesas que podrían ir en dirección contraria de lo acordado. Esa incertidumbre no es tolerada por los inversores, por lo que tratan de intervenir en el proceso y reducir al mínimo los riesgos promoviendo acciones preventivas. Las supervisiones que realizan las agencias de calificación o la vigilancia que ejercen las instituciones internacionales tienen el propósito de asegurarse que la senda que siguen los dirigentes nacionales es la correcta, y la presión que pueden ejercer en caso contrario es notable, como hemos visto en ejemplos recientes. Pero estos exámenes no se realizan exclusivamente respecto de los Estados: las empresas productivas sufren un tipo de presión similar. De igual manera que en el cuerpo humano existen parámetros como el colesterol, los niveles de azúcar, los glóbulos rojos o el ritmo del corazón que indican si algo no está funcionando correctamente, el capitalismo financiero establece una serie de controles a las firmas productivas para cerciorarse de que, de producirse disfunciones, se solucionarán mediante la medicina adecuada. Y dado que si las enfermedades son diagnosticadas en un estadio temprano resulta más fácil sanar el cuerpo, los controles se hacen más frecuentes y rigurosos.

Aquí reside la gran paradoja del discurso sobre el futuro, porque en el mismo instante en el que las posibilidades se amplían enormemente, en el que la ciencia y la técnica prometen un gran salto adelante para la humanidad y en el que el talento y la inventiva deberían jugar un papel fundamental, las prácticas cotidianas se vuelven hacia la intensificación de la vigilancia. El capitalismo contemporáneo ha aprovechado los nuevos medios técnicos, no para abrir la puerta a la innovación, sino para ganar en poder de supervisión y control y, con él, asegurarse un nivel de rentabilidad mayor. Desde esta perspectiva nos parecerá menos chocante la gran semejanza entre las demandas del porvenir y las exigencias del capitalismo actual, ya que su discurso no es más que la continuación del empleado en los anteriores repliegues conservadores: su idea central es que el futuro consiste en el control del presente. No es algo que ocurrirá, sino que ya está teniendo lugar. Las frecuentes invocaciones al cambio, de manera que estemos preparados para hacer frente a lo que vendrá, no constituyen una predicción en abstracto. No se trata de un vaso vacío que el agua rellena, sino de transformaciones

que están teniendo lugar en sociedades ya establecidas y que, por tanto, generan fricciones. El cambio quiere decir, en primer lugar, disponer de un plan que permita disminuir el poder de las resistencias hasta que, tras su eliminación, la sociedad esperada aparezca.

[1] Christina Berg, y Christian De Cock, «Ideologies of Time: How Elite Corporate Actors Engage the Future», *Organization* 25/2 (18 de Agosto de 2017), pp. 186-204.

[2] *Ibid.*

[3] *Ibid.*

CAPÍTULO III

EL PRESENTE

3.1. Un mundo transparente

Frederick Winslow Taylor, nacido el 20 de marzo de 1856, hijo de una familia de clase alta estadounidense ligada al mundo jurídico, decidió abandonar el camino que le correspondía por origen, tanto en la elección de profesión como en su trayectoria vital. Se decantó por la ingeniería, ya que estaba obsesionado por la ciencia de la planificación, y se interesó especialmente por aquellos métodos que permitían realizar las tareas de la manera más sencilla y eficiente posible. En aquella época el empleo a destajo resultaba frecuente y nadie conocía mejor cómo ejecutar los trabajos que los obreros, por lo que decidió emplearse como asistente y jornalero en las acerías de Midvale para adquirir conocimiento práctico[1]. Taylor estaba convencido de que la producción podía mejorarse aplicando técnicas científicas y para ello era indispensable conocer tanto el funcionamiento de las máquinas como el uso que los trabajadores hacían de ellas.

Tiempo después de iniciar su empleo en las acerías Taylor fue nombrado jefe de grupo. Ya con experiencia suficiente planeó el aumento del ritmo de trabajo gracias a las técnicas que había ideado, que consistían en establecer una serie de pasos concretos y un tiempo de ejecución determinado para cada tarea. Los empleados a su cargo se opusieron a estos cambios y se inició una lucha soterrada que se prolongó durante tres años. Los trabajadores, especialmente los mecánicos, hacían uso de las artimañas que tenían a mano para reducir el ritmo de producción y demostrar a Taylor que su plan era inviable. El ingeniero procedió de la manera esperable: eligió a varios trabajadores «inteligentes y competentes pero que no habían tenido la oportunidad de aprender un oficio» y los entrenó para manejar la máquina con rapidez y diligencia, en un intento de sustituir su mano de obra rebelde por otra más dócil y con mayor predisposición. Pero esa estrategia no funcionó, ya que la presión del grupo convencía a los nuevos empleados para que regresaran a los ritmos de producción que el colectivo deseaba. Tras una lucha «baja y ardua», como Taylor la definió, logró incrementar la producción. En ese instante los mecánicos decidieron estropear deliberadamente las máquinas para probar a la gerencia que un capataz poco

experimentado y con ideas irrealizables estaba llevando la empresa a la ruina. El ingeniero respondió con medidas disciplinarias, advirtió que cualquier rotura de la máquina sería pagada por sus operarios, aun cuando fuera casual, y redujo la paga a la mitad a quienes se negaron a cumplir los planes de producción. Tras años de tensión Taylor consiguió su propósito, doblegando la voluntad de sus empleados y alcanzando las cuotas previstas.

En esa experiencia, lo que Taylor aprende excede con mucho del conocimiento del funcionamiento concreto de la factoría en la que desarrolló sus ideas. Adquiere una visión general respecto del gobierno adecuado de los colectivos que entiende esencial a la hora de desarrollar su papel como ingeniero. Contar con un plan científico y lo más objetivo posible es lo de menos, porque es sencillo de conseguir. Los problemas reales provienen de la aplicación de ese diseño trazado en el papel a unos colectivos de carne y hueso que invariablemente se niegan a comportarse de la manera más eficiente. Desde el punto de vista de Taylor, cualidades humanas como la pereza o la afición al placer impiden que esos planes, por beneficiosos que resulten, sean llevados a la práctica. Los obreros suelen negarse a «entregar una jornada justa», ya que todo trabajador competente dedica parte de su tiempo a buscar ventajas que le permitan obtener más a cambio de menos. Si cobran por pieza, sabedores de que el trabajo intenso aumenta la producción y provoca que descienda el precio, hacen todo lo posible para que el ritmo sea lento y su remuneración se mantenga. Pero tampoco el aumento de salario a cambio de una mayor productividad es percibido por el ingeniero como una solución posible, porque sabe que a partir del sesenta por ciento de aumento los empleados dedican el tiempo excedente al ocio, en especial a la bebida y las fiestas, lo cual disminuye notablemente su rendimiento. El salario bajo, acompañado de incentivos por el aumento de la producción y la disciplina adecuada para adaptarse a los ritmos científicamente previstos, es la mejor manera de que los planes puedan desarrollarse con eficacia. No en vano Taylor invita a leer sus textos «como formulación ejemplar de un nuevo modelo disciplinario capaz de hacer del hombre más tosco e indisciplinado el mejor de los obreros».

La administración científica de Taylor repara bastante menos en el análisis objetivo de los trabajos a realizar que en el sometimiento de las resistencias, una tarea que despliega en dos frentes; de una parte combate la naturaleza típica del obrero, dada mucho más al ocio que al esfuerzo, a seguir un interés

irracional que a aprovechar los nuevos métodos de trabajo; de otra, trata de desactivar todo aquello que posibilita la negativa a trabajar en consonancia con lo que se cobra. Por grande que sea la inclinación particular a la holgazanería o a la sinrazón, la condición de posibilidad para que esas actitudes se conviertan en un problema productivo es la actuación coordinada de los trabajadores. En ese terreno, Taylor descubre que le llevan ventaja, puesto que desconoce no sólo la mecánica real de la tarea concreta, sino los trucos con que los empleados disfrazan su renuencia. El ingeniero mide, pesa, cronometra, dispone los recursos y administra los tiempos. Pero los obreros manejan el día a día a través del conocimiento intuitivo, la acción colectiva y un saber hacer que permanece fuera de los ojos del supervisor. En la medida en que el proceso de trabajo resulta opaco para los gerentes, estos terminan perdiendo la dirección real: «Los obreros que están controlados sólo por órdenes y disciplina no lo están adecuadamente, ya que mantienen su iniciativa en los procesos reales de trabajo. Mientras controlen el proceso impedirán los esfuerzos para realizar al máximo el potencial inherente en su fuerza de trabajo».

Taylor se aplicó en todo aquello que le permitía disolver las resistencias mucho más que en mejorar su plan. Diseñó una forma de realización de las tareas que permitiera que las acciones de los obreros fueran siempre transparentes; estableció un modelo sujeto a normas rígidas, de modo que cualquier vulneración de las mismas era entendida como una táctica para sabotear el proceso y, por tanto, susceptible de sanción; quebró la unidad de los grupos de trabajo mediante los castigos, pero también apelando a la ambición individual, prometiendo un mayor salario a quienes se comportasen fielmente, lo que fue más eficaz a la hora de diluir el colectivo que la coerción; seleccionó a trabajadores ambiciosos que ganaban más precisamente por separarse del resto y les recompensaba cuando evitaban las presiones de sus compañeros. Y finalmente puso en marcha estructuras de funcionamiento que permitiesen la intercambiabilidad: en la medida en que un obrero pudiera realizar tareas diversas, no sujetas a especialización, se evitaba que consiguiera un saber poco transparente con el que pudiera romper el orden general. Al extraer el conocimiento, que quedaba en las manos del gestor, y aplicar la disciplina los trabajadores no contaban con armas reales que oponer y se veían obligados a plegarse a las órdenes.

Lo peculiar de la administración científica de Taylor era su marco de

pensamiento, que se desplazaba desde la función primera que parecía serle propia, la de la gestión de los procesos a partir de un diseño y una estructura organizada desde la objetividad, hacia el gobierno de las oposiciones concretas. Para el ingeniero, cuando se estudia al adversario y se actúa sobre él para disminuir su fuerza, es mucho más fácil que todo se ajuste al plan previsto. La lección que aprende Taylor es clara y directa: la manera más efectiva de aumentar el ritmo de producción es eliminar las resistencias, y cuanto mayor poder se tenga sobre el proceso, cuanto más se conozca el mismo y menos roces surjan con la realidad material de lo humano, más cerca se estará de conseguir el objetivo.

Sin embargo, no es esto lo que Taylor explicita, del mismo modo que tampoco los obreros se enfrentaban con él mediante un discurso franco. El esquema conceptual del ingeniero, que se insertaba plenamente en las ideas de la época, consistía en el choque entre el análisis científico y las fuerzas irracionales, que se traducían en pereza, holgazanería, negativa a actuar en correspondencia y dosis de hedonismo. En este contexto lo científico, lo disciplinado y lo justo coinciden, puesto que todas las fuerzas que se les oponen nacen de esas cualidades negativas que es preciso domeñar por el bien de la producción, de la sociedad y del hombre mismo. Las que Taylor promueve son virtudes que los trabajadores deberían haber aprendido, ya que forman parte de un corpus necesario para la vida en común, mientras que las actitudes que ellos mantienen tenazmente, persisten como residuos de un pasado que se niega a civilizarse. Del mismo modo que el discurso del colonizador justificaba su intervención por la necesidad de guiar hacia las luces a seres humanos atrasados que carecían de los mecanismos psicológicos y culturales que les podían conducir a un estado superior, Taylor quedaba legitimado por las características negativas de sus obreros, reacios a asumir por su inherente impulsividad e irreflexión las cualidades que les elevarían a un estado de civilización acorde con los tiempos.

Esta tensión entre lo científico y lo irracional, entre lo culturalmente avanzado y las tinieblas del pasado ha constituido una oposición típica en los dos últimos siglos en Occidente. Dependiendo del contexto y de las etapas que el capitalismo fuera atravesando, el contenido podía mutar, pero no introducía variaciones sustanciales en el recipiente conceptual que lo acogía. La división entre un sujeto con iniciativa, energía suficiente y actitud optimista y ese mundo atrasado, viejo, resentido y anclado en certezas

ancestrales que hemos visto en el Brexit o en los votantes de Trump es la expresión que da continuidad a este conjunto culturalmente preeminente.

Pero Taylor subrayaba algo más, que ha alimentado gran parte de las reestructuraciones productivas de las últimas décadas y que constituye una lección que todo poder tiene en cuenta, hasta el punto de que se puede medir una sociedad por el grado de libertad que permite en estas variables: lo que Taylor afirma es que a la hora de aplicar un plan el elemento prioritario es cómo minar las resistencias, y que a ese objetivo se llega por dos caminos, la transparencia en las acciones y el cortocircuito de lo colectivo. El ingeniero se dio cuenta, y es un elemento esencial en los nuevos métodos de gestión, de que todo tipo de conocimiento experto que no sea visible para los directivos implica un grado de fuerza que fácilmente se convierte en oposición. Mecanizar los procesos no tiene sólo como objetivo la eficiencia sino, y en primer lugar, impedir que existan puntos de fricción. La individualización es la segunda necesidad, porque disuelve la potencia que los colectivos pueden ejercer.

Nuestra época mezcla esta necesidad de control con el elemento civilizatorio de un modo sorprendente, ya que eleva la apuesta en ambos terrenos. La convicción tecnológica de que el ser humano es un algoritmo, un conjunto de operaciones matemáticas que, conocidos sus datos, permite la reprogramación, se une con la creación de instrumentos técnicos que posibilitan que nuestro trabajo, nuestra vida privada e incluso nuestra forma de pensar sean más visibles que nunca. Esta idea de que la ciencia y la tecnología convertirán la enfermedad en un proceso con solución algorítmica, de que los accidentes de tráfico desaparecerán de la faz de la tierra o de que tomaremos decisiones mucho mejores gracias al *big data* es el correlato de la creación de instrumentos que dejan escasa capacidad de decisión en nuestras manos (incluyendo el mundo laboral) y que nos alejan en lo cotidiano (y nos reúnen en las redes sociales). La promesa del mundo tecnológico, que subraya cómo mediante la ciencia nos podemos desprender de la falibilidad terrenal y vulgar de lo humano, es la contracara de un mundo mucho más transparente y aislado. Y no es un diagnóstico de futuro: este tipo de transformaciones se están produciendo de modo constante en el presente.

[1] H. Braverman, *Labor and monopoly capital: the degradation of work in the 20th century*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974 [hay una reedición de 1998]. El clásico de Braverman es uno de los textos que mejor describe la trayectoria profesional de Taylor. De él se extraen las citas textuales que aparecen en este capítulo. Stewart R. Clegg, David Courpasson y Nelson Phillips, *Power and organizations*, Nueva Delhi, Sage, 2006, incluye una reveladora lectura sobre los problemas a los que hubo de enfrentarse el ingeniero.

3.2. Ensamblando las partes

Desde hace décadas, las firmas dejaron de ser organizaciones que integraban los distintos momentos de la producción y se convirtieron en ensambladoras de componentes que se fabricaban en lugares dispersos geográfica y funcionalmente: una empresa automovilística, textil o informática encargaba las diferentes partes de su producto a factorías de todo el mundo y se limitaba a acoplarlas y distribuir las. Las grandes compañías conservaron la marca, el capital simbólico y la posición de mercado, pero pasaron a ejercer de mediadoras de sí mismas: la producción era irrelevante, ya que la podía realizar cualquiera en cualquier país y lo importante era mantener bajo control directo el diseño y el *marketing*, así como la estrategia. Las ventajas eran enormes porque desplazaban hacia el exterior los elementos más pesados, los menos virtuales, lo que les permitía establecer otra estructura interna. La deslocalización autorizó nuevas condiciones laborales para la producción al llevarse a cabo en territorios con legislaciones laxas o inexistentes; al sustituir a empleados por proveedores podían introducir técnicas similares al trabajo a destajo, obligando a las empresas que estaban bajo su órbita a entregar cuantías concretas en tiempos definidos; y al adelgazar las plantillas liberaron cantidades de capital que les sirvieron para ganar posiciones en el mercado. La tecnología proveyó de posibilidades inesperadas, puesto que hizo posible tanto la descentralización como la vigilancia del proceso, al mismo tiempo que generaba nuevas opciones de crecimiento.

En este giro en el mercado, los grandes almacenes como Walmart y sus equivalentes europeos tuvieron mucho que ver, ya que supusieron un nuevo paso hacia la concentración. Su enorme implantación afectó no sólo a esas pequeñas tiendas de barrios y pueblos que debían cerrar al no poder competir en precio y en oferta, y que únicamente contaban con la baza de la proximidad, sino que subordinó a muchas de las firmas, también a las grandes, que ponían en el mercado productos de toda clase. El acceso a la capitalización produjo un crecimiento inusitado que condujo a la concentración de la cadena en unas cuantas empresas de *retail* en las que

quedaba acumulado el poder de compra de los consumidores. Pero también supuso la creación de nuevos instrumentos que disciplinaron a sus proveedores; en el caso de Walmart fue la puesta en marcha de un sistema informático pensado para eliminar costes de almacenamiento, de modo que permitía conocer los *stocks* de cada tienda (y por lo tanto el instante en que los artículos debían reponerse), el que consiguió, una vez que fue adoptado por pequeñas y grandes compañías que abastecían a la cadena, establecer unas condiciones de entrega que subordinaron sistemáticamente a los proveedores a las necesidades y criterios de la gran empresa de *retail*, que fijaban la cantidad de producto que se entregaba y en qué fecha, pero también su peso, composición, tamaño y propiedades.

Gracias a la unión de capital y tecnología, al desarrollo de sistemas de *software* y al dinero disponible en el mercado, así como al deseo de los centros financieros de impulsar las fusiones y adquisiciones, cada vez fueron quedando menos empresas en el mercado, cuyo poder sobre el sector se incrementaba sustancialmente. Las firmas competidoras de las grandes cadenas cerraban o eran adquiridas y desaparecían muchas de las marcas que fabricaban los productos que se vendían en sus tiendas, debido a que no podían competir con las empresas de mayor dimensión, no eran capaces de aguantar las condiciones que imponían las grandes cadenas de venta o simplemente pasaban a convertirse en sus marcas blancas.

El ejemplo de las empresas de distribución es suficientemente ilustrativo de cómo en el capitalismo actual, una vez que las compañías adquieren el poder y el tamaño convenientes, reordenan las estructuras de producción de valor. Lo hacen operando sobre el factor trabajo, ya sea mediante la externalización, la reorganización de los sistemas de producción y de prestación de servicios, reduciendo plantillas y rebajando salarios o fomentando que los empleados asuman más tareas o las realicen en menos tiempo; estableciendo nuevas relaciones con los proveedores en las que estos salen perdiendo, especialmente cuando la empresa central es su principal fuente de ingresos o cuando posee una cuota de mercado que no puede arriesgarse a perder; y reorganizando las fuentes de ingreso, aumentando los precios cuando es posible o reduciendo la calidad de los bienes y servicios que se prestan, y destinando las cantidades así obtenidas a la inversión financiera.

Lo que ofrece el modelo de negocio de los grandes hipermercados es la certeza de que es posible y rentable fijar una mediación ineludible. Amazon

es el lugar de paso inevitable para un considerable número de firmas, igual que Carrefour, Walmart o Mercadona lo son para muchas otras. Y esa es la lección que aprende el mundo financiero, que comienza a invertir en firmas monopolísticas u oligopolísticas precisamente porque sabe que apostando por ellas puede contar con ingresos cautivos regulares. Al fin y al cabo «la concentración es poder político: el monopolio es un sistema de gobierno por el cual un grupo de seres humanos se impone a otro. Su propósito es sencillo: facilitar que el primer grupo transfiera riqueza y poder hacia ellos. Es un instrumento político que organiza y desorganiza. De modo que si Sam Walton (el propietario de Walmart) no hubiera nacido, los financieros estadounidenses, en cuanto clase, habrían adoptado otra bandera corporativa»[\[1\]](#).

Una vez establecido un centro alrededor del cual la red se ve obligada a moverse se hace posible reorganizar todo el sistema. Lo hemos visto en la readaptación del consumo a partir de la desaparición de las pequeñas tiendas y la absorción de sus clientes por unas pocas firmas que controlan la red de centros comerciales, marcas y franquicias que operan en la alimentación, el sector textil o el de ocio (que a su vez están chocando ahora con competidores digitales que les restan mercado y las colocan en una frágil situación de futuro). Ocurre con la intermediación tecnológica en la compraventa de activos mediante el *high frequency trading*, que funciona gracias a potentes ordenadores que en milisegundos averiguan qué órdenes de compra de acciones se han emitido y las adquieren y las revenden un instante después por un precio mayor y sin riesgo a quienes ya habían decidido adquirirlas; con la conversión de los Estados en fuente de beneficios para los bancos y fondos de inversión gracias a su posición de intermediarios que obtienen capital de los bancos centrales a bajo precio y lo prestan a los países a un interés mayor; mediante la transformación de sectores públicos que proporcionan bienes esenciales en oligopolios privados, lo cual permite obtener recursos de millones de consumidores cautivos y, por tanto, con una capacidad escasa de defensa frente a los excesos y los abusos; o gracias a la compra masiva de inmuebles por parte de fondos y grandes inversores que desplazan los precios de alquiler al alza, justo cuando las burbujas del sector hacen mucho más cara la tenencia de la vivienda en propiedad.

Todas ellas son diferentes formas de intermediación surgidas de una gran capitalización que gracias a su alianza con la tecnología permite gestionar los

procesos de una forma mucho más organizada y precisa. Es en este ámbito donde puede entenderse con exactitud qué quieren decir la transparencia, el control y la individualización tayloristas en la era contemporánea. El ingeniero estadounidense trataba de eliminar todos los puntos de resistencia que se oponían al plan productivo que había diseñado, y ese es el centro de la estructura actual. Contar con el suficiente poder como para trazar planes y llevarlos a efecto es la primera condición. Una vez que se dispone de él, es posible derribar todos los diques que impiden que las órdenes se ejecuten con fluidez. Así ha ocurrido en el mundo laboral: si un periodista contaba con contactos personales que le proveían de información diferente, si un abogado tenía un conocimiento especial del mundo jurídico o un arquitecto exhibía cierta brillantez, se convertían en un inconveniente, ya que podían exigir mejores condiciones a la empresa. Sucedió igual con un carnicero, un mecánico o un jardinero que fuesen dueños de disposiciones especiales que no podían emularse. El talento cuenta y ahí reside el problema, ya que se puede convertir en un elemento de oposición que es preciso diluir. La informática ha tenido mucho que ver en esto. Un ejemplo: si los empleados de la sección de divisas de un banco poseían un conocimiento opaco que les convertía en difícilmente sustituibles, se introducía un proceso informático, se les obligaba a verter su conocimiento en el sistema y después se les despedía, porque una vez estandarizado cualquiera podía realizar su trabajo.

El mismo proceso ha tenido lugar en el entorno empresarial: las marcas, en la medida en que poseían productos exclusivos, suponían una traba para el mediador más importante en los últimos años, las grandes cadenas de venta; cualquier firma que contuviera elementos que no se pudieran copiar y que por tanto tuviera ocasión de hacer valer su diferencia, debía ser reducida al mínimo. Esa tendencia ha producido una doble concentración, ya que las empresas que producían bienes han ido situándose bajo el paraguas de un grupo de grandes dimensiones (PepsiCo ya no posee un refresco, sino una amplia gama de productos que le permiten negociar más sólidamente con las firmas de distribución; las editoriales se han concentrado en sellos con muchas marcas para combatir el poder de negociación de las compañías de venta), al tiempo que las empresas que suponían el último eslabón de la cadena, aquellas que canalizaban las compras, se han hecho más fuertes.

En esa lucha, todo aquello que no resulta transparente, asimilable e imitable es entendido como un gran inconveniente, desde el talento hasta la

creatividad, desde la profesionalidad hasta la exclusividad. Los nuevos modelos concentrados, de los que las grandes corporaciones tecnológicas constituyen la expresión más precisa, han tratado de sistematizar todos los procesos, del mismo modo que Ford creó la cadena de montaje para que toda la mano de obra fuese fácilmente sustituible. Empresas como Amazon, Uber, Google, Apple o Facebook son el mayor exponente de este nuevo repliegue taylorista que permite una transparencia y una individualización mucho mayores.

[1] Barry Lynn, *Cornered. The new monopoly capitalism and the economics of destruction*, Hoboken, N.J., John Wiley & Sons, 2010, p. 30.

3.3. El significado de desigualdad

La utopía tecnológica no es más que la fase última de lo que ya está en marcha, un taylorismo multiplicado gracias a las posibilidades que la informática y la inteligencia artificial inauguran. En ella encontramos la contraposición entre la ciencia cristalina y la indolencia y sinrazón del hombre, la misma planificación centralizada de procesos que deben ser seguidos de forma eficiente y el objetivo de vencer las resistencias como pivote central. Su fin no es dominar la producción, sino el resultado; no se trata de aumentar la productividad, sino el control; no se busca sólo emplear menos cantidad de trabajo para obtener mayor cantidad de objetos sino conseguir valor. Su influencia es más amplia y comprende muchas más áreas, también las no estrictamente comerciales, y su capacidad de reestructuración se aplica a las empresas, a quienes se encuentran en su órbita, a las instituciones y a buena parte de la vida social. Si Taylor empleaba su método con los trabajadores, el capitalismo presente lo ha extendido mucho más allá. Derribar los obstáculos no aparece como la fase necesaria para la consecución de un fin mayor o la barrera que hay que saltar para llegar al tesoro, sino como el tesoro mismo.

Las nuevas empresas surgidas de la eclosión tecnológica representan un ejemplo perfeccionado de estas lógicas. Amazon es un contenedor digital que nació para ofertar un nuevo tipo de venta a distancia. La diferencia que establecía respecto a los viejos modelos de negocio no residía en su amplia oferta ni en su experiencia de compra, ni siquiera en su medio de pago, elementos todos diferentes, sino en la forma en que amasó el poder suficiente para situarse como mediador monopolista. Gracias a las inversiones masivas de fondos, que sostuvieron primero años de pérdidas y después de muy baja rentabilidad, Amazon se convirtió en un intermediario que, como antes había ocurrido con las grandes cadenas de *retail*, concentró el poder de venta en el sector digital y en el físico. Sus costes eran simplemente los derivados de la página y de la logística: no producía nada de lo que vendía y se limitaba a gestionar la recepción, pero canalizaba los esfuerzos de las empresas productoras y los deseos de los compradores. La posición de dominio que

adquirió Amazon y el capital simbólico que le otorgó formar parte del mundo de la innovación le concedieron un gran apoyo institucional y notable influencia política a través de los que consiguió regulaciones muy favorables. Ha alcanzado así un gran margen de maniobra a la hora de elegir cómo, cuándo y dónde paga impuestos y de fijar las condiciones de trabajo de sus empleados, lo que le permite ofrecer mejores precios y mayor rapidez en la entrega, ya que los costes son desplazados hacia otros participantes en la cadena. Sin este conjunto de factores que Silicon Valley intenta reproducir en la gran mayoría de sus iniciativas, Amazon seguiría siendo un modelo de negocio con prestaciones útiles para los consumidores, pero ya no conseguiría beneficios, precisamente porque perdería aquello que le permite generar ingresos reales: la concentración del poder en sus manos.

Google es un motor de búsqueda cuyo desarrollo e implantación ha tenido lugar de una forma muy similar a la de Amazon y que goza de mayores ventajas aún. La página no produce nada; simplemente relaciona a quien está interesado en un contenido con quien lo ha generado. Su posición predominante le permite captar ingentes cantidades de publicidad, canalizar la visibilidad de las empresas, medios de comunicación incluidos, y recabar todo tipo de datos de los usuarios. Sus costes son muy bajos en relación con su dimensión global y su influencia enorme. En el sector periodístico determina qué noticias son las más leídas, gracias a su capacidad de penetración y a un mecanismo de selección a través de un algoritmo nada transparente (y que modifica con frecuencia) lo cual le convierte en el elemento de transmisión de información más relevante. Al mismo tiempo, su capacidad para recoger datos de sus usuarios permite a la empresa no sólo generar ingresos, sino posicionarse con ventaja en muchos sectores. La banca o la distribución son algunos de ellos, y algunas de las más grandes compañías mundiales están planteándose alianzas estratégicas con la firma estadounidense. Y desde luego, es un actor de primera magnitud en el entorno de la inteligencia artificial.

En un ámbito similar se mueve Facebook, cuyo algoritmo no es más que un instrumento de relegamiento que obliga a las empresas, especialmente a los medios de comunicación, a invertir cantidades crecientes en visibilidad, y cuyos mecanismos de recolección de datos, con información extensa sobre la vida privada de sus usuarios, le permiten obtener grandes ingresos de la venta de los mismos, así como influir en la vida política de las sociedades

occidentales. Uber es un mediador que no tiene en propiedad nada de lo que oferta: ni los coches ni su mantenimiento ni el coste de sus licencias ni el salario de quienes prestan en realidad el servicio. Opera globalmente y se limita a cobrar un porcentaje por los servicios que otros realizan. Airbnb cumple una función similar en el mercado turístico.

El caso de Apple es especialmente llamativo, dado su carácter de empresa altamente valorada gracias a su innovación en el sector de los teléfonos móviles. La actual compañía lleva años sin ofrecer un producto a la altura de su capital simbólico. A pesar de ello sigue siendo una de las firmas preferidas por los inversores, pero por motivos que nada tienen que ver con sus terminales. La compañía fundada por Steve Jobs es una gran inversora en el mercado de activos de renta fija e incluso llegó a superar momentáneamente al mayor fondo del mundo en ese campo, Total Vanguard. Apple emplea actualmente gran parte de su ingenio y de su tiempo en pensar cómo hacer dinero vía ingeniería financiera en lugar de generando mejoras significativas en sus teléfonos[1]. Puesto que la marca de la manzana goza de acceso preferencial al mercado del dinero por su estatus de «blue chip company», consigue capital a un interés bajo (más barato de lo que le costaría emplear sus propios recursos, que se hallan depositados en establecimientos *offshore*) y lo invierte en otros espacios[2]. Se ha convertido en un instrumento de inversión que aprovecha resortes globales para captar financiación a buen precio y reinvertirla en activos: utiliza su posición de privilegio para intermediar de otro modo.

El capitalismo de las últimas décadas ha consistido exactamente en la recomposición de las áreas ya establecidas a partir de nuevas soluciones tecnológicas que permiten concentrar el poder existente. El desembarco de la tecnología ha tenido lugar en un contexto en el que existía capital excedente, que fue canalizado hacia la creación de posiciones dominantes, las más rentables. Como se asegura desde Goldman Sachs, «un mercado oligopolístico puede convertir un negocio de productos básicos de precios bajos en otro altamente rentable. Los mercados oligopólicos son poderosos porque satisfacen simultáneamente múltiples componentes críticos de una ventaja competitiva sostenible: un pequeño núcleo de empresas se enfrenta a una competencia menos eficaz, posee mayor capacidad de fijar los precios porque la elección de los consumidores queda reducida, consigue costes de escala gracias a la presión sobre los proveedores y eleva las barreras de

entrada a nuevos jugadores»[3].

Desde ese lugar de dominio es mucho más sencillo extraer rentas de manera fluida, así como reorientar las existentes hacia nuevas manos. El efecto real de la revolución tecnológica hasta la fecha, la desposesión, es típico de los repliegues conservadores. La utilización de técnicas y algoritmos opacos tanto a la hora de decidir la visibilidad de los productores de contenido, públicos y privados, como de la captación de datos amplísimos sobre múltiples aspectos de la vida íntima de sus usuarios, eleva hasta niveles insospechados las cotas de poder que acumulan. Esta concentración tiene correspondencia en el plano material, ya que la riqueza que produce es mucho menor que la que destruye. No es sólo un reparto de posiciones nuevo; también incluye una nueva distribución de los recursos en la que la mayoría de los participantes pierden. O, dicho de otro modo, es parte de una reacción conservadora en la que se canalizan cada vez mayores cuotas de poder y capital hacia menos actores.

El capitalismo contemporáneo extrae rentabilidad de cualquier espacio y obtiene su valor de la clase trabajadora, de la media propietaria, de las pymes, del autónomo, de empresas innovadoras, de firmas pujantes, de compañías en declive, de las clases medias altas nacionales, de los Estados, o de cualquier otro ámbito que sea susceptible de «ser mejorado y adaptado». Como afirma Stiglitz, «los que están en la cima han aprendido a absorber dinero de los demás mediante técnicas que estos ni siquiera conocen: esa es su verdadera innovación»[4]. Esta reestructuración es global, no sólo porque afecte a amplias zonas geográficas, sino porque no hay áreas inmunes. No estamos ante un cambio de modelo económico instigado por la tecnología, sino ante una transformación incesante de las sociedades a partir de la concentración de los recursos y la influencia. «Es esta clase de poder la que hace tan difícil que los nuevos pequeños negocios tengan posibilidad de triunfar, la que explica por qué tantos trabajos se han deslocalizado, por qué ocurren las externalizaciones, por qué los precios de los medicamentos aumentan, por qué no se pueden introducir energías limpias, por qué la calidad de la comida es peor, por qué los beneficios de las grandes empresas y la remuneración de sus directivos siguen aumentando mientras que los clientes y proveedores sufren, y por qué los poderosos son cada vez más poderosos»[5]. Cómo nos alimentamos y vestimos, cuáles son las actividades con las que nos entretenemos, dónde trabajamos y por cuánto o cuáles son las opciones para

emprender son cuestiones claramente mediadas por un conjunto reducido de personas que observan a los ciudadanos como si fueran súbditos que deben pagar el tributo de la rentabilidad.

A esta reorganización social es a la que llamamos eufemísticamente desigualdad. No se trata de que el aumento de recursos en una parte de la sociedad amplíe la distancia respecto del resto, sino de que se ha instalado una forma operativa que permite que muchas empresas no consigan su beneficio gracias a la creación de riqueza, sino derivando hacia sus manos y cada vez con más fuerza la riqueza que es producida por otros. La contrapartida de ese desplazamiento es la creación de estados de necesidad o de precariedad allí donde no existían, o bien la agudización de los que ya estaban presentes. Mientras que los salarios de la mayoría de los españoles se estancan o disminuyen, el coste de los bienes esenciales, como la vivienda, el transporte o la electricidad aumenta. Nos vemos obligados a pagar más ya sea en forma de impuestos para saldar la deuda de los bancos; por la hipoteca o por el alquiler de vivienda, que siguen aumentando; por la factura de la luz; por el transporte; por la menor prestación de servicios estatales o por el encarecimiento de los privados; por la formación, más cara y con menos becas. Al mismo tiempo, la prestación de servicios se empobrece para los consumidores, que ven cómo los bancos determinan nuevas condiciones para sus comisiones o préstamos, cómo las aerolíneas restringen el espacio entre asientos para disponer de mayor capacidad en los vuelos o cómo la sanidad y la educación públicas se deterioran en el momento en el que los seguros médicos privados elevan sus precios. No estamos, pues, ante un momento de debilidad de un sistema surgido a raíz de la crisis económica, sino ante una transformación del mismo a través de la concentración del poder y de la extensión de sus formas de control.

[1] Rana Foroohar, «Too many businesses want a piece of the financial action», *Financial Times*, 15 de mayo de 2016 [<https://www.ft.com/content/ed421ea4-1925-11e6-b197-a4af20d5575e>].

[2] «El gran problema de Apple», *El Confidencial*, 26 de septiembre de 2017 [https://blogs.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/tribuna/2017-09-26/el-gran-problema-de-apple_1449441/].

[3] «Does consolidation creates value?», Goldman Sachs Global Investment Research [<https://www.documentcloud.org/documents/3124001-Goldman-merger-analysis.html#document/p3>].

[4] Joseph E. Stiglitz, *El precio de la desigualdad*, Madrid, Taurus, 2012. La cita puede leerse

también en: <http://economics.com/nobel-prize-economist-says-american-inequality-didnt-just-happen-it-was-created/>.

[5] B. C. Lynn, *Cornered*, cit., p. xi..

3.4. El centro prescindible

Las sociedades occidentales estaban organizadas para producir estabilidad, previsibilidad y conformidad. Políticamente fijaban un dique contra el enemigo ideológico del otro lado del telón de acero, lo que requería un sólido andamiaje interno. Fue así como nació la clase media, un mecanismo integrador y cohesivo típico que funcionó especialmente bien en el capitalismo de posguerra, ya que constituyó el pivote desde el cual se aseguró el orden político frente a disrupciones de un lado y del otro del espectro ideológico. Económicamente cumplía una función de estabilización, puesto que en un entorno que precisaba de una producción regular y sin fricciones era esencial para aportar fluidez a la misma y orden a la estructura jerárquica. A cambio de su conformidad, la clase media fue retribuida con mayores niveles de bienestar material, lo cual era funcionalmente útil, por cuanto dinamizaba el consumo y servía como salvaguarda frente a los regímenes comunistas, que no creían en la iniciativa individual y que demonizaban la libertad de elección en el mercado. Eran estratos sociales con fuerte componente nacional, protegidos a partir de mecanismos de redistribución amplios, favorablemente comprometidos con los regímenes políticos que los cobijaban y que huían de tentaciones revolucionarias. Pero las clases medias no constituían una capa concreta de la sociedad, sino el núcleo de la misma; albergaban la promesa del sistema respecto de un nivel de bienestar asegurado y por eso eran el horizonte al que las clases obreras aspiraban. Constituían el centro de sociedades que veían el futuro con optimismo, que creían en un progreso general que les afectaría particularmente: del mismo modo que los modelos de radios, frigoríficos y televisiones eran mejorados cada poco tiempo, los ciudadanos de este segmento entendían que su vida iría encontrando mejores versiones materiales conforme los años avanzasen. Así, pensaban que las personas con más años gozarían de un bienestar económico mayor, producto de lo trabajado a lo largo de una vida, que los hijos vivirían mejor que los padres y que los avances técnicos harían su existencia mucho más sencilla. Eran personas respetuosas con la ley, que tendían hacia la obediencia y la lealtad, que preferían la continuidad a la aventura y que

buscaban la continuidad mucho más que los grandes avances. Esa era la mentalidad funcional para el sistema y era también la hegemónica en la sociedad.

Cuando la sociedad comenzó a cambiar, todas aquellas cualidades pasaron a ser contingentes. Caído el muro, la estabilidad social y el nivel de vida y de consumo ya no eran instrumentos necesarios como arma contra el enemigo del otro lado de la frontera. Las sociedades burocráticas comenzaron a calificarse de grises, aburridas y empobrecedoras, un límite estrecho para la iniciativa humana. El talento, la innovación y la creación de valor requerían un contexto que favoreciese el desarrollo de las cualidades que la nueva época necesitaba en lugar de las constricciones del fordismo. A partir de ese instante los cambios fueron profundos. Las sociedades reguladas dejaron paso a la iniciativa y la creación de valor. Las invocaciones a pensar «fuera de la caja», a ser más atrevidos, a emprender, fracasar y emprender de nuevo conformaron una nueva cultura. Las ideas de fondo de la sociedad de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, como el ascenso paulatino en la escala laboral y salarial (esa acumulación por la que las generaciones conforme cumplían años, mejoraban su nivel de vida), la adhesión a los procedimientos o la confianza en el futuro se desvanecieron en un escenario que en lugar de estabilidad promovía la metamorfosis.

Surge así una doble brecha porque se genera una sustancial alteración productiva al mismo tiempo que se combaten los valores precedentes, a los que se responsabiliza del estancamiento económico y de la inestabilidad social. La estructura social comienza a quebrarse y se abren dos caminos completamente distintos. El mundo del cambio se segmenta entre quienes se adaptan a las nuevas situaciones (los menos) y quienes quedan anclados en el pasado (los más), lo que produce varios puntos de fricción en clases asentadas en valores muy diferentes. En lo productivo se genera una desterritorialización porque la fabricación se desplaza hacia el exterior de Occidente al mismo tiempo que se importa mano de obra de países depauperados. Los servicios predominan en el mercado laboral, los trabajos se especializan y el número de empleos disponible mengua. Los procesos de desclasamiento son frecuentes y generan fases de adaptación cuajadas de contradicciones: hijos de clase media con empleos de clase media que reciben retribuciones por debajo del nivel de subsistencia; trabajadores cualificados y con experiencia que son expulsados del mercado laboral con la coartada de la

edad; fenómenos de sobrecualificación que van acompañados de la reducción de salarios en sectores como los servicios; y empleo estable que se desliza hacia el temporal y es escasamente retribuido. Esta reestructuración de posiciones sociales, aunque es profunda, no se produce de golpe, ya que en sociedades como la española el colchón familiar, tejido con la acumulación de las décadas fordistas, lleva a gastar los recursos del pasado en la subsistencia del presente, en especial en las transferencias de padres a hijos.

Al mismo tiempo, la financiarización y las nuevas formas de gestión que impulsa provocan sustanciales reestructuraciones organizativas en las empresas. Los controles burocráticos a través de procedimientos vigilados por cuadros intermedios dejan el camino abierto hacia una postburocracia en la que el control se reorganiza en torno a exigencias de resultados y mediciones sistematizadas mediante programas informáticos que permiten monitorizar al instante todas las tareas. Dado que los empleados deben interiorizar las necesidades de rentabilidad y puesto que la vigilancia a través de los nuevos medios técnicos es mucho más penetrante, los mandos intermedios pasan a ser prescindibles, y se producen numerosos despidos en esos sectores. Las firmas se dividen entre el trabajo *premium* y el *commodity*, entre el de alta cualificación e importancia estratégica y el fácilmente sustituible, dejando poco espacio entre ambos. La racionalización económica afecta al trabajo intelectual, parte de cuyos procesos son sistematizados y realizados por trabajadores con menor cualificación. Servicios jurídicos, educativos, sanitarios, de consultoría y en general aquellos que garantizaban en el pasado un nivel de renta suficiente también se bifurcan, diferenciándose entre empleos de alta cualificación y los reemplazables, que en el futuro serán sustituidos por las máquinas. Así, sectores típicamente calificados como seguros, a los que se accedía a través de la formación, se encuentran sometidos a las mismas presiones que el resto del trabajo. El resultado es una sociedad con opciones más estrechas, que adelgaza las capas medias y que dificulta enormemente el ascenso social a las clases trabajadoras.

Las clases occidentales en descenso, especialmente las medias, se convierten en un problema en sí mismas por su mayor coste en salarios y en beneficios sociales, porque sus expectativas de estabilidad, continuidad y mejora paulatina introducen roces frecuentes en un sistema que quiere liberar las energías, y porque su mentalidad va en sentido contrario al que precisan estos tiempos de innovación y de preparación para un futuro radicalmente

distinto. Las capas medias, orientadas hacia el cumplimiento de normas, que necesitaban creer en el funcionamiento fluido del sistema, en la falta de arbitrariedad y en instituciones sólidas, se convierten en resistentes a las necesarias transformaciones.

Sin embargo, el problema es mucho más amplio. Como en todas las épocas en las que la acumulación por desposesión ha reconstruido las sociedades^[1], es preciso esquivar no sólo las fricciones que genera la reconstrucción económica sino, y principalmente, las culturales. Esto implica el paso de un modo de vida a otro, de unos valores y unas costumbres a otros, y en ese terreno siempre aparece una oposición complicada de superar a corto plazo. Por norma general ambos mundos conviven durante un periodo en el que el capitalismo acoge aquellas ideas sociales que le son provechosas. Pero para que esa operación funcione tiene que dar una lectura y una dirección diferente a las viejas instituciones. En eso consiste buena parte de la lucha cultural presente en nuestra época.

^[1] David Harvey, *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004.

3.5. Todo lo sólido se desvanece otra vez en el aire

Desde el punto de vista global, esa tensión entre la fuerza que nos arrastra y los vientos interiores que nos frenan, como si nos resistiésemos a dar pasos adelante por miedo o por no perder privilegios, es el espacio en el que aparecen las principales renuencias. Pero ese marco de pensamiento es mucho más producto de la visión de la cuarta oleada conservadora que una realidad objetiva: el capitalismo está permanentemente mirando hacia atrás, siempre convencido de que los obstáculos que debe diluir son los de un tiempo que se niega a desaparecer. Así ha ocurrido históricamente, ya que el capitalismo transformó las relaciones de producción que venían del orden feudal y volvió a hacerlo en momentos posteriores, como en la época del imperialismo. Es también la visión a la que hoy se acoge. Tras la Segunda Guerra Mundial se vio obligado a dar un giro en el que apostó por frenar los procesos de acumulación y articular políticas que favorecían espacios productivos y sociales mucho más sólidos y estables. Las familias duraderas, las trayectorias laborales consolidadas, los Estados y sus fronteras fuertes, las vidas privadas ordenadas y sometidas a normas rígidas, es decir, todo aquello que dio forma al fordismo, es considerado por el capitalismo actual un gran freno en esta etapa de reacumulación, por lo que su principal objetivo consiste en disolver las viejas estructuras.

Pero insistir en esta lectura implica permanecer en la estructura discursiva que los conservadores fijan. Cuando las trayectorias personales, las formas de convivencia, las prioridades sociales, los caminos que llevan al éxito y las jerarquías cambian de un modo tan sensible, las nuevas y viejas costumbres conviven durante un periodo relativamente largo y no lo hacen de forma estática, sino que unas y otras toman expresiones diferentes según este enfrentamiento entre el futuro y el pasado va señalando claramente a los ganadores y a los perdedores. En esa tensión es frecuente que el mundo que llega mantenga las antiguas estructuras en lugar de derrumbarlas, pero que les otorgue un nuevo significado y una nueva dirección. En nuestra época la manera en que la gran reacción está tejiendo ese cambio es a través de los instrumentos ya descritos por Taylor en su micromundo de Midvale, la

sistematización y la aceleración. Son dos vectores de fuerza que son aplicados en el mundo existente y, al hacerlo, lo transforman profundamente.

Las nuevas formas de descontento laboral son señales nítidas de las fuerzas en juego y de las ideas y materialidades enfrentadas. La conflictividad fabril del pasado apenas aparece, pues el capitalismo reterritorializó la producción en lugares con una regulación muy laxa, y en su lugar surgen tensiones alrededor de la ausencia de trabajo, de la inestabilidad que las regulaciones contemporáneas procuran, como el encadenamiento de contratos muy breves, incluso por horas o días, de la escasa retribución o de los derechos menguantes. Pero dado que los procesos tayloristas se han aplicado a campos que parecían inmunes, como el de los servicios o el de las profesiones cualificadas, surgen expresiones inesperadas de las viejas luchas. Los centros de atención al cliente, la limpieza de hoteles o los servicios de venta al público son ejemplos de sectores en los que las tareas, a menudo realizadas a destajo, se han reorganizado a partir de la extracción de aquello que parecía darles sentido. Las habilidades relacionales de los comerciales o de los teleoperadores, trabajos en los que la personalidad de cada empleado estaba en el centro mismo del oficio, se han relegado en favor de procesos sistematizados en los que cada paso está previsto en un manual de instrucciones. Incluso hay servicios telefónicos de atención médica que cuentan con operadores que carecen de conocimientos en la materia y cuyas respuestas son guiadas a través del *software*, que determina las recomendaciones que los operadores ofrecen a los enfermos[1]. Del mismo modo, los empleados de almacén de firmas como Amazon, esenciales para el cumplimiento de los plazos acordados con los clientes, son sometidos a una vigilancia exhaustiva con el objeto de que realicen su tarea en los tiempos previstos por el sistema: se mide y determina el tiempo que han de emplear en cada desplazamiento, el número de tareas que deben realizar y la forma de ejecución de las mismas, y viven sometidos a la exigencia de que la productividad vaya en constante aumento. Las huelgas recientes de los trabajadores de la compañía no se produjeron únicamente por causas salariales, sino que fueron provocadas en buena medida por esa mecanización que convierte a los empleados en sucedáneos robóticos.

Esa subordinación a las métricas y la estandarización también opera en profesiones que nunca creyeron que podían ser sometidas a procesos rígidos y planificados. Los protocolos, la medicina basada en la evidencia y las

nuevas formas de gestión de hospitales llevan a que los doctores se vean obligados a seguir unas guías muy precisas acerca de qué deben diagnosticar y qué tratamientos recetar, así como a valorar prioritariamente los beneficios y los costes de sus prescripciones para las empresas, públicas o privadas, en las que prestan sus servicios. Los algoritmos señalan ya el tiempo de estancia en el hospital para un enfermo, los minutos disponibles para atender a cada paciente y los tratamientos más adecuados. La productividad clínica es medida y la remuneración ajustada a ella. El periodista de la economía del *click* recibe continuas indicaciones acerca de los temas sobre los que escribir, las palabras clave que debe utilizar, el número de enlaces que han de incluirse, la extensión de los textos y las temáticas que resultan más afines a Google o Facebook; su productividad es medida al instante mediante sistemas de monitorización que tienen consecuencias en su salario y en su permanencia en la empresa. El académico está sujeto a un tipo de control que ignora una parte esencial de su tarea, como es la transmisión adecuada del conocimiento, y se centra en los réditos de la investigación, entendida esta como la realización de trabajos sujetos a estándares determinados y restrictivos que a menudo privilegian lógicas alejadas del saber. El empleado bancario está desapareciendo, fruto de la mecanización a que someten las entidades todos sus procesos, y el que permanece ya no tiene como objeto atender al cliente, puesto que el sistema informático determina sus acciones, sino que se convierte en un simple vendedor de productos bancarios.

La sistematización y la estandarización, es decir, la reducción de la aportación humana a los procesos productivos a la mera ejecución de planes cerrados, era una condición exigida por Taylor para conseguir mayor productividad; sólo cuando se controlaba plenamente el proceso podía acelerarse. La aplicación a gran escala de esta idea genera fricciones notables, ya que cercena la autonomía, que era una de las cualidades necesarias en nuestra sociedad. El sistema anterior precisaba del conocimiento de sus trabajadores, desde el camarero o el jardinero hasta el abogado o el arquitecto, y mantenía públicamente la convicción de que cuanto más destreza se acumulase, más recompensa se obtendría. Ni siquiera en las cadenas de montaje funcionaba la simple mecánica, porque incluso en ellas se precisaba de la intuición, inventiva y habilidad de los empleados para mejorar los procesos productivos[2].

La mecanización de los trabajos que promueven la digitalización y la

informatización, al restar iniciativa y conocimiento a la persona y otorgárselo a los diseñadores del proceso, termina enfrentando la lógica del valor con la de las profesiones. Así, la necesidad de atraer la atención y generar lecturas en el periodismo contemporáneo, que lleva a una producción mucho más veloz, descuidada e insustancial encuentra como límite el deseo del periodista de realizar un trabajo profesionalmente satisfactorio; las prescripciones del sistema informático acerca de qué pruebas deben realizarse a cada paciente, del tiempo de atención y de los medicamentos que han de recetarse, topan con la voluntad del médico que prefiere ajustarse a lo que el enfermo precisa en lugar de a lo exigido por el protocolo; la necesidad de los trabajadores de Amazon o de las limpiadoras de los hoteles de amoldarse a lo que su salud requiere en lugar de ceñirse a los tiempos prescritos por la empresa; y las presiones a los directivos para que deriven la mayor parte de los beneficios de la compañía a los accionistas choca con la posibilidad de realizar una buena gestión que favorezca la pervivencia de la firma. Esta tensión explica que un foco frecuente de conflictividad en el entorno laboral suela producirse a partir de reclamaciones de los empleados relativas a las condiciones de realización de sus tareas, es decir, del enfrentamiento entre quienes entienden que precisan de una autonomía inherente a su trabajo y esa gestión que esclerotiza el conocimiento, la experiencia y la profesionalidad.

Esta dinamización espectacular de las condiciones sociales es la fuerza motora con la que se construye la nueva sociedad. Pero esto ya nos es conocido, porque todo lo sólido vuelve a desvanecerse en el aire. Como señalaba Marx en el primer capítulo del *Manifiesto comunista*, el capitalismo no puede desplegar una nueva etapa de destrucción creativa o de acumulación por desposesión sin transformar al mismo tiempo las estructuras y las bases culturales. Debe revolucionar las relaciones de producción, y con ellas las relaciones sociales, y para ello precisa tanto de un conjunto de acciones como de una legitimación discursiva. Los elementos comunes de ambas esferas, como se subrayaba en el *Manifiesto*, son la inestabilidad y el movimiento. Así es también en nuestro tiempo.

[1] Mel Van Elteren, *Managerial control of American Workers*, Jefferson, NC, McFarland & Company, 2017.

[2] Michael Burawoy, *El consentimiento en la producción*, Madrid, Ministerio de Trabajo y

Seguridad Social, 1989.

3.6. Las resistencias

El movimiento y la velocidad definen también buena parte de los choques culturales de nuestra época. La aceleración está particularmente presente en el consumo, donde el tiempo de obsolescencia de los productos se acorta, pero también en el ocio, que despliega una oferta abrumadora y de escasa permanencia. Las agendas públicas se desenvuelven entre grandes escándalos cotidianos de corta duración y que son rápidamente reemplazados. La duración media del sueño o del tiempo que dedicamos a comer disminuye y términos como *fast food*, *speed dating* o *multitasking* se vuelven populares como sinónimos de máximo aprovechamiento de nuestra vida[1]. La insistencia en la concentración mental como cualidad esencial para afrontar el futuro se corresponde con la enorme rapidez con la que circulan los objetos, los datos y las experiencias, y con la saturación y el cansancio que generan.

Pero todos los periodos históricos de aceleración han traído consigo instantes de petrificación, y así ocurre también hoy. Del mismo modo que la revolución industrial generó reacciones de melancolía y aburrimiento, la velocidad a que estamos siendo sometidos provoca que la experiencia de la inmovilidad sea también parte de nuestro horizonte[2]. La presión continua lleva al agotamiento; la insistencia en la adaptación permanente, a la sensación de hallarse siempre en el mismo lugar; la persistente incitación a mejorarse, a la desvitalización; se forjan experiencias de tiempo detenido, de cansancio crónico, de desinterés vital. Si los obreros de la cadena de montaje de Ford decidían marcharse de la fábrica a pesar del elevado paro por la imposibilidad de asumir una tarea que percibían alienante, hoy las trayectorias irregulares del trabajo desembocan para una mayoría de empleados en desánimo y falta de implicación, cuyo desenlace más frecuente es el *burn out* o la aceptación cínica de lo dado.

Mientras los apologistas del repliegue conservador combaten esta clase de resistencia mediante la promesa de un premio al final del camino (sigamos haciendo reformas para que el cuerpo social sane, mantengámonos activos para estar en forma, sigamos formándonos porque nos mantendrá en el juego), buena parte de la izquierda global insiste en la conveniencia del

movimiento permanente y celebra este mundo de cambios continuos porque espera que al término del viaje emerja el postcapitalismo, un horizonte en el que no sólo los recursos serán justamente distribuidos sino en el que gozaremos de niveles inusuales de tiempo libre, ya que las máquinas nos liberarán de la sociedad gris y repetitiva del pasado, e instrumentos como la renta básica permitirán una subsistencia cómoda. En cierta medida, la izquierda sigue combatiendo el fordismo, al igual que sus rivales liberales, sólo que mejoran sus predicciones y elevan las apuestas.

Mientras tanto, buena parte de la sociedad sale de ese ciclo permanente de velocidad y desencanto por la vía del hartazgo y la indignación. El agotamiento que genera la sensación de estar moviéndose en círculos, de que las continuas esperanzas sean sucesivamente defraudadas, constituye una fuerza social muy poderosa. La política contemporánea contiene una expresión bastante ajustada de esta dinámica. Las capas sociales perdedoras, al ver reducida su capacidad de acción, demandan un cambio que encuentran en líderes y partidos que les prometen una salida, ya sea por el camino de las reformas o, cada vez con más frecuencia, a través de opciones rupturistas. Pero la sensación de que todo se resuelve en lo mismo, de que todos los políticos son iguales o de que no hay nada que pueda hacerse en realidad produce un ciclo de sustitución de unas esperanzas por otras que circula a una velocidad inusitada. Los candidatos y las opciones políticas, que a menudo permanecían durante lustros, cuando no décadas, ahora decepcionan con rapidez, lo que también ha provocado que formaciones políticas de reciente creación hayan surgido con la suficiente fuerza como para tener un gran peso en los Parlamentos de Occidente. La canalización de la indignación hacia las redes sociales es otra de las expresiones de este malestar, ya que permite una salida pública del descontento; y algo similar ocurre con las manifestaciones, que se han convertido en el instrumento por excelencia de la lucha política de las masas.

Pero la mayor oposición frente a la aceleración está produciéndose en el terreno cultural y no en el de la política. Las presiones para abrazar el cambio, adaptarse, reinventarse y ser optimistas han conducido a un descreimiento notable respecto de este tipo de mensajes que es resuelto mediante el regreso a lo básico. Parte de la sociedad vive en el presente e intenta sacar el partido que pueda de él y por eso se extiende un hedonismo *low cost* que trata de aprovechar el aquí y ahora. Junto con él, recobran

importancia para buena parte de la población las «cosas de toda la vida», como el amor, la familia, los amigos o la nación, todos esos cierres colectivos que brindan seguridad y que ofrecen algo sólido a lo que agarrarse. Ambas direcciones son expresión de la ausencia de horizonte, ya que funcionan como espacios de acogida (como constatación de que no hay nada ahí fuera) pero también contienen una salida y un repudio de la producción de valor continua en la que nuestro sistema circula.

Al mismo tiempo surge otro tipo de resistencia ligada al deseo de contar con mayor poder. Si la aceleración nos deja poco espacio para hacer otro tipo de cosas que no sean aquellas a las que de un modo u otro estamos obligados, la sistematización no nos permite hacerlas a nuestra manera. La autonomía emerge como una aspiración lógica cuando las opciones se reducen, y nuestro mundo las está limitando enormemente en cuanto a trayectorias laborales, posibilidades personales, empleo del tiempo o modos de pensar. Esta aspiración no aparece sólo en el terreno de las vidas privadas o de las laborales, sino que penetra profundamente en el institucional. El enfrentamiento entre las lógicas de la profesión y las del valor que se manifestaba en el mundo del trabajo se prolonga en el interior de las instituciones, obligadas a elegir entre las bases conceptuales que justifican su existencia y las necesidades del nuevo entorno global.

Esa pugna es usual en momentos de cambio, pues los ganadores deben sustituir las formas de organización y las maneras de pensar de las sociedades que han ocupado, pero tal reemplazo no suele producirse de golpe. Las instituciones sociales preexistentes a las revoluciones industriales, por ejemplo, convivieron durante bastante tiempo con las nuevas, hasta el punto de que muchas de las deficiencias del sistema que llegaba eran solucionadas por las costumbres y tradiciones del mundo que se abandonaba. Hoy es diferente, en la medida en que no existe una impugnación discursiva respecto de los sistemas sociales en vigor sino una insistencia feroz en la conveniencia de su adaptación. La apuesta es modernizarlos para que sigan siendo útiles, pero las reformas que se promueven implican un vaciamiento peculiar en el que las instituciones conservan su nombre pero se dirigen hacia lugares incompatibles con sus propósitos originales: los sindicatos mayoritarios se convierten en instrumentos que defienden los intereses del repliegue conservador en lugar de los de los trabajadores; la política es un vehículo estéril de sofocamiento de la vida social desestructurada por las lógicas

económicas, la filosofía se convierte en autoayuda, la psicología en *coaching*, la universidad en un espacio de producción de mano de obra funcional, la cultura en un pasatiempo y la ciencia en un medio de generación de valor para las empresas en lugar de producir conocimiento útil para el cuerpo social. Finalmente, el individuo independiente y libre del capitalismo se convierte en un sujeto ordenado y disciplinado que se amolda a las normas rígidas que el futuro demanda y extravía por el camino aquella personalidad autónoma que le constituía como centro del sistema.

La paradoja reside en que el mundo de la sistematización y la aceleración precisa de las instituciones que se le oponen, por más que ello diluya su autonomía. Del mismo modo que el capitalismo financiero necesita del productivo como suelo en el que apoyarse y sin el cual la economía especulativa se desplomaría, la democracia, la justicia, los sistemas expertos y la familia son imprescindibles para el correcto funcionamiento del cambio: lo sólido proporciona la cohesión que también necesita lo fluido, lo cual produce una contradicción notable, porque si esta oleada conservadora necesita las estructuras de aquellas sociedades que acelera, al subordinarlas a la generación de valor les extrae la vida que les era propia. El deterioro de la democracia o de la justicia tiene relación con esta fricción entre dos lógicas: si los Estados deben tener como prioridad la devolución de sus deudas, mantener el déficit en unos límites fijados o derivar los recursos que reciben hacia los inversores en lugar de destinarlos a prestar servicios a sus ciudadanos, es porque existe un ámbito que queda fuera de la decisión democrática. Algo muy similar puede decirse de la arquitectura del poder contemporánea, donde existen espacios, por ejemplo en el seno de la UE, que quedan fuera de la voluntad popular. Los problemas de legitimación de las democracias recientes y el desgaste que han sufrido han tenido mucho que ver con este desplazamiento de las fuentes del poder y la sensación de impotencia que eso genera entre grupos crecientes de electores.

La falta de autonomía de los sistemas expertos es fuente también de problemas cotidianos, porque si varios medios de comunicación dan prioridad al apoyo a un gobierno concreto sobre los hechos, un sistema sanitario pone el ahorro por encima de la curación de los pacientes, o un tribunal prefiere la conveniencia política o económica de una decisión a lo que el derecho exige, la confianza en estas instituciones decae. El problema no es sólo que la sumisión de cada vez más áreas de los sistemas expertos a

las necesidades del valor y del poder estén menoscabando su legitimidad o la certidumbre social que deben generar, sino que también pierden su utilidad real. Ya no sirven para los fines para los que fueron creados ni funcionan como mecanismos de resolución de conflictos, de producción de confianza o como instrumentos predictivos.

La forma típica de resolución de estas contradicciones, cada vez más presentes en el mundo occidental, ha sido el estrechamiento de los márgenes. El ejemplo más conocido de esta técnica, que trata de configurar un nuevo sentido común a través de la unión entre las grandes palabras y un significado reducido y coagulado (y que por tanto reduce el espacio de lo que puede ser dicho legítimamente), ha aparecido en la política. Fue habitual con el neoliberalismo, cuando George Bush Jr. tomó la bandera americana para sí y dividió la sociedad en dos grupos, los que cumplían sus órdenes, que eran estadounidenses verdaderos, y los que no se sometían a ellas, que eran dibujados como antisistema, totalitarios o antipatriotas. Le ocurrió a Aznar, quien bajo la idea de una España unida y moderna transmutó la oposición, incluido el PSOE, en un puñado de separatistas que romperían nuestro país, en amigos (voluntarios o involuntarios) de los terroristas o en comunistas filosoviéticos. Esta táctica ahora se utiliza de una forma más amplia y su presencia es evidente en la economía, que recibe un tratamiento preferencial en cuanto ámbito puramente técnico y objetivo, pero que ha sido reducida a una sola de sus posibles teorías, la del individualismo metodológico; y también en el periodismo, la ciencia, el derecho o la cultura: quienes detentan el poder fijan el espacio reducido de lo que se puede decir y atacan de forma feroz a quien se sale de los márgenes. Al construir lo intolerable quedan autorizados a atacar a quien expresa otras ideas como si hubiera formulado algo terrible. Dicho de otro modo, cuanto más se estrechan las fronteras de la democracia, más se demoniza a quienes promueven ideas alternativas y más se les tacha de ciegos ideólogos, peligrosos antisistema, furibundos nostálgicos o enemigos de la estabilidad: la fabricación de un enemigo interno no es más que el ropaje de la corrosión de las instituciones por quienes ejercen el poder. Pero controlar así esferas autónomas supone moverse en un equilibrio muy precario por las contradicciones que genera, que obligan a un control más exhaustivo para eliminar las resistencias, y debido al deterioro que sufren, incluso desde el punto de vista del mero interés pragmático.

Las resistencias contemporáneas al mundo del cambio y del futuro no provienen pues de la tensión entre el porvenir que llega y el pasado que se desvanece, sino que son producto de una contestación a las características de nuestra época. Las pasiones sociales vuelven a ser importantes, pero nacen de la sensación de impotencia, de hartazgo o de falta de autonomía en la que vivimos mucho más que de la indignación por la demolición de las costumbres. Sus articulaciones políticas y sociales son diversas y han dado lugar a posiciones mantenidas por partidos de derecha o de izquierda, aunque casi todos ellos partían de la consideración del pasado como principal elemento perturbador^[3].

^[1] Hartmut Rosa, *Accélération. Une critique sociale du temps*, París, La Découverte, 2010.

^[2] *Ibid.*, p. 65.

^[3] Para no alargar innecesariamente el texto he prescindido de explicaciones amplias, que quizá serían necesarias, acerca de cómo funcionan la aceleración, la mecanización y la estandarización en nuestra sociedad. Buena parte de mi anterior libro, *Los límites del deseo*, abundaba en ellas, por lo que no he considerado adecuado repetirlas aquí. No obstante, creo imprescindible señalar algunos textos que ofrecen visiones ilustrativas y sagaces de nuestro tiempo. Las obras de Evgeny Morozov son indispensables para conocer lo que ocurre en el mundo de la innovación tecnológica; las de Barry C. Lynn son un gran recorrido por las consecuencias de la concentración; *Armas de destrucción matemática*, de Cathy O'Neil, *The tyranny of metrics*, de Jerry Z. Muller, *Mindless*, de Simon Head, *Managerial Control of American Workers*, de Mel Van Elteren, y *Private Government*, de Elizabeth Anderson, entre muchas otras, son necesarias para conocer el alcance exacto y cotidiano de esta nueva forma de gobierno de las sociedades.

CAPÍTULO IV

EL PASADO

4.1. Tiempo ambivalente

La ortodoxia académica y política señala cómo derecha e izquierda, conservadores y progresistas, tienen distintas formas de afrontar el tiempo, cómo unos apuestan por frenar los procesos de cambio y otros por acelerarlos. En nuestra época, sin embargo, ambas posiciones se han situado en el mismo espacio, por lo que se convierte en un instante histórico idóneo para señalar las diferencias y semejanzas de las dos posturas ideológicas. La derecha ha evitado los puntos de detención discursivos y materiales que la frenaban con la promesa de que los continuos esfuerzos tendrán recompensa en los tiempos venideros. En eso consisten las reformas y las reconversiones, que son parte del proceso de sanación de unos organismos enfermos que tras ser sometidos a las terapias correctas generarán sociedades y cuerpos mucho más potentes. El control, la monitorización y las prescripciones para generar valor son precisos y continuos, del mismo modo que lo son en las dietas para que alcancemos nuestro peso corporal idóneo. Marchar hacia el futuro significa que Estados, instituciones, empresas e individuos se sometan a los cambios necesarios para llegar en forma al tiempo que vendrá.

La izquierda, por su parte, ha encontrado grandes dificultades para plantear una resistencia efectiva, ya que la compresión de espacios y de tiempos que ha generado esta gran transformación ha diluido muchos de los obstáculos que solía colocar en el camino del capitalismo. La última oleada conservadora no ha supuesto únicamente una transformación productiva y de la forma de generación de ingresos, sino que posee un claro elemento cultural en el que emerge una nueva mentalidad activa, emprendedora y optimista. Buena parte de la izquierda ha dado el visto bueno a esa visión del mundo, sólo que ha diseñado su propia concepción del cambio mediante la ampliación de la unidad de medida. Su forma de contestar a los conservadores ha consistido en extraer al individuo de la ecuación y sustituirlo por los colectivos: ha defendido a las mujeres, los emigrantes, los gais, lesbianas y transexuales, los ecologistas, las minorías étnicas, los jóvenes precarios, las personas en situación de pobreza energética, las nacionalidades históricas y todos los demás grupos que eran oprimidos por un

poder centralizado, patriarcal, racista, xenófobo y pollavieja. El progreso, desde esta nueva perspectiva, priorizaba el avance en las costumbres y en las actitudes, de modo que el ser humano fuese más libre en sus elecciones personales.

Las fuerzas de izquierda que tenían posibilidades de llegar al poder se movían permanentemente en esa línea que no disputaba los cambios económicos, favorecía una mentalidad más abierta y emprendedora y deseaba transformar la sociedad mediante una decreciente presencia de la religión y una mucho menor rigidez en las decisiones relacionadas con la vida privada. Las izquierdas con menos peso, a menudo extraparlamentarias, no lograron gran aceptación social porque afrontaron los retos del presente desde la actualización de sus análisis del pasado. Una parte de ellas sigue siendo minoritaria porque sus intentos de readaptar las teorías de Marx por la vía de la literalidad generan profundas contradicciones en un entorno social que las percibe ajenas y que encuentra escasos caminos de identificación con ellas. Y la nueva izquierda, esa que en España se encarnó en Podemos, no hizo más que acelerar la forma de pensar de los socialdemócratas, aunque fuesen más atrevidos en la defensa de los colectivos, la memoria histórica, el feminismo y demás cuestiones culturales. Más allá de esa posición ideológica, lo que les impidió llegar más lejos fue una cuestión estratégica. Siempre fueron un movimiento reactivo que se definía en lo tocante a ideas, composición y estructura, por su carácter de oposición: primero atacaron a la casta, después redujeron el punto de mira y combatieron al PP, más tarde a Ciudadanos y siempre a ellos mismos. Les unía el enemigo común (la corrupción, Rajoy, Errejón) y una suerte de pensamiento positivo respecto de las posibilidades de una sociedad participativa, horizontal y moderna.

Conservadores y progresistas, en todo caso, se han movido en el mismo espacio, ese que señala el pasado como el principal obstáculo y en el que los avances, que llegarán gracias a la tecnología y a la mentalidad de las generaciones más jóvenes, encuentran en las clases atrasadas y nostálgicas la oposición más ardua de superar. Y por ese flanco temporal que ambos dejaron abierto se colaron los populismos de derecha. Fueron más atrevidos en un doble sentido, ya que ofrecieron una visión del pasado como poseedor de unos valores que debían preservarse y como ejemplo de un marco material en el que la gente común vivía mejor, y al mismo tiempo impugnaron el orden establecido e insistieron en la necesidad de cambiar la UE o de salirse

del euro si no había un giro en las políticas europeas. Además, se alejaron de Alemania como polo de referencia y se acercaron más a Rusia y a Trump. La falta de osadía de la izquierda occidental fue aprovechada por el populismo de derechas para abrir un camino que encontró reflejo en muchos frentes, desde Hungría hasta Chequia, desde Italia hasta Francia, y que tuvo en el Brexit un punto de inflexión.

La lectura más frecuente de estas nuevas expresiones políticas posee una versión vulgar que ha sido masivamente difundida: un montón de racistas, xenófobos y cabreados con el sistema, intoxicados por la prensa radical y que creían ciegamente a los mentirosos, insistían en estropear las posibilidades de futuro con su deseo de dar marcha atrás. Ese espacio era también el que sustentaba la postverdad y las *fake news*, ya que las informaciones que los expertos con conocimiento, sentido común y rigor emitían eran usualmente despreciadas por algunas porciones de la población tan ciegas como para negar la verdad. Ese era parte del problema, que las personas más atrasadas habían decidido desvincularse de la realidad y confiaban en medios de comunicación o estados de Facebook que les envenenaban la mente. Esta visión del Brexit o del triunfo de Trump era esperable, porque realizar otra lectura supondría reconocer cierta agencia a las clases perdedoras y entender que la elección que realizaron convenía a sus intereses.

La versión dominante prefirió señalar a seres irracionales que actuaban impulsivamente y explicó la postverdad, los populismos y el Brexit a través de variables encuadradas en ese marco. Existía una ruptura generacional muy palpable que oponía los grupos más jóvenes a los de más edad, cuyas mentalidades resultaban completamente distintas: los primeros eran europeístas, abiertos, preparados, conectados; los segundos optaban por el cierre identitario, las opciones más conservadoras y la protección ante los cambios. Un eje complementario dividía a los ciudadanos entre aquellos que vivían en grandes ciudades y los que residían en el medio rural o en pequeñas capitales de provincia, una segmentación que trasladaba al campo territorial las habituales cualidades atribuidas a lo nuevo y lo viejo. El tercer eje señalaba que además de los cambios productivos habían tenido lugar los tecnológicos y existían grupos sociales mucho más abiertos a ellos, lo cual terminaba conformando las mentalidades: «Lo que cambia no es la edad, es estar en internet: es como estar en una casa con puertas y ventanas abiertas; si no estás, es como si vivieras con las ventanas cerradas»[\[1\]](#).

El populismo de derechas, sin embargo, es más complejo que la simple reducción a un enfrentamiento entre el pasado y futuro. Es una corriente política exitosa porque ha apelado a sentimientos muy presentes en nuestras sociedades y que ha ofrecido opciones contundentes a poblaciones que sienten a menudo el peso de la impotencia, pero también debido a que ha sabido mezclar aspectos culturales con materiales; o más propiamente, porque ha logrado vincular ambos de una manera concreta. Desde su punto de vista, el cierre nacional y el aspecto identitario no funcionan como mero supremacismo, sino que suponen la condición para regresar a un momento mejor en el que los trabajos decentes existían; los inmigrantes no son rechazados por pertenecer a otra cultura, sino por el coste para las sociedades occidentales en términos económicos y de convivencia que suponen; hacer a un país grande de nuevo implica aprovechar las posibilidades existentes en un mundo que se las ha negado a la gente común. Este discurso lo ha articulado a partir de elementos muy presentes en las anteriores oleadas conservadoras, que ha trasladado a un entorno más amplio: si a los países les iba mal era a causa de la burocracia de Bruselas, al igual que antes lo era de Washington; si no había trabajo era culpa de los inmigrantes y de quienes permitían que entrasen masivamente en nuestros países; si su país estaba perdiendo peso en el mundo era responsabilidad de unas élites globales que sólo pensaban en su beneficio y que se llevaban los trabajos fuera. Ha recuperado el orgullo y la autoestima de las clases perdedoras por la vía nacional y a través de líderes fuertes que prometen una solución diferente y que están dispuestos a combatir el pensamiento políticamente correcto con energía y sin complejos.

Los populismos podrían interpretarse también como una expresión más de ese romanticismo que prefiere los líderes carismáticos y la conexión con las esencias eternas, las pasiones frente a la razón y la exaltación de lo instintivo, pero sería un error reducirlo a eso. Hay muchos más aspectos en juego, entre ellos uno esencial: no es posible entender estos movimientos como si fueran un simple regreso al pasado, siempre reaccionario, que emerge en épocas en que el progreso se despliega irresistible y obliga a las sociedades a cambiar de manera profunda. El populismo suele recurrir a tiempos pretéritos, pero no es necesariamente conservador. Hay una experiencia muy ilustrativa, la del People's Party en los EEUU de finales del siglo XIX, ya que supuso un movimiento de resistencia que apoyándose en el pasado y en sólidos elementos culturales provocó una reacción materialmente progresista: partía

de tiempos pretéritos, pero pretendía construir un futuro más avanzado.

[1] «“Hemos hecho entre todos un daño brutal a los jóvenes”. Entrevista a Belén Barreiro», *El Confidencial*, 8 de junio de 2017 [https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2017-06-08/hemos-hecho-entre-todos-un-dano-brutal-a-los-jovenes_1395523/].

4.2. Hombres ambiciosos

El populismo estadounidense del siglo XIX es tanto producto de un choque emocional como del vínculo con la tradición y constituye una respuesta política inusual a una etapa de acumulación por desposesión. El aspecto traumático proviene del aterrizaje de un tipo de capitalismo monopolizador ligado a la aparición de nuevas fuentes de energía, medios de transporte y tecnologías en comunidades relativamente estables, como eran las agrícolas del sur estadounidense, mayoritariamente estructuradas en pequeñas extensiones de tierra que eran propiedad de los granjeros que las trabajaban. El juez Harlan de la Corte Suprema de los Estados Unidos resumía así el contexto en el que floreció el People's Party en EEUU: «Aquellos que recuerdan las condiciones en que estaba el país en 1890 no habrán olvidado que en toda la gente, en general, había un hondo sentimiento de angustia. Se había liberado al país de la esclavitud humana, afortunadamente, como todos ahora opinan, pero existía una universal convicción de que el país estaba en verdadero peligro por otra clase de esclavitud que se quería imponer al pueblo americano: la que resultaría de la acumulación de capitales en manos de unos pocos individuos y sociedades que controlan totalmente los negocios del país, incluyendo la producción y venta de los productos esenciales para la vida. Tal peligro parecía ser entonces inminente y todos opinaban que era necesario enfrentarse a él con firmeza mediante reglamentaciones legales que protegiesen adecuadamente al pueblo contra la opresión y el mal»[\[1\]](#).

El auge industrial de EEUU, la llegada del ferrocarril y la utilización de nuevas fuentes de energía estaban cambiando un país muy extenso y de comunicaciones difíciles. El tren era una solución eficaz para trasladar con rapidez lo que se cultivaba en el sur, el granero de la nación, hacia un norte en crecimiento, al tiempo que facilitaba que los Estados industriales proveyeran a los sueños de muchos de sus productos. EEUU era un país floreciente, destinado a aprovechar las oportunidades que abrían los adelantos científicos y técnicos, con abundante mano de obra extranjera que continuaba arribando a las costas estadounidenses para cubrir las necesidades productivas y en vísperas de un gran desarrollo comercial e industrial. Pero

todas esas posibilidades abstractas vinieron de la mano de algo mucho más negativo, como fue la concentración de la propiedad en manos de muy pocas personas. Las dos principales áreas en expansión, la energía y el ferrocarril, fueron ejemplos cristalinos. La Standard Oil Co. de Ohio controlaba el noventa y cinco por ciento del petróleo gracias al dominio de las refinerías y de los oleoductos que las conectaban a la red ferroviaria, lo que le permitía imponer unilateralmente condiciones de tarifas y descuentos. Henry Demarest Lloyd escribió en 1894 que «un reducido número de hombres obtiene el poder de prohibir a todos menos a sí mismos abastecer al pueblo de fuego en casi todas las formas conocidas en la vida e industrias modernas, desde los fósforos hasta las locomotoras y la electricidad. Tienen bajo su dominio nuestro carbón duro y gran parte del blando, así como estufas, hornos y calentadores de vapor y de agua caliente; los reguladores de las calderas de vapor y estas mismas calderas; el gas y los mecheros y los accesorios, el gas natural y las tuberías, la iluminación eléctrica y todas las instalaciones. No se puede liberar uno pasando de la electricidad al gas, o del gas de la ciudad al de los campos. Si uno trueca el queroseno por las bujías sigue aún en igual situación»[2]. En cuanto a las líneas ferroviarias, «estaban bajo el poder de seis grupos de influencia, dominados a su vez por una veintena de hombres. Esos mismos hombres tenían el control de las facilidades bancarias... Las influencias dominantes en los trust forman una intrincada red de capitalistas importantes y menores, muchos aliados entre sí por lazos de mayor o menor importancia, pero todos apéndices o partes de los grupos mayores, que dependen en sí de los dos grandes mamuts, los grupos Rockefeller y Morgan. Conjuntamente, estos dos enormes grupos constituyen el corazón de la vida comercial y financiera de la nación»[3].

Tales procesos de concentración no comprendían sólo los sectores centrales. En la década 1890-1900 muchas industrias básicas se convirtieron en monopolios: acero, petróleo, refinerías de azúcar, carbón de antracita, explosivos, tabaco, envasado de carne, la fabricación de maquinaria agrícola o la maquinaria para el calzado. En la medida en que las principales industrias, la energía y la distribución de las mercancías quedaron en manos de pocos actores, el resto de participantes en el entorno productivo se vio obligado a aumentar su tamaño o a perder peso, cuando no a desaparecer. En aquellos años se acuñó la expresión *Robber Barons* (barones ladrones) para designar a los magnates que estaban enriqueciéndose gracias a que lograron

acaparar las riquezas del país.

Todos estos procesos tuvieron consecuencias graves en buena parte de la población, tanto en los grandes núcleos urbanos, que asimilaban la emigración del interior de los EEUU y de los extranjeros que acudían esperando un mundo mejor (lo cual permitía disponer de un ejército de reserva de mano de obra que presionaba a la baja los salarios y las condiciones laborales) como en las ciudades medianas y en los entornos rurales, donde los nuevos monopolios imponían condiciones lesivas a los productores. El transporte por ferrocarril y la energía eran las vías de acceso para controlar el mercado y su concentración suponía que las granjas y los pequeños negocios pasaban a estar en manos de aquellos operadores que eran los dominantes en el circuito que unía producción y consumo. Hubo pequeños propietarios que se arruinaron, otros funcionaban en condiciones de subsistencia y muchos de ellos pasaban a depender de los bancos que les prestaban los recursos hasta la próxima cosecha.

En ese contexto se consolidó el People's Party. Surgido como una mera alianza de asociaciones de agricultores, su peso en muchas áreas geográficas de los EEUU fue sustancial. Nacido a partir de formaciones puramente locales, rápidamente se hizo explícito que si querían intervenir de manera efectiva en la política y en la economía nacionales precisaban de estructuras de mayor alcance. Organizaciones como la Southern Farmers' Alliance, la Agricultural Wheel o Knights of Labor fueron artífices de la apertura del camino para un nuevo partido de dimensión nacional, que dieron en llamar populista. Sus enemigos eran los grandes capitalistas, aquellos que estaban absorbiendo la esencia americana, así como los partidos tradicionales, los demócratas y republicanos, que entendían como meros instrumentos de esas élites acaparadoras. Entre las medidas que el partido promovió en las elecciones de 1892, donde recibió más de un millón de votos en apenas cuatro Estados, figuraban la abolición de los bancos nacionales, la propiedad pública de los ferrocarriles y las líneas de telégrafo y de teléfono, así como un impuesto progresivo sobre la renta y una jornada laboral de ocho horas. La política de alianzas del partido con candidatos de otras formaciones le permitió obtener algunos éxitos electorales en las poblaciones de su ámbito de acción.

Los populistas fueron un movimiento peculiar, conservador en lo cultural y muy progresista en lo económico. Eran el producto de una época que los

ataba a concepciones del mundo ligadas a la religión y que conservaba algo de ese desprecio racista reinante en el sur estadounidense, pero que también les llevaba a identificar formas concretas del gran capital como el enemigo más peligroso de la sociedad. Esa posición contradictoria les permitía percibir nítidamente la ambivalencia del progreso y señalar cómo los avances científicos y técnicos, encarnados en el telégrafo, el ferrocarril, las fábricas y las nuevas industrias se habían convertido en los instrumentos de una élite no trabajadora que obtenía cuotas mucho mayores de poder y recursos. No negaban sus ventajas, pero insistían en que tales avances debían ser de propiedad estatal y gestionados en beneficio de todos los estadounidenses. Desde su perspectiva, los ferrocarriles y su capacidad de generar grandes ganancias a expensas de los intereses del ciudadano común no podían ser puestos en las manos de unas pocas personas y corporaciones que sólo buscaban fines privados. Y el problema era que tales instrumentos se habían convertido, gracias a la aquiescencia estatal, en medios de redistribución de los bienes desde las clases populares y medias hacia los más ricos: «Las grandes corporaciones no son la consecuencia natural de nuevas condiciones económicas y de una civilización compleja. Es más probable que sean el producto artificial de las actividades desenfrenadas de hombres ambiciosos con un poder adquisitivo sumamente desarrollado»^[4].

El enfrentamiento del People's Party con las élites era producto de ese elemento traumático que provocó tantas resistencias. No se trataba sólo de que estuviera en marcha una transformación estructural de la propiedad, sino de que había cobrado cuerpo la sensación de que todo aquello que estaba ocurriendo iba contra las leyes en las que los estadounidenses confiaban y que los mismos *robber barons* decían defender. Los populistas creían en el mercado y sus virtudes, en el fruto del esfuerzo y en la pertinencia de las recompensas materiales al trabajo personal, y eran esas mismas convicciones las que los millonarios estaban utilizando para pauperizar su país. En la manera de resolver este problema reside uno de los principales puntos de interés del populismo estadounidense, ya que se desarrolla dentro del mismo espacio que critica, dando lugar a una oposición que utiliza los resortes que ya posee un sistema en un momento histórico determinado. Mientras que otras opciones ideológicas tenían como objetivo construir un tipo de sociedad diferente, la del People's Party aspiraba a consolidar el orden constitucional existente. No había dos modelos de Estado y de reparto de los bienes que se

contrapusieran, como ocurría entre capitalismo y comunismo, sino que se enfrentaban a la ideología dominante desde las bases teóricas explícitas que le habían dado forma. Por más que los capitalistas revolucionarios señalasen las bondades del mercado libre, los populistas sabían que lo que estaban viviendo no podía denominarse así y que era preciso reconstruirlo a partir de la creación de un nuevo escenario en el que las diferencias de poder no fuesen tan grandes. El obstáculo no era el marco jurídico en el que se desenvolvían ni tampoco la estructura social prevista en sus normas, sino que su expresión concreta en un momento dado había pervertido por completo todo lo que la Constitución de los EEUU contenía. Por eso la acción populista tuvo una doble vertiente, desde el lado de la lucha contra el poder para construir un equilibrio justo y desde la fijación de medidas, incitadas por un nuevo actor, para que la distribución de la riqueza fuese acorde con las necesidades del país y las mismas normas divinas.

[1] Standard Oil Co., citado por E. V. Rostow en *Monopolio y Competencia*, Madrid, Tecnos, 1974, p. 149.

[2] Citado en Harold Underwood Faulkner, *Historia económica de los EE UU*, Buenos Aires, Nova, 1956, p. 492.

[3] *Ibid.*, p. 503.

[4] Arthur M. Schlesinger Jr., *La era de Roosevelt*, México, Uteha, 1968, vol. IV, p. 18.

4.3. La moral y la economía

Ese aspecto de resistencia frente a un poder ilegítimo es esencial para entender a los populistas y de ahí nace su principal característica, la lucha del ciudadano contra unas élites perversas que es desarrollada mediante la fusión de elementos culturales, políticos y económicos. Lo peculiar es que, a pesar de su origen, utilizaron los argumentos culturales conservadores como punto de legitimación de profundos cambios materiales. Ya que «los millonarios, las corporaciones, los trust y su insaciable avaricia habían expoliado la riqueza de América y habían convertido a mucha gente trabajadora y a los granjeros en esclavos mediante la deuda»[\[1\]](#), la preocupación central del movimiento era combatir esa disparidad de poder que permitía y fomentaba los abusos contra el hombre común. No estaban contra la riqueza, pero aquello era excesivo y moralmente injusto, y por eso en sus discursos aparecían con frecuencia términos como robo, injusticia, esclavización, corrupción, saqueo, maldad y virtud[\[2\]](#).

Eran gente que provenía de un entorno que obligaba al esfuerzo manual y que había obtenido todo lo que tenía mediante el trabajo físico continuado. Extraer recursos de la naturaleza para asegurar su subsistencia y luchar contra las adversidades había forjado su carácter y había configurado una mentalidad que su fe ratificaba, ya que Dios veía con buenos ojos a las personas sacrificadas que peleaban por su sustento diario. La producción tangible era importante porque hacía explícito que lo que conseguían estaba generado con el esfuerzo; aquellos objetos no eran sólo necesarios para la subsistencia, sino que constituían un vínculo con la justicia y eran la prueba de que se habían ganado lo que tenían y, en consecuencia, estaban en paz con Dios. Por eso el capitalismo intangible, el inmaterial y especulativo, les resultaba moralmente repugnante, una demostración de cómo las clases ociosas iban al mismo tiempo contra las normas humanas y contra las celestiales.

Sus sociedades se estructuraban alrededor del autoempleo, lo que les otorgaba una noción precisa de la relación directa entre el mérito y la justicia. En su mente pervivía el convencimiento de que cada cual obtenía aquello que

había generado. Si lo insertaba en una red de intercambio, y eso era el mercado, lo lógico era que cada productor recibiese el valor íntegro de su trabajo. Y si en ese proceso alguien poseía la capacidad o la habilidad de conseguir más bienes, nada había que objetar; se lo había ganado de manera justa. Cuando esa visión del mundo se enfrentó a la realidad de su tiempo, en la que los granjeros estaban perdiendo sus posesiones, muchos pequeños propietarios debían a los bancos más de lo que iban a producir al año siguiente y los precios estaban en descenso, no lo achacaron al simple efecto de las leyes de la oferta y de la demanda; el valor que atribuían a su trabajo les permitió comprender que «si la gente estaba hambrienta mientras los precios del maíz, el algodón o el trigo estaban por debajo del coste de producción no era por causa de la sobreproducción o del bajo consumo»^[3], sino el resultado de la acción constante e interesada de un poder mayor que estaba aprovechando su control de la energía y del ferrocarril para reducir al mínimo la capacidad de negociación de los pequeños productores y con ello los precios que se les pagaban; lo que se desplegaba ante sus ojos no era el mecanicismo de la economía, sino la acción concreta e injusta de hombres ricos que estaban corrompiendo un buen sistema.

La fascinación de la sociedad estadounidense por el granjero independiente, por el pequeño propietario del ámbito rural, había estado presente desde Jefferson, en general como nostalgia de aquello que se estaba dejando atrás. Tal figura representaba en el imaginario colectivo la honestidad, el espíritu igualitario y la autosuficiencia, ese tipo de persona franca y esforzada que carecía de grandes ambiciones más allá de una vida buena y sencilla. Como todo mito, la realidad venía a desmentirlo con frecuencia, y cuanto más lo hacía, cuantas más posibilidades para el beneficio especulativo se abrían y más las aprovechaban los granjeros, mayor era la idealización de los viejos tiempos; «cuanto más rápidamente se trasladaban los hijos de los agricultores a las ciudades, más nostálgica se volvía toda la cultura sobre su pasado rural»^[4].

Los populistas retomaron esta tradición íntegramente, pero para oponerla al capitalismo de los poderosos. Ellos estaban sosteniendo la nación, no sólo por lo que producían, sino por los valores que representaban: eran trabajadores manuales que habían ganado todo lo que poseían con denuedo y sacrificio, eran los herederos de Thomas Jefferson y tenían derecho a recibir el valor íntegro de su trabajo. Esas razones les autorizaban a colocar en lo más bajo

de la escala social a los banqueros, especuladores, financieros y prestamistas. No producían ningún bien. Operaban en el simple valor de cambio, sin aportar nada a la sociedad. ¿Qué derecho tenían, pues, a arruinarla? El capitalista era completamente innecesario, un estorbo, un obstáculo para la economía y para la sociedad[5].

Dado el marco ideológico en el que se movían los populistas, apenas se dieron pasos para vincular sus convicciones a propuestas socialistas o comunistas, y menos aún a las anarquistas, que eran percibidas como amenazas profundas al orden con que toda comunidad debía contar. No querían cambiar la ley ni transformar el Estado: deseaban que se cumpliera todo aquello para lo que había sido fundado. Esa visión les llevó a fijar en el poder el centro de su acción: si las ideas tan inspiradoras que dieron lugar a la Constitución americana estaban convirtiéndose en su contrario era a causa de una élite que había tomado para sí las instituciones y las dirigía en su exclusivo beneficio, y no por la inadecuación de las leyes. Para devolver a estas su realidad y su eficacia había que asegurar un orden económico justo, pero también convertir la democracia en efectiva.

Para conseguir tales objetivos se construyó un frente amplio que abarcó instituciones políticas, con la creación de varias asociaciones y partidos que acabaron confluyendo en el People's Party, nuevas propuestas económicas destinadas a acabar con los monopolios, varias alternativas financieras, cuyos partidarios formaron el Greenback Party (la mayoría de los cuales se acabarían integrando en los populistas), y un sentido de la moralidad que excedía la simple vida privada y que ligaba las raíces tradicionales a una ética de la gestión de los asuntos públicos. Ese giro otorgó un papel central al Estado porque constituía el punto nodal desde el que las aspiraciones populistas podían cumplirse. La fuerza emanada de las instituciones, su capacidad coercitiva y su legitimación como instrumento común de legalidad y justicia eran el horizonte al que los populistas aspiraban. Al poder excesivo había que enfrentarse de un modo eficaz para frenarlo, y esa posibilidad estaba en manos de Washington.

La acción local, allí donde eran más fuertes y donde parecía prioritario actuar, fue en sus inicios el punto de referencia: las alcaldías y los parlamentos de los Estados sureños de EEUU se poblaron de candidatos populistas. Pero tras haber tomado conciencia de que era preciso un cambio generalizado que no dejase a estos pequeños poderes indefensos ante la

alianza del dinero y la política nacional, decidieron elevar sus miras y tratar de influir en el gobierno y en las instituciones del país entero. Una de sus más importantes pretensiones era la ruptura de los monopolios, así como el establecimiento de normas que prohibiesen que su posición preeminente fuese aprovechada para determinar la vida económica de EEUU y sus habitantes. El tamaño era un gran problema: si los capitalistas revolucionarios habían optado por concentrarse era porque sabían que una vez sus empresas habían adquirido el tamaño suficiente no había contrapoder posible. El Estado debía establecer, a través de las normas y de su cumplimiento administrativo y jurídico, un terreno de juego en el que la justicia imperase y en el que las diferencias de poder no se tradujeran de modo automático en situaciones de abuso. Leyes como la Sherman Act nacieron para dar respuesta a esta aspiración común. Al mismo tiempo, y gracias a la influencia de los economistas que inspiraron a los *greenbackers*, como Edward Kellogg, insistían en el control público y democrático sobre el sistema monetario[6].

En segunda instancia, el People's Party introdujo un cambio sustancial en la mentalidad de buena parte del país. No sólo porque no había rastro de esa concepción liberal según la cual el poder central constituye una fuente de amenazas, sino porque señalaba que podía utilizarse de otra manera, y que esa era su esencia: las instituciones públicas habían sido creadas para defender a la mayoría de los ciudadanos y esa debía continuar siendo su función. Si no ocurría así era porque políticos y jueces corruptos a sueldo de los magnates, las finanzas y las élites improductivas habían usurpado sus funciones.

[1] Bruce Palmer, *Man over money. The southern populist critique of American Capitalism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980, p. 9.

[2] *Ibid.*, p. 14.

[3] Adrian Kuzminski, *Fixing the system. A history of populism, ancient and modern*, Nueva York, Londres, Bloomsbury, 2008, p. 132.

[4] Richard Hofstadter, «The Myth of the Happy Yeoman», *American Heritage* 7, 3 (abril de 1956).

[5] A. Kuzminski, *Fixing the system*, cit., p. 11.

[6] A. Kuzminski, *Fixing the system*, cit., p. 132.

4.4. La campaña

1896 fue un año clave para el movimiento populista porque concurrió a las elecciones presidenciales con un candidato en común con el partido demócrata, William Jennings Bryan. Aquel fue su punto álgido y también el comienzo de su final. Jennings Bryan era una persona religiosa, un tipo vehemente, orador con gran poder de convicción, que hubo de competir con los republicanos en condiciones muy difíciles. Entre sus propuestas estaba como punto central la erradicación de la corrupción y el ataque a las grandes corporaciones, pero también la jornada laboral de ocho horas, la propiedad pública de ferrocarriles, teléfonos y telégrafo, la aprobación de un impuesto gradual sobre la renta, la elección directa del Senado y la creación de bancos de crédito rural, que eran apuestas que generaban lógicas simpatías entre los sectores más desfavorecidos, obreros y pequeños comerciantes, además de entre los agricultores.

Jennings Bryan también significaba la irrupción en la política de un tipo de candidato totalmente distinto, alejado de la complacencia con que los dos grandes partidos habían manejado las instituciones hasta la fecha. Su llegada al Gobierno implicaría cambios sustanciales y eso activó miedos profundos en el *establishment*. La campaña electoral que los republicanos pusieron en marcha para impedir el triunfo populista nos resulta conocida, porque los argumentos que se emplearon, como la lucha entre el orden y el caos, entre el futuro y el pasado o entre el avance estable y sensato y el deterioro social radical han sido dominantes en nuestro tiempo.

El candidato populista no partía como el favorito para la nominación demócrata, pero concurrieron una serie de factores que aseguraron su elección. El malestar social que se había creado tras el pánico de 1893, sus excelentes facultades como orador, su capacidad de movilizar a los granjeros y a los trabajadores que estaban sufriendo por la depresión económica y sus ataques a los magnates y a los líderes políticos de las grandes ciudades eran bazas que habían jugado a su favor. Pero lo que decidió el curso de los acontecimientos fue su apuesta por el bimetalismo, un sistema en el que la moneda estadounidense estaría respaldada tanto por el oro como por la plata

y que beneficiaría a las clases medias y a las bajas, en lugar del patrón oro, que era especialmente defendido por los conservadores. La adopción de un modelo u otro había sido discutida desde años atrás en EEUU, convirtiéndose en una cuestión transversal, ya que partidarios de todas las formaciones políticas se habían posicionado a favor y en contra. Bryan recibió el espaldarazo definitivo en la Convención demócrata, donde pronunció uno de los más famosos discursos de la historia política estadounidense, y en el que afirmó que «no crucificaría a la humanidad en una cruz de oro». Su intervención fue fervorosamente saludada y una atmósfera de entusiasmo y euforia arropó desde entonces a los demócratas, que percibían que el poder de convicción de su nuevo líder podía llevar al partido al triunfo.

Las elecciones de 1896 enfrentaron al joven Jennings Bryan (36 años) con el republicano William McKinley, senador por Ohio, exmilitar en la guerra civil estadounidense, abogado y reconocido defensor de los aranceles, de los que afirmaba que eran la mejor arma para la prosperidad del país. Tras la elección de Bryan como contrincante, el jefe de campaña de los republicanos, Mark Hanna, un rico hombre de negocios muy cercano a McKinley, entendió la gravedad del momento y supo transmitirla con convencimiento. Hanna había sido compañero de estudios de John D. Rockefeller, estaba muy conectado con los ámbitos financieros e industriales y comprendió que en esta situación crítica la participación de ese sector resultaría decisiva. Los reunió para explicarles que si todo seguía por el mismo camino Jennings Bryan sería presidente y su Gobierno tendría consecuencias graves para todos ellos. Les señaló que contaba con un plan para impedirlo, pero que requería una inversión elevada y les instó a aportar las cantidades precisas para que la campaña republicana pudiera llevarse a efecto en los términos proyectados. En un primer instante las peticiones de Hanna no encontraron demasiado eco, ya que algunos financieros no creían seriamente en la posibilidad de que Bryan fuese elegido. Mediado el año, la situación había cambiado y el dinero fluyó hacia la candidatura republicana, empezando por la Standard Oil de Rockefeller, que aportó 250.000 dólares, además del compromiso de algunas de sus compañías de apoyar la campaña mediante descuentos, como ocurrió con el ferrocarril.

Bryan contó con muchos menos recursos (no llegó ni a la séptima parte) y trató de jugar su mejor baza: el contacto directo con la gente y la persuasión de su oratoria. Organizó una gran gira en tren por el país que le garantizase

que sus discursos serían escuchados en vivo, lo cual conllevaba una menor dependencia de los diarios a la hora de transmitir su mensaje. La expectación ante la visita de un candidato que levantaba tantas pasiones, así como el fervor de sus seguidores y su habilidad discursiva garantizaban la atención de poblaciones y medios de comunicación. En una gira que recorrió 18.000 millas en cien días, pronunció quinientos discursos en las más diferentes localidades, aunque concentrase su esfuerzo en el Medio Oeste, que ambos partidos sabían decisivo para la suerte presidencial.

Mientras tanto, su opositor no salió de su casa en Canton, Ohio. McKinley organizó la campaña a la inversa: durante ese centenar de días trasladó en tren a más de medio millón de seguidores y representantes de grupos locales y ciudades hasta el porche de su domicilio y allí se dirigió a ellos. Contaba con un equipo bien armado que preparaba los mensajes dependiendo de las necesidades y aspiraciones de cada colectivo y sus discursos eran telegrafados a todo el país para que aparecieran en los diarios del día siguiente. Junto con la publicidad de campaña, los folletos y los discursos impresos, con los que Hanna se aseguró de que sus mensajes tuvieran repercusión continua, envió a numerosos oradores republicanos, entre los que se contaba Theodore Roosevelt, a hacer campaña por el país.

Las ideas fundamentales que los propagandistas debían transmitir se enmarcaban en la retórica de la reacción. Construyeron un discurso en el que se ponía el énfasis en la necesidad de un progreso tranquilo frente al radicalismo desastroso, ofrecían orden contra el caos y señalaban la urgencia de seguir avanzando frente a quienes representaban el pasado, esos recalcitrantes humanos atávicos que querían tomar la sociedad al asalto. El temor a que un gobernante ideológicamente desatado llevase el país a una situación mucho peor generó grandes temores en la sociedad estadounidense, hasta el punto de que algunos propietarios de fábricas anunciaron el día antes de las elecciones que su empresa cerraría si ganaba Bryan. La esperanza del cambio que este difundía resultaba contrarrestada con el miedo: esos fueron los dos sentimientos que protagonizaron la confrontación electoral.

La campaña fue dialécticamente feroz por ambas partes, pero los republicanos tenían más medios para comunicar a sus conciudadanos que las huestes de Bryan eran en realidad adalides del anarquismo y del socialismo, que a pesar de que muchos populistas eran personas sinceras y bienintencionadas, sus cuadros dirigentes estaban conformados por líderes

fracasados e incompetentes, surgidos «de la escoria de la tierra»[\[1\]](#); que sus propuestas eran anacrónicas porque pretendían regresar al paternalismo del Estado; que no habían entendido que la clave de la prosperidad estaba en fomentar que los negocios, especialmente los más grandes, crecieran y se desarrollasen porque su bienestar se trasladaría después al resto de la sociedad; que sus ideas constituían una seria amenaza para la economía nacional, que estaría cerca de la quiebra si Bryan triunfaba; y que no se podía dejar EEUU en manos de radicales peligrosos. La expresión de estas ideas no era en absoluto tranquila, sino que alcanzaba frecuentes cotas de hostilidad. Un prominente líder republicano de Kansas, también editor de un diario, describía así a los asistentes a una convención populista: «La agrupación de gente más vergonzante que jamás haya existido en América. Anarquistas, aulladores, vagabundos, salteadores de caminos, ladrones, locos, hombres de ojos desorbitados, hombres con el pelo descuidado y enmarañado, hombres con largas barbas que se enmarañaban con la inmundicia que salía de sus narices, hombres llenos de piojos, con los pies malolientes y cuyo olor, que emanaba de sus sobacos, derribaba a los toros, mujeres desvergonzadas, mujeres con barba, mujeres cuyas voces sonaban como un gong, mujeres con cuellos escuálidos y uñas sucias, mujeres descalzas, mujeres con dientes saltones, prostitutas y mujeres poseídas por demonios se reunieron allí y se apestaron entre ellos durante toda una semana, dando discursos, discutiendo, peleándose como gatos en un patio trasero. Mujeres de pelo canoso, escuálidas y de piel amarilla aparecieron en el escenario vestidas con disfraces horribles o indecentes y ofrecieron discursos que habrían asqueado a los más endurecidos... La reunión fue tan extravagante que cada delegado imaginó que los otros se estaban burlando de él. Para rematarlo, los delegados fueron tratados como cerdos, que es lo que eran»[\[2\]](#).

Los republicanos difundieron una imagen de sus adversarios como si hubieran salido de lo más profundo del bosque para tomar la civilización, y la continuación evidente de esta caracterización se encarna hoy en las hordas de *hillbillies* que han apoyado a Trump[\[3\]](#), la representación de la América profunda que se niega a ponerse a la altura de los tiempos. Esa descripción tomaba cuerpo en diferentes planos: desde luego en el retrato físico que les atribuían, pero también en sus ideas económicas, como el uso de la plata, en su deseo de destrucción de lo más avanzado de la economía, como eran los grandes negocios monopolistas, en su énfasis en que el Estado debía crear

prosperidad desde abajo (es decir, subsidiar a los pobres para que siguieran siéndolo), en pretender que los perezosos no se responsabilizasen de su situación; y, cómo no, en su visión de la sociedad: la nueva América sería religiosa, rural y paleta. Bryan era un fanático religioso, sus políticas iban a destruir el sistema económico y las instituciones se verían tomadas por cadavéricos seres salidos de las brumas de la historia.

McKinley acabó ganando gracias al apoyo que cosechó en el norte y en el oeste, aunque Bryan barrierá en el sur. La falta de conexión del candidato demócrata con los trabajadores industriales, a los que no supo ganarse, su afiliación religiosa y un punto racista y la radicalización del enfrentamiento entre lo rural y lo urbano fueron elementos, siempre enfatizados por los republicanos, que coadyuvaron en la derrota.

[1] O. Gene Clanton, *Populism. The Humane Preference in America, 1890-1900*, Boston, Twayne Publishers, 1991, pp. 156 y ss.

[2] O. Gene Clanton, *A Common Humanity: Kansas Populism and the Battle for Justice and Equality, 1854-1903*, Manhattan, KS, Sunflower University Press, 2004, pp. 189-190.

[3] J. D. Vance, *Hillbilly, una elegía rural*, Barcelona, Deusto, 2017.

4.5. Lo interesante del populismo

El populismo surge como reacción y, en consecuencia, canaliza sentimientos, aspiraciones y malestares que admiten distintas lecturas ideológicas. Puede ser aprovechado por fuerzas conservadoras, entendidas como las que refuerzan la posición en la estructura social de las clases favorecidas o por fuerzas progresistas, aquellas que tratan de generar un cambio en el reparto de posiciones que redistribuya el poder y los recursos de modos más favorables a la mayor parte de la población. Los populismos han emergido históricamente en momentos de derrota y declive social en los que las transformaciones tecnológicas y estructurales provocaban el deterioro en los niveles de ingresos y en las posibilidades vitales de buena parte de la sociedad. Es inevitable que en esos movimientos aparezcan rasgos románticos a través de los cuales el pasado es ensalzado y reivindicado, cuando no convertido en el fundamento legitimador. Sin embargo, y ese es el ejemplo que brinda el populismo estadounidense del siglo XIX, también puede operar en sentido contrario y subordinar los elementos culturales a la transformación material del presente. A pesar de que el sentido común extendido hoy señale negativamente los vínculos del movimiento populista con el pasado, no existe una traducción mecánica de los tiempos pretéritos en nostalgia, persecución de las esencias e idealización de otras épocas; al igual que la mitificación del futuro y el deseo de estar a la altura de los tiempos puede convertirse en un instrumento reaccionario, la reivindicación del pasado puede ser empleada como arma de progreso.

Los populismos contemporáneos de derecha e izquierda han obviado esta dimensión y han preferido regresar a aspectos culturales y políticos de otros tiempos, dejando sin impugnar la reacción conservadora que deriva el poder y los recursos hacia quienes ya los poseen. Sin embargo, sus expresiones también han contenido elementos novedosos, puesto que cada época canaliza y da sentido a las tensiones de un modo diferente.

En un instante en que los conservadores estaban caminando hacia el futuro a través de transformaciones incesantes que la recesión de 2008 aceleró, las fuerzas de resistencia, aquellas que recogieron colectivos de los llamados

perdedores de la globalización, miraron hacia el pasado como inspiración. Era lógico en las poblaciones de mayor edad, ya que directa o indirectamente conocieron tiempos de mayor bienestar y estabilidad, pero no así para las generaciones más jóvenes, que carecían de ese recuerdo; resultaba comprensible que algunas sociedades occidentales pretendieran el regreso al Estado nación, a las fronteras fuertes y a los trabajos estables, ideas que recogieron rápidamente los populismos de derecha, pero lo era mucho menos que la nostalgia impregnase, aunque fuese por otros caminos, a los de izquierda.

El caso español fue significativo en este sentido porque fue lanzado por jóvenes *outsiders*, tanto en la política como en el entorno universitario del que procedían, y porque supuso la consolidación electoral de movimientos activistas ligados al 15M. Las manifestaciones de mayo de 2011 fueron una enorme explosión anímica y política que hizo pensar, en el contexto de una España en profunda crisis económica y lastrada por la corrupción, que existía una nueva generación que impulsaría opciones diferentes. Sin embargo, tras un periodo de agitación callejera, no ocurrió nada: el partido de la derecha ganó las elecciones y todo pareció seguir igual. No fue hasta dos años después que una iniciativa que partía de la izquierda extraparlamentaria obtuvo un modesto éxito en las elecciones europeas que sirvió de revulsivo para recoger la efervescencia del 15M.

En aquellos instantes confluyeron varios elementos favorables al auge populista: la crisis estaba siendo pagada por los ciudadanos, sobre quienes recayó el incremento de la deuda pública y de sus tipos de interés consecuencia del rescate bancario, y que fueron quienes cargaron con los ajustes que la recesión trajo consigo, desde el aumento del paro hasta el descenso real de los salarios; existía un descontento generalizado respecto del funcionamiento democrático de las instituciones y notable indignación por las prácticas corruptas de un número significativo de gobernantes; y la sensación de impotencia crecía, dada la inseguridad laboral, la reducción de opciones vitales y la dificultad para reproducir o mejorar la posición social. Ese escenario es en el que Podemos surgió y al que se esperaba que diera respuesta.

Pero cuando el nuevo partido logró atraer la atención social y convertirse en la esperanza, no ya de la izquierda nacional sino de la europea, hizo algo sorprendente, como fue rebuscar en su memoria para conectar con los deseos

de la época. En un instante de cambio social y reestructuración económica optaron por dos clases de oposición ligadas a elementos culturales. La primera sólo resultaba comprensible desde el punto de vista de su tradición política, la de la izquierda española, ya que sus propuestas de proceso constituyente, fin del régimen del 78 y memoria histórica, así como la impugnación de los partidos existentes, no eran más que un ajuste de cuentas con su pasado, un intento de solucionar en la segunda década del siglo XXI lo que no pudieron conseguir cuarenta años antes. El segundo frente abierto no fue otra cosa que la profundización en las estrategias culturales que había utilizado el centro izquierda occidental: situaron en el centro de su diana al hombre blanco heterosexual de mediana edad, racista, machista y de clase media, que oprimía a las minorías y cuya mentalidad no era más que la continuación ideológica del franquismo. La izquierda realizó una operación de gentrificación, recuperando autores del posmodernismo a través de los cuales vendieron las viejas ideas como si fueran nuevas, lo que le sirvió para ser apoyada, entre otras, por las clases urbanas, tanto las jóvenes como las medias.

El populismo de derechas eligió otro tipo de regreso al pasado. Su vuelta al Estado nación, que favoreció el éxito electoral de Trump y del Brexit, satisfacía los deseos de protección de un amplio sector de las clases perdedoras e incluía una defensa contra los excesos del globalismo y del libre comercio, como las deslocalizaciones, y contra la inmigración, que era hija del mismo mal. Se comprometía a una mayor protección de los ciudadanos nacionales a partir del repliegue de las regiones y países ricos sobre sí mismos. En la medida en que el mundo global empieza a romperse, los mejor situados buscan una salida en solitario, lo cual no es más que el correlato territorial de esa secesión de las élites de la que avisó Christopher Lasch: ha ocurrido entre estratos sociales, con los más favorecidos creando una nueva clase que ya no estaba vinculada con sus países de origen; entre Estados, con los más poderosos huyendo de las alianzas que les obligaban a repartir el poder, como los EEUU de Trump o el Reino Unido; y con movimientos como Lega Nord, AfD o los secesionistas catalanes que entendían que en el nuevo horizonte político marchar solos sería mucho más rentable. De manera que en lugar de promover opciones políticas que persiguiesen un nuevo y mejor reparto de recursos entre clases, muchos perjudicados por la globalización dieron su confianza a movimientos que les prometían recuperar

una posición perdida mediante la ruptura de los lazos que les unían con territorios y sectores sociales que suponían una rémora.

Frente a estas lecturas involucionistas, una porque no acierta a identificar los mecanismos que el conservadurismo utiliza para dar pasos de gigante y por tanto no puede combatirlo, y la otra porque pelea contra él desde una perspectiva que sólo favorece a las élites locales, el populismo de finales del siglo XIX sirve para recordarnos que este recurso al pasado puede utilizarse de maneras progresistas, en particular porque reconoció resortes de resistencia frente al poder que resultan particularmente útiles hoy. Y también, y es necesario insistir en ello, desde el punto de vista estratégico, pues el People's Party puso en marcha un movimiento en el que las cuestiones culturales y los elementos nostálgicos eran, en lugar del punto de destino, un pivote desde el que combatir un presente desestructurado económicamente y desde el que favorecer un mejor futuro.

Los sentimientos, inseguridades y ansiedades que hicieron acto de presencia en aquel instante, ligados tanto a la sensación de estrechamiento del mundo y a la reducción de posibilidades vitales como a la percepción de un cambio hacia un sistema mucho más desfavorable, son muy similares a los que hoy afronta Occidente. En ese contexto la respuesta que ofreció el populismo estadounidense fue una crítica materialista que confrontaba con la alianza entre monopolistas y financieros que se estaba apropiando de un valor que ninguno de ellos creaba. Los rebeldes no eran los asalariados en el nivel de pura subsistencia de las fábricas de Manchester en el siglo XIX, sino pequeños productores que trabajaban para sí mismos y que se identificaban con los frutos de su trabajo, por lo que no estaban dispuestos a renunciar a ellos. Por eso su oposición no era contra los dueños de los medios de producción, puesto que una mayoría de populistas trabajaba por su cuenta, sino contra las redes de distribución, el mundo de las finanzas y los oligopolios de la energía que venían a explotar a los trabajadores. Y desde esta perspectiva la acumulación por desposesión de aquella época tiene elementos en común con la nuestra, tanto porque son los circuitos de distribución los que generan los cuellos de botella desde los que se dominan los sectores como porque se desarrolla en un escenario en el que las diferencias entre clases no son radicales. El nivel de recursos acumulados durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, así como las prestaciones del Estado de bienestar, generaron sociedades relativamente

estables y en las que las diferencias materiales, siendo sustanciales, no impedían que buena parte de las poblaciones occidentales excediera el nivel de subsistencia. Las reformas de las oleadas conservadoras no operaban en entornos notablemente deteriorados, donde la reacumulación carecería de sentido, sino en contextos en los que existía reparto de recursos. Ese punto de partida determina el tipo de reacción, así como las pasiones y las propuestas que se ponen en juego.

El populismo estadounidense fue muy interesante precisamente porque puso el acento en el lugar adecuado. Su aspiración primera era quebrar el poder de los monopolios, convencido de que esa posición completamente hegemónica era el instrumento decisivo para realizar transformaciones sociales de gran calado. Su deseo era asegurarse mediante leyes fuertes de que ese lugar privilegiado no fuese utilizado en beneficio exclusivo de los monopolistas y oligopolistas, pero como eso era especialmente difícil por la misma naturaleza del poder, veía preciso impulsar monopolios que fuesen de titularidad pública. En otras palabras, trataron de establecer toda clase de frenos para impedir que las enormes diferencias de poder transformasen sus sociedades en democráticamente inoperantes y económicamente sometidas.

El movimiento tuvo cierto éxito a la hora de conseguir que se dictasen nuevas normas en este campo, aunque su ejecución real fuese muy diferente de la esperada. En todo caso, el populismo tuvo una enorme influencia en gobiernos posteriores, como el de Franklin Delano Roosevelt, que cambió su país aplicando muchas de las ideas que el Partido del Pueblo planteó. La relación que se estableció con esos grandes poderes económicos, que fue la dominante en las décadas centrales del siglo XX, partía de la idea de que no importaba que existieran sectores cautivos siempre y cuando el poder político tuviera opción de controlar por arriba la actividad de esos gigantes, regulando su actuación y supeditándola al interés nacional. Muchas de esas grandes empresas fueron toleradas o promovidas por los Estados para favorecer el desarrollo de sus países, pero la mayoría de ellas eran de titularidad pública. Tras los años de Reagan y Thatcher los procesos de privatización y financiarización llevaron a que los vínculos regulatorios entre los Estados y las grandes firmas se debilitasen. A los gobernantes no les importó en exceso: procuraron interferir lo mínimo en los planes de concentración y en las adquisiciones y fusiones, así como en el ámbito financiero, ya que consideraban el tamaño y la gran capitalización indispensables para competir

en un entorno global. A cambio aguardaban una contrapartida económica que asegurase el orden interno de los Estados y el bienestar de sus habitantes. Lo explicaba bien Felipe González cuando señalaba que «nuestra gran política de redistribución no era por vía de los salarios, porque nos salíamos de la competencia, sino por el acceso de la gente a la educación y a la sanidad, de forma que todo el dinero que les quedase, por poquito que fuera, era dinero para gastar»[\[1\]](#). La política renunció a intervenir en la economía, esperando que los recursos que consiguiera mediante impuestos suministrasen bienes públicos a sus ciudadanos. Había un nuevo pacto: las instituciones dejaban cada vez más áreas en las manos del mercado, pero mantenían los niveles de renta de sus nacionales a través de las prestaciones estatales. Como ya había demostrado la experiencia con los monopolios, esa era una mala idea, porque atribuía cada vez más poder a un lado mientras lo restaba del otro, lo que no podía tener otra consecuencia que la ampliación de la brecha. El crecimiento del poder de las grandes firmas permitió eludir la última defensa, esa contrapartida que obtenían los Estados, puesto que precisamente por sus dimensiones globales las grandes empresas aprovecharon la competencia fiscal entre territorios y las lagunas jurídicas a nivel nacional, regional y global para conseguir una presión fiscal mucho menor.

La experiencia del populismo progresista señaló algo evidente, ya que cuando fuerzas muy desiguales se enfrentan sólo puede haber un ganador; por así decir, se deja el cumplimiento de la ley al arbitrio de la parte más poderosa. Pero también subrayó otro aspecto esencial, el de cómo es posible poner en marcha una resistencia sólida a partir de la exigencia del cumplimiento de las leyes vigentes. La fuerza del populismo residía en que era profundamente estadounidense, esto es, en que tomaba por bandera su Constitución, a los padres fundadores y la misma defensa de las libertades, y tachaba de antisistema a esos conglomerados empresariales que destruían todo aquello por lo que su nación había peleado. Había, por expresarlo en términos aristotélicos, una confrontación en marcha entre los pocos (la oligarquía económico-financiera) y los muchos (el resto de los ciudadanos) que sólo podía revertirse si las instituciones democráticas recobraban su sentido, aquello para lo que fueron creadas. En la medida en que la revolución estaba teniendo lugar, mas espoleada desde arriba, los populistas optaron por la visión conservadora y de defensa del pasado, pero como elemento de oposición y confrontación para hacer su país más justo[\[2\]](#).

No es extraño que el populismo haya regresado. En nuestro mundo, como en aquel, las utopías presentes tienen que ver con los avances tecnológicos y son acicateadas por las élites; la inestabilidad y la inseguridad vitales son compartidas por una parte considerable de la población; y perdura aún la memoria de un tiempo reciente en el que la vida del ciudadano común ofrecía mejores posibilidades materiales. En este escenario es inevitable que las tensiones sociales aparezcan y que, cuando se manifiestan, giren hacia elementos de defensa de lo adquirido mucho más que hacia la visión de un futuro radicalmente distinto. Igualmente, la contestación que las élites contemporáneas han dado a los dilemas que plantea una época de cambio ha sido muy semejante al marco discursivo empleado en la campaña entre Jennings Bryan y McKinley. Sin embargo, la gran diferencia entre aquel tiempo y el nuestro son las brechas que se están abriendo en el interior de la cuarta oleada conservadora.

[1] «Felipe González: “No estoy seguro de que el PSOE tenga claro lo que quiere”», *Jot Down*, junio de 2016 [<http://www.jotdown.es/2016/07/felipe-gonzalez-no-estoy-seguro-psoe-tenga-claro-lo-quiere/>].

[2] Un ejemplo en sentido contrario lo describe Marx en *Las luchas de clases en Francia, 1848-1850*. En el tránsito al bonapartismo, existió un grupo social que apoyó el final de la república y se convirtió en el principal valedor del Segundo Imperio, el campesinado. El gobierno provisional pudo haber dejado caer al poder financiero, aquel que apoyó a Luis Felipe de Orléans y contra el cual se había realizado la revolución de febrero de 1848, pero decidió salvar a la banca. Quien pagó el coste fue Jacques le Bonhomme, el campesino. El gravoso impuesto que hubo de afrontar para enjugar el déficit público podía haber predisposto al mundo rural contra el poder financiero, pero ocurrió al revés: «La república fue para el campesino francés el impuesto de los 45 céntimos y en el proletario de París vio al dilapidador que se daba buena vida a costa suya». Ese sentimiento de estar explotado por ambas partes alentó a una clase muy fragmentada a buscar una solución en forma de una figura fuerte que ofrecía, al menos en teoría, orden y seguridad. Así llegó al gobierno Luis Napoleón Bonaparte. En nuestro tiempo, todo apunta mucho más hacia esta reacción conservadora de las clases perdedoras, y por tanto hacia un neobonapartismo, que hacia una respuesta progresista del tipo del populismo estadounidense.

CAPÍTULO V

MIENTRAS TANTO

5.1. Atasco de limusinas

Enero de 2017 fue un mes extraño para las élites globales. Como de costumbre, se reunían en Davos, un entorno apartado, algo bucólico y *vintage*, rodeado de soldados, que sufre megaatacos de limusinas y en donde hay hoteles con pianistas interpretando a Supertramp o Abba, multimillonarios que pretenden bailar con chicas jóvenes y CEO famosos con alguna copa de más, y se puede ver a Bono ataviado con gafas de sol Armani y pantalones de cuero negro^[1]. En ese ambiente entre decadente y glamuroso, en el que el precio de los canapés supera el sueldo medio de un trabajador cualificado, tienen lugar encuentros y debates acerca del presente y del futuro protagonizados por grandes nombres de los negocios y las finanzas, intelectuales y científicos.

En esa edición, algo del encanto de Davos parecía haberse esfumado. Ya no era el espejo en el que todo el que quiere llegar a ser importante se mira; su capital simbólico lucía más débil. Aquel año las élites mundiales se habían convertido en el objetivo discursivo de un buen número de políticos occidentales, que las señalaban como la causa de los males que afectaban a sus poblaciones. Era el tiempo en que los populismos de derechas estaban resultando exitosos, el del Brexit, el triunfo de Trump y la amenaza latente de Le Pen. Precisamente durante los días de celebración del evento, el nuevo presidente de los EEUU debía tomar posesión del cargo, y esa fue la razón oficial que adujo para no participar en el Foro Económico Mundial. Pero tampoco quiso mandar representación institucional, en una demostración de la teórica distancia que le separaba de ese mundo de los superricos globales que estaban debilitando EEUU.

La reacción contra el club de los poderosos se había iniciado porque ciertos políticos populistas estaban empujando a las poblaciones occidentales contra ellos. Eran dibujados como un grupo de gente sin raíces, débiles frente a las amenazas, amantes del multiculturalismo y los bienes distintivos y superfluos, personas sin valores ni conciencia que buscaban el interés propio, camuflado bajo una capa de tolerancia y diversidad. En aquella convocatoria del Foro Económico, el objetivo fue trazar una acción consistente frente al

nuevo escenario, lo que se articuló por medio de dos direcciones complementarias. La más explícita tuvo que ver con la reacción contra el populismo, intentando promover ideas y figuras mundiales que defendieran el *statu quo* desde una nueva perspectiva. El mundo estaba cambiando y el tipo de liderazgo que hasta entonces había concedido estabilidad política a las sociedades occidentales estaba en declive. Era preciso provocar un impulso diferente, que encarnaban políticos como Macron o Trudeau: jóvenes, dinámicos, abiertos y no contaminados. Al mismo tiempo se inició una categorización de los votantes resistentes como resentidos y no adaptados que se concretó en términos como postverdad, un concepto que surgió de la nada tras el referéndum británico, y cuyo alcance excedía con mucho las mentiras y las noticias falsas en las que se materializaba: tanto el Brexit como la elección de Trump tuvieron lugar gracias al engaño sistemático a través de algunos medios de comunicación y de las posibilidades de transmisión de información que habían abierto los soportes digitales; personas de escasa capacidad mental y llenas de odio no fueron capaces de escapar de esa red de falsedades que políticos oportunistas habían tejido.

La segunda dirección fue aún más llamativa, porque sustituyeron en el programa al líder del primer país del mundo por el del segundo. Xi Jinping, el presidente chino, fue la estrella de Davos con su conferencia inaugural. En ella defendió un modelo de crecimiento inclusivo con la innovación como motor: «Hemos de promover la liberalización del comercio y la inversión diciendo no al proteccionismo. Nadie saldrá vencedor de una guerra comercial... Nos guste o no, la economía global es el gran arbusto del que no podemos escapar. Cada uno debe elegir el mejor camino y el ritmo que se adapte a sus necesidades». Según Xi Jinping, «muchos de los problemas que ahora tiene la economía global no proceden de la globalización. La crisis financiera no fue resultado de la globalización sino de la falta de regulación adecuada y la búsqueda de beneficios a toda costa», y finalizó señalando que la mundialización tiene dos direcciones y que la desigualdad es producto de esas tendencias encontradas. Pero, «como los chinos solemos decir, los dátiles crecen en arbustos espinosos. Nada es perfecto»[\[2\]](#).

El discurso del gobernante chino contuvo las ideas esperadas por Davos para hacer frente a un Donald Trump que había amenazado en su campaña con girar el rumbo de EEUU y tomar una actitud más fuerte y más centrada en los intereses nacionales, para lo que ciertas formas de proteccionismo eran

adecuadas. Xi surgía como el líder que apoyaba la visión correcta del orden mundial, ese que amenazaba con fragmentarse.

La decisión de invitar al presidente de China constituyó una prueba palpable de la enorme torpeza de las élites globales para lidiar con aquello que estaban desestructurando. En aquellos instantes la desigualdad en las sociedades occidentales era un tema frecuente en el debate público y Davos se sumó a la discusión. Sin embargo, como bien afirmaron el economista Larry Summers y Ray Dalio, el multimillonario que dirige Bridgewater Associates (el *hedge fund* más importante del mundo), el problema no residía tanto en la desorganización social a partir de un reparto diferente de los recursos como en el hecho de que ese descontento fuera captado por un populismo que estaba alentando el enfado de las capas medias deterioradas. Y en ese terreno insistía Jamie Dimon, CEO de JP Morgan: la cuestión no era que las poblaciones occidentales viviesen peor, sino que aún estaban viviendo demasiado bien. Todavía no eran lo suficientemente competitivos: su nivel de vida resultaba demasiado elevado, los salarios de sus trabajadores muy altos y sus pensiones, y en general las prestaciones que recibían del Estado, eran excesivas, por lo que los ajustes se antojaban imprescindibles. Querer conservar el privilegiado nivel de vida del que disfrutaban era una entelequia: «Dicho sea con todo el respeto para los europeos, eso tiene que cambiar. Pueden forzar a ello los políticos o un nuevo tipo de liderazgo»[\[3\]](#). La receta que pretendía aplicar el Foro nos era conocida: es necesario que la gente tenga mayor ánimo emprendedor, más entrenamiento en *mindfulness* y más educación orientada a la tecnología[\[4\]](#). Luchar contra la desigualdad material y contra el declive occidental resultaba sencillo, porque bastaba con que la gente cambiase de mentalidad, que manejase su ira a través del pensamiento positivo y se focalizase en aquellas disciplinas que realmente demandaba el mercado. China suponía, en este sentido, un recordatorio permanente de cómo la competitividad salarial era indispensable, así como una demostración de cómo convertir un país en una potencia global. Traer a escena a Xi Jinping implicaba el reconocimiento de hecho de que el mundo estaba mirando hacia Asia, mientras Occidente estaba perdiendo pie merecidamente: ni sus poblaciones aceptaban el cambio que debían adoptar ni sus dirigentes generaban estabilidad, lo cual resulta enormemente irónico, y no sólo por reconocer a un país comunista como el gran defensor del mercado libre y del comercio mundial abierto (una contradicción insalvable), sino porque

señalaba un problema aún más significativo que apuntaba hacia el corazón de las perturbaciones geopolíticas en las que estamos inmersos.

[1] Andy Robinson, *Un reportero en la montaña mágica*, Barcelona, Ariel, 2013.

[2] «Discurso del Presidente Xi Jinping en la Ceremonia de Apertura de la Conferencia Anual de 2017 del Foro Económico Global» [<http://politica-china.org/secciones/documentacion/discurso-del-presidente-xi-jinping-en-la-ceremonia-de-apertura-de-la-conferencia-anual-de-2017-del-foro-economico-global>].

[3] «La solución para Europa, según Davos: tenéis que vivir peor», *El Confidencial*, 21 de enero de 2017 [https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2017-01-21/la-solucion-para-europa-segun-davos-teneis-que-vivir-peor_1319477/].

[4] «Davos elite fret about inequality over vintage wine and canapés», *New York Times*, 18 de enero de 2017 [https://www.nytimes.com/2017/01/18/business/dealbook/world-economic-forum-davos-backlash.html?_r=0].

5.2. El retorno de lo reprimido

Las últimas décadas occidentales han consistido en una serie de reacciones conservadoras que han virado los sistemas económicos, políticos y jurídicos hacia situaciones más favorables para las clases sociales con más poder. Es un ciclo típico del capitalismo: tras épocas de expansión que benefician a partes más amplias de la población surgen otras de contracción, donde esos recursos son de nuevo canalizados hacia la cúspide de la pirámide social. Con el impulso globalizador ese movimiento tuvo lugar en varias direcciones: se coparon los nuevos mercados que inauguraban las invenciones tecnológicas, se crearon oportunidades de negocio privado en sectores típicamente públicos, como la energía o las pensiones, se multiplicaron las opciones especulativas a través de nuevos y extraños instrumentos de inversión y se intensificaron la concentración y la intermediación, lo cual permitió derivar muchos de los recursos preexistentes hacia los grandes actores financieros y empresariales.

En ese trayecto se produjeron algunos desplazamientos peculiares. Uno de los más llamativos fue que Occidente se convirtió, al entrar en una fase de deslocalizaciones, en generador de empleos y proveedor de tecnología para regiones más atrasadas, que se beneficiaron enormemente del capital que las empresas y Estados del primer mundo aportaron. Fue un proceso que generó notables réditos para el entorno globalista, ya que consiguió abaratar sustancialmente la producción, rebajó los salarios en los países de origen y disciplinó por completo las resistencias. Pero esa estrategia que tan provechosa resultaba en el interior produjo algunos errores graves en el exterior, y China es la demostración más precisa.

El régimen comunista asiático era un lugar de destino idóneo para las nuevas fábricas, pues contaba con inmensas cantidades de mano de obra disponible a un coste bajísimo y su organización política, vertical y acostumbrada a la obediencia, garantizaba la fluidez de la producción. La aceptación por parte de Pekín del sistema capitalista y su ingreso en la Organización Mundial del Comercio parecían asegurar no sólo un territorio con grandes ventajas productivas, sino un futuro mercado con cientos de

millones de nuevos consumidores, y por tanto una enorme área de expansión comercial. Se confiaba además en que la economía liberal comenzase a expandirse por el país asiático y que las nuevas clases medias se fortalecieran, lo que llevaría a China a impulsar reformas internas más amigables con el mundo global.

Pero algo salió mal en el plan previsto, porque Pekín recibió aquellas cantidades ingentes de capital y *know how* y las puso a trabajar en su provecho. La explotación de sus trabajadores, que fueron rápidamente desplazados desde las zonas interiores hasta ciudades que crecían a gran velocidad, generó numerosos beneficios al Estado de las formas más diversas. China se especializó en los bienes de bajo precio creando sus propias marcas, para las que aprovechó la tecnología que Occidente le aportó; se convirtió en el principal inversor en África y en América Latina, cuyos años mejores no pueden entenderse sin el papel que ha jugado el capital asiático, hasta el punto de que ha reemplazado como principal inversionista en esa región a instituciones internacionales como el FMI o el Banco Interamericano de Desarrollo; y puso en práctica una estrategia de aprovisionamiento con el fin de satisfacer sus necesidades energéticas que la llevó a firmar acuerdos exitosos con Arabia Saudita, Sudán e Irán o Venezuela.

Su gran desarrollo, no obstante, se explica por muchos más factores. Su estrategia de no injerencia, que ha conducido a la nación a no intentar trasladar su modelo político a los países con los que comercia, y por tanto a no intervenir en los asuntos internos de otros Estados, le ha servido también como salvaguarda para no permitir la entrada en su propio patio. Concedor de su debilidad tecnológica, el Gobierno de Pekín diseñó un plan intensivo de crecimiento en sectores muy relevantes y dispersó por el mundo a numerosos nacionales chinos para que captaran conocimiento en ámbitos científicos y técnicos. Realizó inversiones en empresas de infraestructuras y tecnológicas extranjeras, especialmente europeas y estadounidenses, con el objetivo de aprehender la innovación en sectores punteros y puso en marcha universidades con el objeto de producir los cuadros intermedios y los técnicos en los que era deficitario. En la actualidad China supera a la UE en gasto en investigación y desarrollo, produce el mismo número de publicaciones científicas que EEUU y lo supera en doctorados en ciencias naturales e ingeniería[1].

China se ha cerrado a la influencia extranjera conservando su mercado, negando la presencia de gigantes globales como Google, Amazon o Facebook y creando sus propias redes, buscadores y almacenes digitales. Ha invertido grandes cantidades de dinero en conseguir el tipo de trabajadores, cuadros intermedios, expertos y directivos que le son necesarios; ha buscado el acceso a los recursos que son precisos para su subsistencia y su crecimiento; ha reforzado y modernizado su ejército, emprendiendo la carrera de los satélites, y está llevando a cabo una apuesta muy firme por la inteligencia artificial.

Su proyecto estrella es un muy ambicioso plan de infraestructuras, *One Belt, One Road*, conocido como la nueva «Ruta de la seda», cuyo objeto es asegurar el aprovisionamiento de materias primas y energía imprescindibles para su crecimiento, así como la distribución de sus productos por todo el orbe. Cuando el plan se aplique íntegramente la ruta afectará a un tercio del comercio mundial, al setenta por ciento de la población, al cincuenta y cinco por ciento del PIB y a tres cuartas partes de las reservas energéticas fósiles del planeta[2]. El régimen comunista ha crecido una media del nueve por ciento anual, mientras Occidente se ha estancado. Según el Fondo Monetario Internacional, en 2014 China sobrepasó a Estados Unidos y se convirtió en la primera economía en términos de paridad de poder adquisitivo. Si los dos países continúan sus tendencias de crecimiento actuales, la economía china será un cincuenta por ciento mayor que la norteamericana en 2023. A pesar de las evidencias se continúa insistiendo en la inminente debacle china, en su burbuja inmobiliaria, en la necesidad de saciar las aspiraciones de una clase media emergente, en el envejecimiento de la población, en las tensiones políticas internas o en los problemas medioambientales, comenzando por los de salud, que su desarrollo está creando. Incluso se subraya que el ascenso chino derivará en enfrentamiento bélico producto de la llamada Trampa de Tucídides, según la cual cuando una potencia emergente amenaza a la potencia hegemónica, se inicia una escalada de tensiones que suelen desembocar en guerra.

Pero ninguna de estas circunstancias parece haber frenado al régimen de Xi Jinping, que es ya la segunda potencia mundial. Eso hace más paradójico aún que el presidente chino fuese el encargado de defender la globalización en Davos, puesto que su cierre de filas no es más que una táctica para asentar la posición imperial que China cree que le pertenece. Como suele decirse, el país asiático no es una nación, es una civilización que siempre ha creído en sí

misma como el centro de mundo y ahora ve la oportunidad de volver a ocuparlo[3]. No en vano, los chinos denominan a su país *Zhongguo*, «nación del centro».

Esta consolidación de China tiene mucho de irónico porque se ha producido gracias a la utilización de aquello que los regímenes occidentales estaban despreciando. Supone el retorno de lo reprimido, y desde un triple aspecto. Mientras el mundo global primó lo financiero sobre lo productivo, estableciendo la preponderancia de los *takers* sobre los *makers*, China apostó decididamente por lo segundo. No sólo fabricó múltiples bienes para Occidente, sino que utilizó su habilidad para sacarle todo el partido: cuando acusaron a Alibaba de vender a través de su página bienes falsificados, Jack Ma, su CEO, contestó con aplomo que «el problema es que los productos falsos tienen hoy más calidad y se ofrecen a mejores precios que los productos reales con sus nombres reales»[4]. Su respuesta hizo evidente la candidez occidental, ya que las empresas deslocalizadas creyeron de forma ilusa que podrían hacer valer los derechos de propiedad intelectual en cualquier contexto, incluso en aquellos que no dominaban: su confianza en lo virtual y su desdén por lo real terminaron por volverse en su contra.

En segunda instancia, Occidente proporcionó a los asiáticos la tecnología precisa para que aprendieran a fabricar esos mismos bienes con marcas diferentes, de forma que crearon sus propias firmas y ganaron cuota de mercado vendiendo productos, como los móviles, que tenían prestaciones parejas a las de las empresas occidentales pero a precios mucho más bajos. Pekín creó incluso una red de distribución a través de nacionales chinos diseminados por Occidente que daban salida a sus productos en bazares y tiendas de todo a un euro[5]. Y, por último, copiaron las técnicas occidentales, las mejoraron y originaron una nueva oferta, también en el terreno tecnológico. Y todo ello con el capital y el saber hacer que el mundo global les proporcionó a cambio de aumentar la rentabilidad de sus empresas y los beneficios de sus accionistas.

El espacio de la producción no fue el único que el mercado global dejó libre para que fuera ocupado por China. Territorios relegados en la nueva distribución comercial, como África o América Latina, fueron tomados por el régimen de Pekín, que los convirtió en socios prioritarios por medio de los cuales obtenía las materias primas que le eran precisas. Construyó una red logística adquiriendo incluso puertos europeos y, además del plan *One Belt*,

One Road, compró acciones de empresas occidentales en sectores estratégicos para su fortalecimiento. Dicho de otro modo, elaboró un plan a medio y largo plazo mientras Occidente entendía el futuro desde la perspectiva de los resultados del próximo trimestre. Cuando Europa y EEUU pensaban en términos de circulación de flujos, China retomó todo aquello que el primer mundo había desestimado: la planificación, el poder en términos de desarrollo nacional, el asentamiento de lo físico, la prioridad de lo real sobre lo virtual.

En los años en los que las élites globales ganaban la guerra de clases y debilitaban el poder político de sus países, Pekín operó a la inversa, asentando y construyendo la presencia e influencia del Estado y subordinando la economía a las necesidades de este. Todo aquello que Occidente fue relegando China lo fue recogiendo y eso la convirtió en la segunda potencia mundial. Es singular que la ceguera y la ambición del mundo global hayan tenido como resultado que un régimen comunista (a su manera) se consagrara como su gran rival. Fruto de esa peculiar torpeza la globalización ya no existe y en su lugar tenemos un nuevo mapa geopolítico mundial.

[1] «China, primera potencia comercial e inversora mundial», *El País*, 11 de agosto de 2017 [https://elpais.com/economia/2017/08/09/actualidad/1502271677_846680.html].

[2] Josep Piqué, *El mundo que nos viene*, Barcelona, Deusto, 2018, p. 59.

[3] Howard W. French, *Everything under the Heavens: How the past helps shape China's push for global power*, Londres, Sidney, Scribe, 2017.

[4] «Una buena lección de Jack Ma a las empresas occidentales (y era esperable, ¿no?)», *El Confidencial*, 16 de junio de 2016 [https://blogs.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/tribuna/2016-06-16/leccion-jack-ma-alibaba-occidente-empresas_1217764/].

[5] «Vamos a trabajar muchas más horas y nuestro dinero irá a parar a China», *El Confidencial*, 27 de noviembre de 2017 [https://blogs.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/tribuna/2016-06-16/leccion-jack-ma-alibaba-occidente-empresas_1217764/].

5.3. Un mundo sin ideología

Este regreso de la geoestrategia ha convertido nuestra era en postpolítica. Ya no se enfrentan grandes ideologías, no hay conceptos sustancialmente diferentes acerca de cómo se estructura la sociedad y cómo se reparten los bienes, ni tampoco existen modelos sociales y económicos que se disputan el poder mundial; en su lugar tenemos grandes potencias que tratan de ganar influencia, que utilizan distintas visiones de lo político para garantizarse el poder interior, la cohesión y el orden en sus sociedades y cierto valor simbólico a la hora de procurarse adhesiones en el exterior. Ya no jugamos en el terreno del pasado, donde la ideología marcaba claramente el camino; y no sólo por la división obvia entre países comunistas y capitalistas que fragmentó el mundo durante la época de la Guerra Fría, sino por la contingencia de aspectos que se consideraban esenciales en la globalización. En países como Rusia o China los déficits democráticos resultan irrelevantes en la medida en que son legitimados por el crecimiento económico y el aumento de poder de ambas naciones en la escena internacional. Aunque China todavía venera a Marx y Lenin, los ha desligado de sus ideas; ha tomado del marxismo aquello que necesitaba para asegurar el orden interno y ha prescindido de lo que le aportaba sentido, como era su doctrina. EEUU sigue siendo una democracia liberal, pero la recomposición incesante de las estructuras jurídicas, económicas y sociales conduce a menos oportunidades para la movilidad social, a una mayor desigualdad y un evidente deterioro del sistema democrático. La guerra de clases en Occidente propiciada por los estratos sociales más favorecidos no podía llevarse a cabo sin minar las bases ideológicas del sistema: cada vez hay menos mercado, sustituido por monopolios y oligopolios, y un mundo político mucho más frágil ante el impulso de actores a los que resulta muy difícil poner límites. Ninguno de los dos sistemas se parece a aquello que su denominación sugiere.

Algo similar ocurre en Rusia, la tercera de las potencias relevantes en un mundo que ha girado desde la hegemonía estadounidense a la bipolaridad. Tras la caída del comunismo, la acción de los globalistas fue especialmente torpe porque desoyó una de las advertencias de sentido común más frecuentes

respecto de las potencias perdedoras: o se las desactiva del todo o se las integra, como ocurrió con Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Pero se optó de nuevo por un modo líquido de dominio que restó poder territorial a la nueva Rusia mediante la independencia de países que formaron parte de la URSS, se dotó de más poder a Alemania en el este de Europa y EEUU y sus empresas sólo se preocuparon de partir a la búsqueda del botín del Estado caído. El Gobierno estadounidense impulsó la rápida reorganización de la economía rusa a partir de las privatizaciones, la liberalización de los precios, su estabilización a través de las subidas de tipos de interés y las privatizaciones de la energía[1], lo que ayudó a crear una nueva clase de oligarcas enriquecidos a menudo por métodos mafiosos, que conllevó fuga de capitales, descenso de la producción anual, incremento de la pobreza y crecimiento de la actividad extraestatal[2].

De 1994 a 1998 se consolidó una nueva oleada de privatizaciones y se creó una clase media exigua y dada a los lujos. El Estado era débil, contaba con una escasa capacidad de recaudación fiscal y ni siquiera podía organizar una fuerza de seguridad propia. En 1998, cuando los precios del petróleo cayeron, los rusos vivieron una situación equiparable a la Gran depresión. Tras unos años de una Rusia desestructurada, reordenada gracias a las mafias y sometida a los planes del FMI, que impusieron un modo de gestión de los recursos públicos que abocaban a la pobreza de buena parte de sus ciudadanos, era sencillo adivinar que emergería una nueva clase de líder. Ese escenario fue el que consagró a Putin.

Cuando llegó al poder el nuevo dirigente, que poseía un perfil mucho más funcional del que se le atribuye, la primera tarea que se asignó fue la reconstrucción del Estado. Reformó la administración, combatió en gran medida la corrupción, modificó el sistema fiscal y consolidó una estructura vertical de mando. Creó grandes empresas nacionales y trasladó la idea de que estas debían supeditarse al interés de su país y al refuerzo de sus capacidades económicas. Utilizando el realismo político a largo plazo, Putin recogió el orgullo herido de la nación, impuso un poder por encima de las facciones mafiosas, generó más seguridad en su pueblo y volvió a dotar a Rusia de relevancia internacional. Junto con estos factores, la sumisión de los poderes privados y la consiguiente recuperación del orden cotidiano, así como la mejora en la situación económica, ayudaron a construir un liderazgo fuerte e indiscutido en su país, donde Putin es percibido como la clase de

dirigente que Moscú necesitaba. Rusia, como China, es un régimen capitalista en el que el Estado ocupa el lugar central, de forma que los intereses y los destinos de sus clases altas dependen del éxito de la nación.

Con Pekín y Moscú el mundo de los flujos, que apostó por despolitizar las sociedades y proscribir las ideologías, y por eso la expresión «fin de la historia» se hizo popular, se ha reencontrado con la historia por el lado del poder. Si la fase de sobreacumulación se solucionó en el tiempo del imperialismo mediante la salida del capital hacia el exterior conquistando nuevas zonas geográficas, hoy las fuerzas dominantes también están volviendo sus ojos hacia el exterior, pero mucho más para situarse geoestratégicamente que para rentabilizar las inversiones.

Se dibuja un panorama en el que las lógicas del capital se subordinan a las de los territorios. No hay grandes concepciones del mundo contrapuestas, porque los chinos afirman que no desean imponer su modelo a otros países, lo cual (por dudoso que sea en el futuro) se cumple en el presente, y los rusos se mueven en un terreno táctico en el que simplemente pretenden establecer un nuevo reparto de fuerzas: sabedores de su posición secundaria, tratan de establecer las alianzas que les sean más rentables a la hora de cobrar mayor importancia e influencia internacionales. En este cambio en el mapa mundial Europa es la región perdedora.

[1] Joseph Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2002.

[2] Carlos González Villa, *Las revoluciones de colores*, ebook, Eurasian Hub, 2011.

5.4. El reparto global

La llegada de Trump a la presidencia estadounidense es causa y efecto de la recomposición del mapa político mundial. Hemos pasado de un contexto unipolar a otro en el que la potencia hegemónica, EEUU, se enfrenta a la emergente, China. Una tercera, Rusia, ha ganado también influencia e intenta convertir el tablero político en multipolar. En este nuevo escenario, Trump ha decidido tomar posiciones con una postura diferente a la defendida en los años de la globalización, que suponía el correlato obvio de la alianza entre las élites de EEUU y Europa nacida tras la Segunda Guerra Mundial. El cambio del eje hacia el Pacífico que se inició con Obama excede de un simple giro en la política exterior estadounidense y supone una prueba explícita del cierre del país dominante sobre sí mismo.

En este contexto, el enfrentamiento entre potencias se lleva a cabo de diferentes formas. Puede ser a través de las guerras *proxy* o de tensiones comerciales y financieras o de cambios políticos en países en los que los opositores adquieren de pronto una aceptación inesperada. La gran novedad de esa lucha es la postura de la potencia hegemónica, que está recomponiendo su política de alianzas. El Brexit, que fue apoyado por la élite estadounidense cercana a Trump, es un buen ejemplo de sus nuevas intenciones. En lugar de favorecer una UE fuerte que puede generar grandes obstáculos tanto en el terreno de la competencia empresarial como en el de la negociación de los tratados comerciales, EEUU ha preferido desgastarla para incrementar su poder: es mucho más sencillo firmar acuerdos en condiciones ventajosas con países aislados que con una confluencia de ellos. Las medidas que ha tomado con el objetivo de debilitar a Alemania, así como la simpatía y el soporte que ha brindado a los movimientos que persiguen que sus países se separen de la UE, como el Frente Nacional francés o la Lega italiana, son muestras de esa intención.

Los populismos de derecha están ayudando a esa reacción conservadora de EEUU con la que pretende ampliar su poder y sus recursos a partir de la sustitución de la lógica de los flujos por la territorial. Del mismo modo que monopolios y oligopolios reacumulan bienes que antes se hallaban en manos

de ciudadanos, pymes y empresas no suficientemente grandes, EEUU trata de concentrar el mayor número de influencias y recursos. Y no sólo en el terreno geoestratégico, sino, y principalmente, en el económico, el primer elemento de las guerras modernas. Las firmas tecnológicas son ejemplos de esta tendencia. Amazon o Uber están recomponiendo sectores que estaban en manos de autónomos, pequeñas empresas locales o firmas nacionales a partir de la mediación de plataformas digitales de titularidad estadounidense. Google y Facebook no sólo han ganado un mercado mundial dibujando un modelo de negocio que somete a actores típicamente nacionales a su red de distribución, sino que gracias a los datos que recoge gratuitamente de sus usuarios puede realizar grandes proyectos en el campo del *big data* y la inteligencia artificial, amén del control político que esa información aporta a sus servicios de inteligencia. Pero el principal puntal del dominio estadounidense no son (todavía) estas empresas sino las financieras que las soportan y que son las principales responsables de los procesos de financiarización que se han desarrollado en Occidente durante las últimas décadas. La canalización de grandes cantidades de capital a través de fondos principalmente estadounidenses, que ha reestructurado los entornos productivos, los servicios públicos y el endeudamiento de los países, puede ser empleada también con finalidades políticas, y a medida que el cierre americano se acentúe tomará cada vez más ese uso.

En esas circunstancias, si hay una región que se verá negativamente afectada es la Unión Europea. Su destino es muy parecido al de las clases medias: cuando el capitalismo está en un instante expansivo, las capas intermedias crecen en número y recursos, pero en el momento de contracción sus bienes son absorbidos por los estratos superiores. A Europa le está ocurriendo algo similar: primero sus clases populares vieron cómo su nivel de vida descendía, fruto de la falta de empleo, de salarios más bajos y de la disminución de las prestaciones del Estado de bienestar en declive, después sus capas medias siguieron ese mismo camino y ahora es el turno de las clases medias altas y altas nacionales, que son desplazadas por las globales, que las privan de sus medios de reproducción y las empujan hacia un dudoso rentismo. El poder y la influencia con los que aquellas contaban, al igual que las empresas de las que una vez fueron propietarias, se convierten ahora en simple capital que desplazan hacia el ladrillo o intentan colocar en los fondos globales. En el terreno productivo esta deriva está muy presente, ya que las

principales firmas nacionales cada vez dependen más del capital de las redes financieras nucleadas en torno a Wall Street, las agencias de calificación y las instituciones globales, cuando no son sencillamente adquiridas por compañías de dimensiones mundiales. El caso español es significativo, puesto que la banca se ha concentrado y cinco firmas copan el setenta por ciento del sector, las eléctricas constituyen un oligopolio conformado por tres empresas y las cuatro grandes redes de distribución de gas están controladas o participadas por grandes fondos. Muchas empresas españolas han dejado de serlo, como Cortefiel, Telepizza, Prisa, Panrico o la antigua empresa pública Altadis (antes Tabacalera) y muchas de las cotizadas lo son cada vez menos, porque el cuarenta y cinco por ciento de las acciones de la bolsa está en manos de inversores foráneos[1]. Algunas firmas, pocas, han cobrado dimensión global y el resto han sido compradas o eliminadas. En otros tiempos esta debilidad hubiera sido interpretada como un error estratégico en términos de Estado, pero hoy es percibida como parte del funcionamiento normal del mercado.

EEUU ha dado la vuelta a esa lectura; ha comenzado a pensar en términos estratégicos y trata de acaparar recursos económicos y energéticos en la pelea con China por la hegemonía de los próximos años. En ese escenario Europa lleva las de perder por muchos motivos. El regreso de China y de Rusia a la primera línea internacional se ha producido gracias a la cohesión interna y a la planificación, elementos de los que la UE carece. Más bien se trata de un conjunto informe de países subordinados a Alemania que no cuenta con una fuerza militar común ni una política exterior ni una posición comercial ni tampoco con una estrategia consensuada ante los grandes retos, en buena medida porque el principal competidor de un país de la Unión es otro país de la Unión. Su posición dependiente de EEUU, que le ha evitado el esfuerzo de trazar planes propios, se convierte en una rémora en el instante en que Trump y las élites que le apoyan abogan por el fin de las relaciones amistosas; su debilidad interna, producto en gran manera de la insistencia germana en perseguir sus intereses en lugar de buscar la cohesión, se agrava porque cada Estado (y algunas partes de los mismos, como Cataluña) comienza a pensar que en solitario la vida le iría mejor; el nivel de bienestar, que debería ser una de sus fortalezas, está sometido a grandes tensiones, lo que incrementa el malestar de las poblaciones hacia las instituciones políticas y hacia la misma UE; y se ve sometida a frecuentes ataques de los grandes fondos, que están apostando contra el euro, la moneda que le otorga su mayor poder. Vista

desde el resto del mundo, Europa es un continente en decadencia, obligado a establecer alianzas, en una posición de inferioridad, con las potencias geopolíticas.

Una parte importante de las clases dirigentes europeas está más mucho más centrada en su supervivencia que en dar pasos para un avance sólido en la organización de la UE, por su alianza con parte de las élites estadounidenses. El país norteamericano no es un entorno monolítico, sino que en él conviven dos visiones claramente enfrentadas. Una de ellas, la globalista representada por quienes apoyaron a Hillary Clinton, es partidaria de la colaboración a la hora de mantener el orden mundial, de avanzar en las reformas que nos llevarán hacia posiciones sólidas, de dar un impulso a la cuarta revolución industrial, de integrar a China en ese esquema, al menos en una medida razonable, y de combatir a Rusia e Irán como los grandes enemigos. La otra parte, la que apoyó a Trump y está vinculada con Netanyahu, trata de romper amarras y de situar claramente a los EEUU en solitario como potencia dominante. Estas dos concepciones del mundo tienen consecuencias claras en los enfrentamientos político-electorales de Occidente. No sólo porque las ideas populistas se hayan introducido en el este de Europa y países como Chequia, Polonia o Hungría estén desatando una pelea indisimulada contra las élites liberales occidentales, sino porque esas mismas visiones han penetrado a través de partidos dextropopulistas o de extrema derecha en las naciones con más peso en la unión. Del otro lado, el de Macron, Rivera o Merkel, se impulsa la defensa de unas élites que se dicen modernas, integradoras, favorables al multiculturalismo y al comercio en libertad, que propugnan sociedades abiertas al cambio y tecnológicamente avanzadas.

Estas son las dos ideas clave que están dando forma a la política occidental y conforman el eje alrededor del cual se vertebran las principales opciones de esta cuarta oleada conservadora. En ese juego, los partidarios del repliegue están presionando sobre los puntos débiles de sus rivales, como es el apoyo endeble que reciben de unas poblaciones desencantadas del sistema político y cuyas condiciones vitales están empeorando. La manera de granjearse adhesiones es apelar a la identidad nacional, en esta ocasión como instrumento de regreso a un cierto bienestar material, a la lucha contra la inmigración y a una mejor posición en la escena internacional. Su modo de recoger esos deseos flotantes es situándose en posiciones culturales claramente enfrentadas a las de un globalismo que describen como débil,

demasiado tolerante, perjudicial para los países europeos y responsable del deterioro económico. Las instancias políticas más relevantes, ya sean las de Bruselas o las de Washington, son dibujadas como tecnocracias que gestionan las poblaciones en provecho de las élites; al mismo tiempo acusan a este impulso global del individualismo del narcisismo y del egoísmo de nuestras sociedades, así como de la decadencia de la cultura occidental causada por la llegada de los emigrantes; e incluso se atreven a abogar por medidas proteccionistas, una palabra prohibida en el entorno global, como instrumento esencial para que sus nacionales gocen de una vida mejor. Desde esta visión la UE, como todos los imperios perdedores, debe fragmentarse y sus partes establecer una nueva relación con la potencia ganadora. Frente a esa tendencia, el mundo globalista está brindando una respuesta cuajada de errores estratégicos.

[1] «Lo que revela la batalla entre El Corte Inglés y Amazon», *El Confidencial*, 27 de abril de 2018 [https://blogs.elconfidencial.com/espana/postpolitica/2018-04-27/que-revela-batalla-amazon-el-corte-ingles_1555184/].

5.5. El informe de Maquiavelo

En 1520 el papa León X y el cardenal Giulio de Médici, el futuro Clemente VII, encargan un informe a un hombre que había perdido su cargo como secretario de la república de Florencia, había sufrido tortura y prisión, había sido privado de su fortuna y su estatus y enviado al exilio a causa de un enfrentamiento con la familia a la que ambos pertenecían, los Médici, la más poderosa de época. Precisan un diagnóstico que clarifique cuál será la mejor forma de gobierno para una ciudad que vive momentos difíciles y recurrentes, a pesar de los viejos rencores, al experto con más experiencia diplomática y de gobierno que tienen a su disposición. Maquiavelo responde a la petición con un memorándum, *Discursos sobre la situación de Florencia tras la muerte del joven Lorenzo de Médici*[\[1\]](#), de gran finura y notable arrojo.

El propósito de quienes realizan el encargo es que les sea recomendado un modelo similar a aquel que gobernó la ciudad en la época de sus antepasados Cosme y Lorenzo, un tiempo de esplendor y gran desarrollo comercial. Para evitar malos entendidos el consejero desecha esa opción al inicio del informe, advirtiéndoles de que supondría un grave error. El periodo de estabilidad de Florencia se asentó gracias a líderes que supieron equilibrar los intereses de las distintas facciones florentinas y cuya autoridad se sustentaba en grandes dosis de consenso, aunque también supieran utilizar la fuerza cuando era necesaria. Maquiavelo comienza su escrito reconociendo las bondades de aquel régimen, pero lo considera más un accidente que un hallazgo que pueda reproducirse en el tiempo. Era el prestigio personal de figuras concretas el que mantenía el equilibrio de poder entre los *ottimati* (expresión que designa al grupo reducido de grandes señores, enriquecidos a través de la industria y del comercio, que conforman los poderes materiales de las ciudades[\[2\]](#)), de modo que la unidad no quedaría garantizada más que en el caso de que un nuevo líder pudiera realizar las mismas funciones, lo cual depende en exceso de la fortuna, y el papel de la política es precisamente influir en ella, no arrojarse en sus brazos. Pero sobre todo, y esto es lo relevante, no puede recomendar lo que desearían oír quienes han formulado el encargo porque no es más que una ilusión, ya que no se puede construir el futuro cerrando los

ojos al presente. No es posible volver atrás: aquella forma de gobierno funcionó en unas circunstancias dadas, y las de 1520 en nada se parecen a las de las décadas anteriores. En época de Cosme «en Italia no había armas ni potencias que los florentinos no pudieran, aun quedándose solos, afrontar con sus propias armas»[3], mientras en aquel instante la península está condicionada por la presencia de dos imperios, España y Francia, cuyo poder militar es muy superior al de cualquier ciudad italiana, y por el Papado, cuyas fuerzas no son desdeñables. El norte de Italia es consciente de que su supervivencia depende de acertar en el juego de alianzas con las distintas potencias en liza por lo que, en ese escenario, mantener el mismo tipo de orden, el de los acuerdos informales entre las grandes familias económicas florentinas a partir del prestigio aglutinador del representante de la más poderosa de ellas, supondría introducir un elemento de debilidad cuando lo que se precisa es fortaleza. En el siglo anterior, con la excepción del régimen mesiánico de Savonarola, Florencia había funcionado como una mera coalición de élites, pero en esos instantes difíciles, advierte Maquiavelo, lo que se precisa es un Estado, una estructura que impida la confusión entre lo público y lo privado y en el que los intereses particulares no sean colocados por encima de las necesidades de la ciudad. Y para que exista Estado no puede haber *imperium in imperio*, que es justamente el defecto florentino: hay demasiados poderes privados coexistiendo en el mismo espacio.

El diplomático señala a León X y al futuro Clemente VII que sólo existen dos posibilidades reales para una ciudad que quiera perdurar: el principado o la república. La fortaleza y la unidad precisas para asentarse en ese equilibrio entre potencias mayores sólo pueden provenir o de un líder que concentre rígidamente en sus manos el poder de la ciudad, o de un sistema que, por generar beneficios a la mayor parte de los ciudadanos, otorgue la unión y consistencia necesarias. Ambas formas son válidas si están correctamente encarnadas y son llevadas a cabo del modo adecuado; se puede elegir entre una u otra, pero no cabe término medio. Otra opción sería una enorme equivocación y la mayor de ellas consistiría en estructurar Florencia con el modelo de Cosme, porque sería equivalente a cerrar los ojos y que, al abrirlos, Francia y España hubieran regresado a sus antiguas fronteras; supondría querer borrar mágicamente las nuevas relaciones de fuerza que inciden en el destino de la ciudad.

La conclusión del memorándum subraya cómo la política interior y exterior

se condicionan, cómo cada actor está inserto en una red de posiciones que determinan sus posibilidades y cómo el lugar que se ocupa en ese mapa depende del poder con el que se cuenta, es decir, de la fortaleza y consistencia internas y de la capacidad de resistir, de generar temor o de dominar el resto de fuerzas que operan en el mismo espacio. En un instante en que las potencias europeas están desplegando su ajedrez en el tablero de las ciudades-república y en el que el poderío militar de estas es inferior, sólo caben alianzas de intereses en permanente movimiento[4], respecto de los tres grandes puntos de referencia, España, Francia y Roma. Es indispensable, por lo tanto, que ese juego no genere divisiones en el interior de la ciudad, por lo que un gobierno articulado a partir de las tensiones entre las familias poderosas supondría una situación de debilidad máxima. Florencia necesita un Estado que sitúe a los *ottimati* bajo una sola bandera.

Esta apuesta por la cohesión no significa, desde el punto de vista de Maquiavelo, la simple reducción a la unidad de la vida política y, en consecuencia, el nombramiento de un gobierno cuyas energías se destinen a sofocar las resistencias internas, sino que implica algo de mucho mayor calado: la estabilidad y la fortaleza, siempre precarias, no pueden lograrse más que mediante un equilibrio entre los deseos e intereses de los grandes y los del pueblo, entre las diferentes clases sociales que conforman la ciudad: sin esa «astucia convertida en institución»[5], no hay cohesión posible.

Los dos aspectos que contempla el diagnóstico del florentino, la interrelación de las fuerzas exteriores y el poder que puede hacer valer el Estado frente a sus rivales, así como la forma adecuada de lograr la unidad, son elementos especialmente útiles para nuestra época. El paso de la globalización a la geopolítica, en el que este regreso de lo reprimido ha configurado un nuevo mapa mundial, ya no puede ser obviado. China ha crecido gracias a una planificación continuada destinada a obtener influencia para su imperio y su desarrollo en capital humano, tecnología, energías limpias, inteligencia artificial y capacidad militar genera serios desafíos a la hegemonía estadounidense, Rusia ha recuperado su papel internacional y EEUU está replegándose para fijar un orden diferente que le permita asentarse mejor contra la gran potencia emergente. En ese nuevo escenario la Unión Europea se ha convertido en el personaje más débil. Por su estructura, carece de unidad interna, un mal que se ha agudizado en los últimos tiempos: el frente formado por Alemania, Holanda, Irlanda y los países del norte, los

grandes beneficiados por las actuales políticas de Bruselas, choca con los intereses de las naciones del sur, como Portugal, España, Italia y Grecia, además de con Francia, y encuentra contestación por el Este, con Hungría, Chequia y Polonia liderando el populismo anti UE. Tampoco goza de cohesión social debido a las diferencias de nivel de vida entre sus países y porque las dinámicas globales han empobrecido a buena parte de sus ciudadanos; y a ello se suma la falta de acuerdo en la acción exterior y la ausencia de un ejército propio. La UE posee una moneda, un mercado poderoso y capacidad comercial, pero sus debilidades son mucho mayores que sus fortalezas: el chascarrillo que se cuenta en las cancillerías es que «Europa se compone de países pequeños y aquellos que todavía no se han dado cuenta de que son pequeños»[\[6\]](#).

Pese a todo, la UE continúa siendo el gran sueño de las élites liberales, que se refugian en una deteriorada defensa de la democracia representativa, la economía de libre mercado y las sociedades abiertas, y que esperan que valores como la libertad, la igualdad de oportunidades y el multiculturalismo sigan ejerciendo de polo de atracción político para los europeos y para el resto del mundo. El problema de esta perspectiva y de las soluciones que aporta a la hora de afrontar el futuro es el mismo que sufrían los Médici: desean regresar a un mundo que ya ha partido. Dado que el reparto de fuerzas mundial es sustancialmente distinto, utilizar las mismas fórmulas que han conducido a esta situación sólo puede empeorar las cosas.

Los rivales de los europeos, además, parten con mucha ventaja. El desarrollo chino se apoya en un régimen vertical que proviene tanto de la estructura organizativa de los países comunistas de la era soviética como de los valores de la cultura asiática, lo que facilita la adhesión a ordenamientos en los que el sacrificio individual por el bien del colectivo no es problemático. El crecimiento económico que ha beneficiado a parte de su población, que está adquiriendo un nivel de vida impensable décadas antes, y la recuperación del orgullo nacional con el nuevo papel chino brindan al régimen de Xi una legitimidad interna incuestionable. Y el caso ruso es similar porque el Estado se ha construido alrededor de un líder personalista que fue capaz de poner orden en una sociedad muy dañada tras la caída del comunismo, en la que el bienestar se desplomó y cuyas poblaciones sufrieron un gran deterioro cotidiano por la presencia de las mafias. Tanto en Rusia como en China, cuando sus ciudadanos miran hacia atrás encuentran tiempos

peores de los que se ha logrado salir gracias a los dirigentes actuales. Europa y EEUU viven justo la situación inversa, porque la sensación de declive se ha extendido entre sus poblaciones, ya sea por el empeoramiento de las condiciones materiales, por la presencia de emigrantes o por la corrupción, según dónde señale cada opción ideológica. En cualquier caso, la legitimidad del sistema y de sus líderes es puesta a menudo en entredicho y más aún en el caso de una institución reciente y poco asentada como es la UE.

En ese escenario las élites globales encuentran la mejor solución en no moverse de su posición. Su modelo para Europa es seguir avanzando en las reformas, insistir en la sostenibilidad de las pensiones y de los sistemas de bienestar a través de su adelgazamiento, promover la formación como la única receta que puede asegurar un mejor futuro (mientras la mayor parte de su capital humano es destinada a empleos mal retribuidos del sector servicios) fomentar que las pequeñas empresas desaparezcan o sean absorbidas por firmas mayores y seguir generando recursos crecientes para los accionistas. En lo político alientan sistemas más transparentes (más sometidos a los instrumentos de medición financieros) y entienden que el único camino es avanzar en la integración europea a través de un reforzamiento de las instituciones comunitarias que ni siquiera se produjo cuando la situación era más favorable. Y por último, apuestan por afianzar el euro aunque sea a costa de las economías nacionales. Impulsar estas medidas equivale a cerrar los ojos y hacer como si nada hubiera cambiado; significa obviar las transformaciones geopolíticas y las consecuencias que tienen para los órdenes internos; tiene como resultado quedar sometidos a los designios del destino, esto es, a las fuerzas dominantes del momento.

La conclusión del informe del diplomático florentino, que subrayaba cómo el contexto histórico obligaba a elegir entre principado o república, puede aplicarse perfectamente a nuestro presente. Los sistemas políticos están inclinándose hacia regímenes fuertes, como ilustran los casos de Rusia y China, pero también los de Chequia, Hungría, Turquía, India, Israel o los EEUU de Trump. Modos más autoritarios de gobernar las sociedades están extendiéndose por Occidente, construyendo regímenes políticos en los que los líderes están mucho menos sujetos a procedimientos y garantías democráticos. La justificación de este giro se emparenta con las anteriores oleadas conservadoras: dado que los riesgos y los problemas que deben afrontarse son notables, ha de contarse con dirigentes a la altura que no

tengan las manos atadas por el débil segmento social que trabaja, aún sin saberlo, en pro de los enemigos del país. Pero este autoritarismo contemporáneo carece del efecto cohesionador que Maquiavelo atribuía a su figura del príncipe y ahonda las diferencias de poder existentes. En realidad, no es más que un tipo de liderazgo idóneo para una lucha en la que los países con más peso internacional pretenden concentrar más poder y recursos. Y su nueva legitimidad no es otra cosa que la prolongación de aquella vieja idea liberal según la cual la generación de más riqueza para las clases adineradas acabaría beneficiando en algún momento al conjunto de la sociedad; lo que aseguran estos sistemas es que si las grandes empresas de una nación acaparan mayores cuotas del mercado mundial y sus accionistas consiguen más dividendos, los ciudadanos de ese país aumentarán su nivel de vida. Pero esa lógica está siendo desmentida por los hechos y la realidad subraya que en países como EEUU, el Reino Unido, Alemania o España la desigualdad sigue creciendo.

El informe del diplomático tiene un final sorprendente. Después de haber realizado un fino análisis y haber expuesto las opciones, tras examinar las líneas de fuerza que determinan los tiempos y las posibilidades que un orden interno concreto abre o cierra, el consejero comete una torpeza llamativa para un hombre de su experiencia, que nada añade a lo descrito y que puede generar la sensación en el receptor de que no se halla ante un análisis objetivo sino ante la elección de una postura política determinada: tras proponer dos posibilidades, se aleja del tono aséptico y apuesta decididamente por una de ellas, describiendo de modo prolijo las ventajas que aportaría. Es un doble error, ya que no sólo resta credibilidad a sus reflexiones, sino que el autor la formula a sabiendas de que su recomendación caerá en saco roto. Maquiavelo insiste razonadamente en que la adopción de la república sería conveniente, pero no emplea argumentos de convicción morales sino que procura moverse en el pragmatismo, puesto que entiende que ese equilibrio entre grandes y pequeños es el mecanismo más preciso para alcanzar la cohesión y la fortaleza que los tiempos demandan. La posición del político italiano bien podría ser la nuestra hoy día. Jugar bien las bazas en un entorno geoestratégico no depende sólo de la cohesión interna, pero es este el factor que opera como condición de posibilidad, y por eso la mayoría de los regímenes presentes la buscan a través de la vía autoritaria. Lo que el pensador concluye es muy diferente, ya que sólo una sociedad en la que los

elementos de justicia social están en funcionamiento puede alcanzar un grado suficiente de compromiso y solidez, y para ello debe existir un poder central cuya fortaleza se articule a través de la reducción de las diferencias de poder. Esa operación convendría a los *ottimati* de nuestro tiempo, porque supondría un camino más seguro para su supervivencia. Nuestro escritor no recurre a razones éticas, sino que expone la simple mecánica interna de las sociedades, subrayando que cuando esos equilibrios han estado compensados, los imperios han durado mucho más tiempo.

Hoy como entonces, la advertencia de Maquiavelo debe ser formulada desde la certeza de que ninguna de las dos fuerzas en liza, el mundo globalista y el del puro poder, tiene interés alguno en ella. El caso de la UE es sintomático: una Europa fuerte podría ser un actor de primera magnitud que, si elige sabiamente sus alianzas, devolvería al viejo continente el papel decisor en el mundo. Para alcanzar ese objetivo los países del norte, empezando por Alemania, deberían cambiar su concepto de la unión y adoptar una visión diferente, que les restaría poder individual, pero se lo otorgaría por la vía del fortalecimiento colectivo. Mucho más que ceder soberanía, se trataría de impulsar acciones de calado que fueran positivas para el conjunto de la UE en lugar de pensar en lo que beneficia a corto plazo a las clases altas alemanas. La actual expresión de la organización europea determina que los países del norte salgan ganando a costa de los del sur, incluida Francia, y eso supone una debilidad primera que, de seguir creciendo, llevará a la fragmentación y a la ruptura.

Esa misma enfermedad se despliega en el interior de cada país, puesto que sus élites, ya se incardinan en la dinámica globalista o en el repliegue nacional, prosiguen en esa dinámica conservadora que concentra los recursos y el poder en menos manos, a menudo con la absurda ilusión de que el movimiento se detendrá cuando llegue ante su puerta. De momento, el cambio geopolítico, el enfrentamiento de la lógica de los territorios frente a la de los flujos, no ha provocado más que la inmersión en formas más autoritarias de gestión de las sociedades y el aumento de la desigualdad económica. Como bien señaló Maquiavelo, este sería el momento de la república, entendida como el mecanismo de equilibrio entre los poderes de las distintas clases sociales, porque es el único instrumento que asegura estabilidad y permanencia; pero afirmar esto es caer en el mismo error que el florentino, porque ahí fuera nadie está dispuesto a escuchar, y la

consecuencia será que seguiremos cayendo en la irrelevancia.

[1] [<http://www.textos.info/nicolas-maquiavelo/discursos-sobre-la-situacion-de-florenia-tras-la-muerte-del-joven-lorenzo-de-medicis/ebook>].

[2] Gabriel Albiac, *Sumisiones involuntarias*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 18. Sigo aquí el excelente análisis que realiza el autor en su capítulo sobre Maquiavelo y Guicciardini.

[3] Maquiavelo, *op. cit.*

[4] G. Albiac, *op. cit.*, p. 32.

[5] C. Lefort, *op. cit.*, p. 243.

[6] J. Piqué, *op. cit.*, p. 232.

CAPÍTULO VI

HASTA AQUÍ HEMOS LLEGADO

6.1. La dimensión del poder

A lo largo del texto hemos visto cómo, más allá de las ideas en las que se apoyan, las sucesivas revoluciones conservadoras han conseguido concentrar poder, influencia y recursos en menos manos; que no puede entenderse la política actual sin tener en cuenta este aspecto; y que tomados desde esta óptica los términos conservador y progresista poseen un significado distinto del usual, no ligado a una relación concreta con el tiempo. Hemos mostrado cómo la preservación de lo existente y la resistencia a las transformaciones pueden ser utilizadas por las partes más favorecidas de la sociedad para acrecentar su poder y que el proceso contrario (el impulso decidido de los cambios), también ha sido empleado con el mismo propósito. Pero, sobre todo, hemos descrito la inexistencia de una relación tan directa entre los conceptos y sus usos políticos que impida el choque radical entre unos y otros: del mismo modo que el comunismo estalinista nada tenía que ver con lo escrito por Marx, muchas derivas del cristianismo serían señaladas como abominables por Jesucristo y el liberalismo contemporáneo entraría en la categoría de anatema para Adam Smith, por citar sólo unos cuantos ejemplos.

No es un problema únicamente contemporáneo, pero en nuestra época está muy vivo. Nos hemos enredado en la defensa de los conceptos, en la potencia de unos frente a otros, en las discusiones abstractas acerca de qué sistemas son mejores y cuáles más perjudiciales y hemos olvidado en ese trayecto las realidades concretas que generan. Las ideas son difícilmente separables de sus aplicaciones; no se despliegan en el vacío, sino en entornos concretos con estructuras y relaciones sociales determinadas. Desde esta perspectiva, la historia enseña cómo los conceptos ideológicos sirven para ofrecer legitimidad al orden estructural de una época o para promover cambios sociales, pero mucho más a menudo manifiesta cómo el poder suele retorcer o pervertir las ideas para permanecer, acumular más poder y recursos, perseguir ambiciones personales o beneficiar a un grupo de la población. Por eso resulta indispensable, junto con el análisis de las bases conceptuales explícitas de un orden determinado, desnudar su estructura social, separarla de sus legitimaciones y observar el resultado subyacente. A la hora de

examinar una gran empresa se puede reparar en sus cifras de rentabilidad, en la tarea que realiza, en el lugar que ocupa en su sector o en la imagen que su departamento de comunicación difunde sobre su función y su importancia social. Pero también se la puede desvestir, radiografiándola a partir de cómo se concentra o se dispersa la toma de decisiones y de qué manera se reparten finalmente los recursos: una firma en la que la retribución de los directivos haya aumentado en gran medida mientras el resto de los salarios desciende, o a la inversa, dice mucho más acerca de su realidad que los principios explícitos (como la orientación al cliente, la apertura a la innovación, etcétera) sobre los que construye su imagen. Con los sistemas políticos este análisis se antoja imprescindible: conocer cómo se toman las decisiones importantes y en qué espacios se concentran o identificar los beneficios o perjuicios materiales que causa y a qué partes de la población, dirá mucho más de su verdad que los conceptos a través de los que se legitime. Dicho de otro modo, examinar quiénes salen ganando y quiénes pierden con un régimen determinado es fundamental para conocer la realidad de ese sistema.

Esta mirada no implica desechar las ideas ni sostener que las palabras sean inútiles. Los conceptos políticos son instrumentos de legitimación que se utilizan para asentar una estructura y un reparto de posiciones sociales, lo cual puede ser tan opresivo como beneficioso, pero también contienen imágenes de futuro construidas con deseos, orientaciones y definiciones sobre lo que debería ser y, desde esa perspectiva, pueden ayudar a convertir las aspiraciones en realidad, para bien y para mal. Pero, en cualquier caso, y siendo conscientes de que las ideas son dinámicas y de que su contenido admite distintas expresiones, interpretaciones y usos, también debe constatarse que su flexibilidad no es ilimitada. Las palabras no se pronuncian en vano, incluso cuando se pretende hacer de ellas un uso meramente instrumental: al apoyar un ordenamiento jurídico en preceptos explícitos, este queda obligado a realizar acciones que vayan en la dirección de lo establecido, al menos para mantener suficientemente la ficción. En el instante en que las normas y sus aplicaciones concretas entran en contradicción, se generan fricciones que deterioran el orden existente y que suelen contestarse con una reacción rígida que restringe libertades: estirar y deformar los conceptos, las normas y las ideologías obliga a utilizar un plus de fuerza para mantener su operatividad. Este desgaste añadido produce la formación de nuevas resistencias, al menos a medio plazo, y favorece la debilidad de ese

orden respecto de enemigos exteriores.

Este mal, que han padecido los principales sistemas políticos de la historia, se manifiesta de forma muy palpable en el nuestro, puesto que los conceptos se están trastocando de modo apreciable: la defensa de la democracia frente al totalitarismo es propugnada por quienes insisten en que un buen gobierno es solo el dirigido por expertos designados por las clases dominantes; el mantenimiento del Estado del bienestar es exhibido como objetivo prioritario de quienes presionan insistentemente para que disminuyan (sea en forma de recortes o de pago de intereses de la deuda) las cantidades que los políticos destinan a sus ciudadanos y la necesidad de creación de puestos de trabajo es el principal argumento de quienes reestructuran el mercado laboral para facilitar que se emplee a un menor número de personas con salarios cada vez más bajos.

Paradójicamente este desgaste de los conceptos no ha provocado que la sociedad se aleje de ellos, sino que ha acentuado y ha hecho más enérgicas las disputas ideológicas, a menudo a causa de aspectos poco relevantes. Algunos sectores políticos han comprendido que en un mundo de conceptos frágiles lo importante no es el contenido sino su popularidad y que su tarea es utilizar significantes comúnmente aceptados que permitan ganar poder, aunque el sentido que se les otorgue sea equívoco. Y buena parte de la población sigue esperando propuestas mejores, como si todo fuese una cuestión de ingenio, como si faltasen por inventar técnicas más afinadas que pudieran dar respuesta a los problemas de la sociedad sin modificar demasiado lo existente.

Introducir la dimensión del poder no es banal en este contexto y no sólo porque constituya una parte esencial de todas las organizaciones sociales, algo que desde Maquiavelo conoce la ciencia política, sino porque permite poner el foco en el problema principal de nuestro tiempo, en el que la pregunta no es qué hacer, sino quién lo hará: lo que nos falta no son soluciones, sino el poder necesario para aplicarlas. Por citar algunos ejemplos conocidos pero relevantes, bastaría con que el Banco Central Europeo adoptase un par de medidas para que la era de la austeridad finalizase; algo de arrojo por parte de algunos Gobiernos de países importantes sería suficiente para que la presión fiscal dejase de crecer para las clases medias y bajas y aumentase para las altas; y con una acción política decidida el precio de la vivienda, como el de otros bienes necesarios, descendería en lugar de

elevarse. El problema no es la calidad de las ideas que se aportan al debate público, sino que las élites no quieren remedios, ni buenos ni malos, que no sean aquellos que vayan en la dirección de concederles más poder y recursos.

Ese es el obstáculo de fondo al que se enfrentan la mayoría de las propuestas que se ponen en juego. Ideas como la renta básica son un buen ejemplo, ya que tienden a ser consideradas desde su validez potencial, pero haciendo abstracción del reparto de fuerzas, de la estructura social y de la intención política del momento en que podrían ser aplicadas, lo cual implica perder de vista la realidad. La renta básica parece una solución progresista para un mundo en mutación en el que teóricamente se perderán muchos puestos de trabajo y muchos empleos. En ese escenario, los recursos para la subsistencia que proporcionaría el Estado a través de esta nueva vía resultarían particularmente útiles para quienes se vieran apartados por la revolución tecnológica, puesto que les proporcionaría los medios necesarios para su reconversión. Es una medida apoyada tanto por partes de la izquierda contemporánea como por los directivos del sector tecnológico, que la consideran un remedio justo frente a los cambios que nos esperan y que ayudaría a poner freno a posibles conflictos sociales. Sin embargo, esta teoría olvida lo principal; no tiene en cuenta qué mano es la que empuña el arma: mientras persista este contexto en el que la concentración de poder y recursos es prioritaria, tales soluciones, si se aplican, irán en esa misma dirección. La renta básica podría convertirse en una inversión de la posición socialdemócrata de los ochenta, que aspiraba a redistribuir por vía institucional la pérdida de poder adquisitivo de los salarios, y transformarse en un complemento salarial estatal que compensase las retribuciones que las empresas dejan de pagar con el objetivo de generar más valor para el accionista; o podría establecerse como una medida neoliberal, en la que a cambio de una renta determinada, el Estado dejaría de sufragar la educación, la sanidad, las pensiones y los servicios sociales: simplemente se proporcionaría una cantidad mensual que el ciudadano invertiría en aquello que entendiésemos prioritario, como pagarse un seguro médico, un fondo de pensión privado, la educación de sus hijos o las copas en el bar. Pero a este mismo problema debe enfrentarse la derecha cuando propone el cierre nacional como camino de mejora del nivel de vida de sus ciudadanos. Con el actual reparto de fuerzas, no serían las pymes o los trabajadores autóctonos los grandes beneficiados, sino las empresas de mayores dimensiones, justo

esas que cada vez precisan menos mano de obra. Las ideas dextropopulistas, como las que está aplicando Trump, tienen como objetivo la consecución de mayores recursos para las principales firmas estadounidenses y no el bienestar de sus clases medias y trabajadoras. En otras palabras, con la actual relación de fuerzas, tales propuestas, de derecha o izquierda, se convertirán en una versión legitimadora y distorsionada del poder existente. Desarrollar estas iniciativas en el sentido que fueron imaginadas requiere de un cambio de contexto político que ponga freno a esta oleada conservadora; significa, en otras palabras, plantear las preguntas acerca de quién tiene el poder, cómo lo utiliza y a quién beneficia, en lugar de centrarse en las ideas que se proponen. «Qué hacer» es la segunda parte del problema, no la primera.

6.2. La corrosión de las normas

Introducir la variable del poder y de la estructura implica también reconocer que los sistemas políticos están, por el mero paso del tiempo, sometidos invariablemente a transformaciones. El orden que se crea tras la Segunda Guerra Mundial es producto de una nueva relación de fuerzas en la que Occidente defiende su espacio frente a la URSS a través del poder militar, de guerras *proxy* en países no europeos y de la construcción de sociedades con un elevado grado de bienestar. Los ejércitos protegían las fronteras al mismo tiempo que aumentaba el nivel de vida de sus poblaciones, un arma de combate que impedía que la influencia soviética se propagase por Europa. Cuando la URSS cayó, las bases del sistema, la democracia liberal parlamentaria y la economía de mercado continuaron siendo las mismas, pero las transformaciones que se sucedieron condujeron al continente a una situación muy distinta.

Las sociedades contienen no sólo un conflicto entre los diferentes grupos que las componen, sino una tensión habitual entre el poder y sus límites. Las fuerzas que crean los sistemas cristalizan en una estructura y un sistema normativo. Lo usual es que exista un combate continuo entre las clases dominantes y el cuerpo legal que han tejido como legitimación, y que constituye el límite a su acción, en el que cada una de ellos intenta ganar espacio. Cuando un sistema se enfrenta a un enemigo exterior fuerte, las tensiones internas quedan sofocadas en parte por la importancia de la unidad, pero cuando este no existe lo usual es que las clases con más poder ganen terreno a las leyes y las adapten, en su expresión y en su interpretación, a sus propósitos. Eso es lo que ocurrió en Occidente tras la caída del comunismo soviético y el inicio de la era global, momento en que se puso en marcha un nuevo sistema legal internacional, con instituciones como la Organización Internacional del Comercio, el Fondo Monetario Internacional o los tribunales de arbitraje, que construyeron una nueva arquitectura de poder. Fruto de ese impulso se promovieron nuevos marcos de actuación para los grandes actores globales, como las multinacionales o los fondos de inversión, que reorganizaron las estructuras jurídicas estatales dando lugar a leyes más

favorables a sus intereses, pero también a reinterpretaciones de las normas existentes, como las relativas a la competencia, las laborales o las fiscales, que les eran claramente beneficiosas. Se constituyó así un tipo de sociedad peculiar en la que la excepción[1] era la gran ventaja competitiva, pues mientras la gran mayoría de los ciudadanos seguía sujeta a reglas y procedimientos, unos cuantos actores globales lograban evitarlos, lo cual les procuraba una posición de ventaja.

La globalización también consistió en la corrosión del poder normativo, es decir, en la producción de un entorno en el que las fuerzas sociales preponderantes saltaron por encima de los límites que una vez aceptaron. Como hemos visto, esta reestructuración causó efectos en una doble dirección ya que, si en lo interno fue capaz de minimizar las resistencias, dio lugar a la emergencia de nuevas fuerzas externas en clave geopolítica. El resultado era esperable, porque cuando la fuerza se impone sobre la norma suele activar una serie de efectos perniciosos que terminan debilitando la cohesión social, pero también la posibilidad de actuar de forma pragmática. Uno de los más significativos que padece nuestra época es lo que se ha dado en llamar postburocracia, una repetición de los males que producían las viejas estructuras verticales, pero aumentados y amplificadas por la utilización de medios tecnológicos. Del mismo modo que la vieja burocracia desanimaba el desarrollo de un buen trabajo mediante la limitación de la autonomía y su desprecio por las novedades, la nueva aleja a los empleados y servidores públicos de la productividad y eficiencia reales a través de la presión sistémica para adecuarse a órdenes demasiado cambiantes y para alinearse con la lógica del resultado o con las simples directrices de sus superiores. Se fomentan las ideas predecibles, la ausencia de pensamiento crítico, las fórmulas estándar de realización de las tareas, la subespecialización excesiva y la infrautilización del talento, así como la promoción de los más leales y menos capacitados[2]. Las exageraciones sobre los logros presentes y futuros, la rendición de cuentas inflada, las propuestas cuyo único objetivo es la seducción y la aceptación acrítica se convierten en demasiado comunes y acaba generándose un contexto en el que se ofrecen las respuestas que quieren escuchar quienes han formulado las preguntas. Las instituciones «están gobernadas por dirigentes que avanzan en sus carreras porque siempre juegan sobre seguro y porque ven el pensamiento diferente como un peligro para sus carreras». En ocasiones, los expertos no cuentan la verdad para no

procurarse complicaciones y en otras porque carecen del conocimiento necesario para distinguir las hipótesis de las realidades[3]. Incluso en terrenos como la inteligencia los analistas se centran en redactar memorandos breves sobre temas del día para que sean leídos por el presidente de la nación. Ya no existen analistas liberados de los acontecimientos diarios que puedan investigar asuntos a fondo, ni tampoco grandes expertos en casi ninguna materia. Ninguno de ellos, «sabe mucho de casi nada. La experiencia y el conocimiento no sólo no son valorados, sino que se desconfía de ellos»[4].

El resultado final es que se acaba conformando un tipo de pensamiento grupal articulado a través de creencias que se consideran incuestionables y que configuran ámbitos dominados por lo que Irving Janis denominó *Groupthink*. Los expertos formulan las recomendaciones o las conclusiones que su grupo o su sector espera de ellos, pero expresadas con más ingenio o añadiendo algunos matices. Todo el mundo piensa de forma similar y los puntos de vista de los superiores no sólo se aceptan sin refutaciones, sino que los análisis que se efectúan se encaminan a ratificarlos, una actitud que constituye el camino más rápido hacia la ineficiencia.

Esa mezcla de cinismo y pragmatismo como instrumento de supervivencia aparece no sólo como una dinámica individual, sino que se prolonga en los grupos informales que estructuran los colectivos. El mundo postburocrático, más que la cooperación, alienta entornos enfrentados que trabajan siguiendo agendas propias en lugar de las del conjunto. Las guerras internas por el territorio son parte habitual de la vida institucional, pública y privada, lo que eleva el número de compartimentos estancos, así como la sensación generalizada de que los enemigos más peligrosos son los que están dentro.

Las instituciones públicas y privadas contemporáneas, al entrar en esta dinámica de competencia interna, no se alejan de la exigencia de lealtad ciega que reinaba en los tiempos de la vieja burocracia, sino que la trasladan a sus facciones. De igual modo que en los partidos políticos la fidelidad no se debe a la organización sino a los distintos grupos de poder que ordenan su vida interna y a los líderes que los representan, que son quienes tienen la capacidad de empujar a sus militantes hacia las metas a las que aspiran, en las empresas, las instituciones o los gobiernos ocurre algo muy similar y son esas fidelidades no explicitadas y esas amistades y enemistades grupales las que explican las formas reales del poder.

El fin de la globalización no podría haber ocurrido sin esta pérdida de

visión, eficacia y de perspectiva. La mayor parte de los imperios, por deterioro, por agotamiento y sobre todo por esta coagulación alrededor de sus propias certezas y de sus inercias, crean las condiciones de su debilitamiento y por tanto de su final. Ha sucedido en numerosas ocasiones a lo largo de la historia y el nuevo mapa político del siglo XXI es una demostración más. Como hemos visto, el enorme crecimiento chino no podría haberse dado sin la torpeza occidental, que ofreció el contexto para que una nación que no estaba entre las cien primeras del mundo en los años setenta se haya convertido en la segunda, tanto en poder económico como en militar. No se puede entender el fracaso en Oriente Medio sin las malas lecturas, la nefasta estrategia y la deficiente ejecución de los planes trazados, del mismo modo que el espacio abierto para el tráfico de personas, armas o drogas en Libia y el Sahel no puede explicarse sin la errónea decisión de acabar con el régimen de Gaddafi sin tener un plan sólido para estabilizar la región; o tampoco puede comprenderse la crisis económica de las *subprime* sin la ineptitud de unos expertos financieros que pensaron que serían capaces de sostener sus enormes juegos especulativos sobre los pagos de hipotecas que realizaría gente con recursos mínimos. Los imperios pierden pie por muchos motivos, pero sus propios errores son la causa más frecuente, y en ese escenario es en el que estamos.

[1] Esteban Hernández, *Los límites del deseo*, Madrid, Clave Intelectual, 2016.

[2] E. Hernández, *op. cit.*

[3] John Nixon, *Debriefing the President: The Interrogation of Saddam Hussein*, Nueva York, Blue Rider Press, 2016.

[4] «Review: “Debriefing the President” Tears into the CIA», *New York Times*, 18 de diciembre de 2016 [<https://www.nytimes.com/2016/12/18/books/review-debriefing-the-president-tears-into-the-cia.html>].

6.3. Guerra de élites

El nuevo reparto del poder abre un doble frente, tanto en el nivel de las relaciones internacionales como en el interior de cada Estado, que afecta especialmente a Europa. El regreso a la geopolítica ha llevado a que las dos grandes potencias estén intentando que su radio de influencia se amplíe, y una vez que la derecha ligada a Trump pudo constatar cómo sus posibilidades de expansión han quedado limitadas por China, ha tomado la decisión de exigir cada vez más parcelas de poder y recursos a sus aliados tradicionales. EEUU trata de recuperar la hegemonía global a partir de la reabsorción de áreas que había compartido durante la era de la globalización, del aumento de la presencia de su país en las zonas geográficas con recursos naturales esenciales y de ejercer presión para que los mercados del resto del mundo se abran a sus empresas, comenzando por las tecnológicas. Del otro lado, China está ganando peso internacional gracias a su uso de las armas comerciales, a la gran cantidad de capital de la que goza y a un crecimiento que le permite planificar el futuro.

Esos dos polos conducen a Europa hacia una nueva posición en la que debe tomar decisiones trascendentales. Parte de las clases dirigentes de EEUU y de Israel entienden que en ese rediseño del poder mundial la UE es más un problema que una ayuda, ya que resulta un impedimento para las pretensiones comerciales estadounidenses, dado su carácter de competidor comercial, y para los planes de Trump y Netanyahu en Oriente Medio debido al habitual apoyo de los europeos a la negociación y a las posturas conciliadoras. Otra parte de las élites estadounidenses piensa que han de conservarse las alianzas establecidas tras la Segunda Guerra Mundial, que Europa puede ser un aliado necesario frente a Rusia y que ayudará a tener bajo control a China, un país que tiene que integrarse como un actor del mundo global en temas sensibles como el cambio climático y al que sería un error considerar simplemente como un rival.

Esta guerra entre las élites occidentales obliga a Europa a elegir entre tres marcos posibles. Podría dar pasos adelante en su consolidación interna y establecer relaciones más estrechas con Rusia, un Estado que posee fuentes

de energía abundantes que son necesarias para el continente y que cuenta con un notable poderío militar, lo que conduciría a Europa (Eurasia) a constituirse como una potencia independiente a la altura de las otras dos; esta posibilidad, no obstante, apenas es tenida en cuenta. La segunda es continuar en el marco de la era global, tomar a China como aliado y empujar en la dirección de una gobernanza global y multipolar, que es la postura de Merkel, Macron, Sánchez, Trudeau o el defenestrado Renzi. Y la tercera opción consiste en alinearse con las tesis de Trump, buscar salidas nacionales, renegociando cada Estado las condiciones bilaterales con EEUU, y encontrar por este camino una mejor posición en solitario de cara al futuro. Esta posibilidad, aunque no sea la mayoritaria en la UE, ya ha empezado a cobrar cuerpo en la forma de la Italia de Salvini, la Francia de Le Pen, la Chequia de Zeman, la Hungría de Orban y el Reino Unido del Brexit. Su consecuencia natural es la ruptura de la UE.

Tales cambios en las relaciones internacionales han tenido efectos en la política interna, que ha quedado configurada por un eje a un lado del cual aparece una nueva derecha, la populista ligada a Trump, que apuesta por lo nacional, el cierre de fronteras a los emigrantes y un sistema económico capitalista que ponga trabas al libre comercio; en el otro lado de la línea se sitúa la fuerza política integrada por la alianza entre lo que queda de la socialdemocracia tradicional y la derecha europeísta, esa posición que encarna Macron, pero también Felipe González, Solana o Albert Rivera, y que aboga por unir más a la UE bajo el paraguas del liberalismo global. En España las posiciones pro Europa no son puestas en cuestión por los partidos con mayor peso electoral, pero en el resto de la UE el fantasma del nuevo populismo nacionalista se ha convertido en la principal fuerza de oposición.

Esos son los dos movimientos políticos predominantes hoy y ninguno de ellos ofrece la solución al problema estructural de las sociedades, el de la desigualdad, es decir, el de la reabsorción por las clases altas del poder y los recursos. Las dos posiciones, la de Washington y la de Davos, permanecen ancladas en el marco conservador previo y tampoco se adivinan en el horizonte movimientos que hagan prever un viraje hacia posturas más integradoras. Y esto es un grave inconveniente para Europa, puesto que cuenta con la cohesión más débil de las potencias en disputa: mientras el Gobierno chino es respaldado por su población por razones materiales y culturales, y el votante estadounidense puede ver con buenos ojos un cierre

de la globalización del que salga beneficiado, la UE está atravesada por tensiones territoriales y ha perdido, al menos en parte, los dos factores que le otorgaban solidez: un notable nivel de libertades políticas y un bienestar económico generalizado inusual en la historia. Estos han sido, mucho más que un pasado y una cultura comunes, los elementos centrales que han dado forma al sistema occidental y que generaban legitimidad entre sus ciudadanos, esa que fue tan útil a la hora de defender el capitalismo de los enemigos del otro lado del Telón de Acero. Sin embargo, ambos aspectos, el político y el económico, juegan ahora en contra de la cohesión, ya que las estructuras de la UE son percibidas como poco democráticas por buena parte de sus ciudadanos y el declive material se ha dejado sentir notablemente entre sus poblaciones. Sin ambas, la UE tiene escaso sentido.

En este escenario, Occidente tiene dos opciones: o dar un giro en el que se recuperen las posibilidades de desarrollo vital, la estabilidad y las perspectivas de futuro de sus poblaciones o caer en las redes de regímenes autoritarios. Europa debe escoger, asimismo, entre ocupar un espacio propio en el juego político mundial o fragmentarse, tras un periodo de tensiones, en naciones o grupos de ellas que elegirán sus propias alianzas. La UE, de momento, no ha tomado decisión alguna y sigue presa de las necesidades de la derecha alemana y de los deseos del mundo global ligado al macronismo, lo cual arrojará a Europa más tarde o más temprano en brazos del populismo conservador. Las élites globalistas siguen empeñadas en continuar por el mismo sendero por el que han transitado las décadas anteriores aun cuando ya saben que resulta impracticable.

Y esto nos devuelve a la pregunta central, la relacionada con la agencia, la de quiénes van a ser los actores capaces de provocar los cambios. Los poderes institucionales, políticos y económicos que podrían activar esa modificación son también aquellos que han causado la debilidad de Europa. Siguen al frente de la UE, enredados en sus inercias y repitiendo las mismas fórmulas, de modo que su único instrumento de legitimación es la potencia de los nuevos enemigos; sólo desde la visualización del riesgo que supone Trump y los nacionalismos pueden llegar a convencer a las poblaciones occidentales de la bondad de su modelo. El problema de esta contraposición con el mal mayor es que ya ni siquiera les funciona: el Brexit, Italia o Chequia son las pruebas palpables de su menguante capacidad de convicción.

Pero quizá sea el caso estadounidense el más representativo, en cuanto

revela un instante en que las élites globalistas, puestas entre la espada y la pared, eligieron la inmovilidad. Trump había derrotado al *establishment* del partido republicano y había sido nombrado candidato a la presidencia. Los demócratas debían optar entre Hillary Clinton y Bernie Sanders, entre una representante de las capas privilegiadas de su país y el viejo *outsider* que ponía la nota de color; entre el izquierdista a la vieja usanza socialdemócrata y la candidata que representaba la opción continuista. El aparato del partido demócrata hizo todo lo posible por favorecer a Hillary en el proceso de primarias porque creía que lo mejor en esta nueva época era seguir haciendo lo mismo. En su ceguera, las élites globalistas pensaron que el mensaje del republicano era lo suficientemente burdo como para alejar a la mayoría de los votantes de su país y creyeron que si presentaban a una mujer, avalada por Obama, que lograra apoyos entre las minorías, como oponente de un candidato machista, xenófobo y retrógrado, todo saldría bien, especialmente si las televisiones y diarios de mayor prestigio situaban las elecciones bajo ese foco. Salió mal. Los sondeos señalaban a Sanders como el mejor situado para batir a Trump porque representaba todo aquello que podía ganar el voto popular: conectaba mejor con el electorado demócrata de base, personificaba muchas de las aspiraciones del americano progresista y podía pelear mejor en los estratos de clase media baja que estaba ganando el candidato republicano. Los globalistas afirmaron que el viejo y blanco Bernie, preocupado por los asuntos materiales y no por los culturales, sería incapaz de ganar el voto de las minorías raciales y abanderaron la opción perdedora. Pero resultaba lógico: apostar por Sanders implicaba un freno a la revolución conservadora y obligaba a tomar medidas económicas y sociales que iban en sentido contrario al de sus preferencias. De modo que las élites mandaron el mensaje inequívoco de que no pensaban dar marcha atrás y prefirieron entregar el gobierno a Trump.

Ese tipo de torpeza recorre hoy Occidente. Ante la amenaza de la derecha populista, el camino más sencillo para conservar el sistema sería adoptar medidas que combatiesen la desigualdad y reforzasen el nivel de vida de las poblaciones occidentales, reformar algunas instituciones clave, ser contundentes con la corrupción y sentar las bases de un futuro más democrático. En su lugar, las élites globalistas y los partidos políticos que defienden el orden de las últimas décadas pretenden seguir adelante como si nada pasase: reconocen que existen problemas, pero sus actos van en

dirección contraria a sus discursos. Hasta la fecha, la estabilidad del sistema se sostenía en gran parte en la idea de que no había alternativa, pero la aparición de los populismos de derecha ha quebrado esa convicción. La puerta se ha abierto y los votantes saben ya que otro mundo es posible, aunque pueda ser peor.

De modo que este momento maquiavélico nos conduce, como ciudadanos europeos, a un contexto complicado, porque ninguna de las fuerzas principales de nuestro tiempo empuja hacia una dirección progresista (es decir, ninguna pretende distribuir el poder y los recursos en lugar de concentrarlos) y las que sí combaten la oleada conservadora carecen de la aceptación social y del poder, aunque sea de pura resistencia, para modificar las posturas de los dos bloques dominantes.

En ese contexto, el problema no son las ideas. Para contener la amenaza de ese populismo instigado por EEUU bastaría con poner en marcha propuestas tan moderadas como aumentar los impuestos al uno por ciento más rico y a las grandes herencias, ofrecer salarios decentes, reducir la brecha entre los sueldos de directivos y los de la media, gastar más dinero en la educación pública o equilibrar los impuestos sobre el capital^[1], lo que mandaría un mensaje prudente e inequívoco en la dirección de reducir la desigualdad y de generar más ventajas materiales a las capas medias y trabajadoras de Occidente; del mismo modo, establecer reglas que permitiesen la participación democrática en instituciones clave de Europa, disminuir sustancialmente el poder de los *lobbies* y reformar el reparto de poder de la Unión de modo que no sean los países del norte los únicos beneficiados significaría una apuesta sustancial por el futuro de Europa.

Pero no vamos por ese camino sino por otros que llevarán hacia propuestas más rupturistas, tanto por un lado como por otro del espectro político. Las políticas fuertes, sean del lado de la derecha o de la izquierda, se están promoviendo fuera del marco de la UE, lo cual es evidente en la izquierda. Sanders o Corbyn cuentan con programas más atrevidos que los de los partidos de su estrato en Europa y, lo que es más importante, expresan la convicción de que les sería más fácil, si llegan al poder, hacerlos efectivos.

[1] Branco Milanović, «Los obligados cantos fúnebres de Davos», *Ctxt*, 31 de enero de 2018 [<http://ctxt.es/es/20180131/Firmas/17515/Davos-branco-milanovic-desigualdad-politica-fiscal.htm>].

6.4. Nosotros

Esta reconfiguración global obliga a que nos formulemos muchas preguntas. En un contexto de grandes potencias, en donde el tamaño importa, en el que la demografía, el acceso a los recursos básicos y el poder militar son decisivos, la UE podría ser una gran opción para España. Pero si Bruselas continúa dibujando un sistema que beneficia a las clases adineradas del norte de Europa y perjudica a los países del sur y a las clases medias y bajas europeas, es comprensible que empecemos a considerar si España debe formar parte de la Unión y en qué condiciones. Del mismo modo, en el caso de que las tensiones existentes en la UE sigan fragmentándola o terminen rompiéndola, nos veremos obligados a plantearnos cuáles deberían ser nuestros aliados, de la mano de quién iremos en este nuevo entorno geopolítico, y qué posición ocuparíamos entre los nuevos socios. A nivel estatal tendremos que reflexionar acerca de qué fuerzas políticas caminan en el sentido de combatir esta reabsorción de poder y recursos por las clases dominantes, y qué alternativas políticas se abren para que las poblaciones cuenten con un nivel de bienestar digno, máxime cuando el escenario global ha reducido la capacidad de acción de los gobernantes nacionales.

Pero sobre todo deberíamos empezar a preguntarnos por nuestro papel en todo esto. Nos hemos acostumbrado a un modo de acción típico en momentos de impotencia que nos lleva a colocar nuestras esperanzas del lado de las instituciones, como si cambiar la realidad cotidiana no estuviera en manera alguna en nuestras manos. La participación política contemporánea consiste fundamentalmente en expresar nuestros deseos, inquietudes o malestares, ya sea mediante manifestaciones, presión sobre los poderes públicos o la difusión de opiniones en medios de comunicación y redes sociales, esperando que esas demandas sean recogidas por los actores políticos. Parece que la capacidad de acción se reduce a formular de la manera más alta y más clara posible qué se debería hacer y esperar que las instituciones apliquen medidas en la dirección que solicitamos. Y lo que hemos constatado en las últimas décadas es que ese tipo de participación, por necesaria que resulte, ha producido efectos escasos. La resistencia que han encontrado las oleadas

conservadoras ha sido fundamentalmente discursiva, lo cual ha permitido derivar las luchas hacia el plano teórico y comunicativo al mismo tiempo que transformaban la realidad paulatina e incesantemente. E incluso en algunas áreas donde esas demandas han sido recogidas, como las relacionadas con la igualdad de género, la emigración, la defensa de las mujeres maltratadas o la atención a los dependientes, los avances han tenido mucho de virtuales, puesto que se han promulgado leyes, y algunas de ellas muy beneficiosas, que a la hora de su aplicación no contaban con la dotación necesaria para lograr efectividad.

Salir de esta trampa nos obliga a interrogarnos sobre cómo construir alternativas que consigan resultados, que generen el poder suficiente como para cambiar el escenario, en pequeña o en gran medida, en un contexto difícil. Si la pregunta es quién va a hacerlo y no qué hacer, hemos de empezar por constatar que la participación política es minoritaria en un instante acelerado que nos deja escaso tiempo libre, en el que existe desánimo respecto de la acción colectiva, en el que los instrumentos típicos, como los sindicatos más importantes, son percibidos como ineficaces y en el que la búsqueda de una salida individual se ha erigido en el tipo de acción más pragmática. De manera que dar respuesta a la gran pregunta tiene que ver en primer lugar con tejer vínculos y ofrecer propuestas de acción que generen resultados en lo inmediato. Todas las instituciones exitosas, desde los sindicatos de la era fordista hasta la Iglesia católica, utilizaban grandes palabras, pero ofrecían ventajas cotidianas, ya fuera un puesto de trabajo o la defensa frente a los abusos, o la absolución de los pecados en la confesión.

En este sentido, las resistencias deben ser estratégicas: si esta doble oleada conservadora tiene como objetivo la desposesión de poder y de recursos de la mayor parte de la población y utiliza para ello determinados instrumentos, basta con operar a contrapelo de este movimiento para generar fuerzas útiles en el terreno cotidiano. Hay que tomar en serio políticamente el consumo: ya que la intervención conservadora extrae cada vez más beneficios de bienes esenciales como la vivienda, el transporte, la educación o la sanidad, o aboca a un gran segmento de la población a la compra de productos de calidad deficiente, como ocurre con la comida, o puesto que los servicios bancarios y los de sector de la comunicación están cada vez más expuestos a abusos, producto de los monopolios y oligopolios que los controlan, es indispensable identificar este terreno como un campo de acción política de primera

magnitud sobre el que no sólo pueden construirse alternativas sino, sobre todo, en el que es posible activar fuerzas de oposición que funcionen a nivel jurídico, de mediación y discursivo.

Igual ocurre en cuanto al funcionamiento del mercado. Comprender que hemos pasado del momento de la producción al de la mediación y que los cuellos de botella que permiten convertirse en actores dominantes provienen de la distribución, tiene consecuencias obvias para el reparto de los recursos materiales. El aumento enorme de la concentración lleva aparejado que en esta nueva organización mercantil existan multitud de perjudicados que se ven afectados de distintas maneras pero que comparten una característica: han salido perdiendo. El capitalismo de contenedor o de plataforma es un buen ejemplo de esto. Para combatir este acaparamiento y generar resistencias efectivas hay que entender como asunto político, no únicamente la oposición frente a las estructuras oligopolísticas, sino también el desarrollo de tácticas que permitan recuperar posiciones y recursos materiales a todos aquellos que ven su nivel de vida deteriorado: desde los autónomos y trabajadores de la economía del *gig* hasta los pequeños productores agrícolas o la falsa pyme, aparecen todo tipo de figuras precarizadas que no encajan en la categoría de los asalariados por cuenta ajena pero que se ven sometidos a la misma situación de subordinación y que, por ello, requieren de fórmulas nuevas a través de las cuales puedan incidir de modo pragmático sobre las condiciones de su funcionamiento en el mercado y sobre las consecuencias que esta circunstancia tiene en su vida cotidiana.

Este elemento es importante porque resalta cómo en momentos históricos de desajuste estructural los efectos de las transformaciones se dejan sentir a lo largo de todas las capas sociales: si tiene sentido hablar del noventa y nueve por ciento es precisamente porque una mayoría de la sociedad ha sufrido las consecuencias negativas de los cambios desarrollados por las oleadas conservadoras. Según el lugar que cada cual ocupe en la organización social, los efectos serán más o menos gravosos, pero que su intensidad sea menor o genere menos daños no significa que estos no existan. Uno de los mecanismos esenciales de las revoluciones conservadoras ha consistido en fragmentar y provocar el enfrentamiento de sus resistencias. El mundo contemporáneo occidental ofrece una buena imagen de esta operación exitosa, de modo que las clases trabajadoras se confrontan con las clases medias, las cuestiones materiales se hallan en lucha contra las culturales, los

hombres contra las mujeres, unas razas contra otras, los autónomos contra los obreros, los catalanes contra los españoles o los europeos del norte contra los del sur. Como diría el Paul Schrader de *Blue Collar*, así funcionan las cosas, y solemos fijarnos mucho menos en lo que unas realidades y colectivos tienen de complementario respecto de los otros y mucho más en lo que los diferencia. Pero eso no es más que el resultado de un mecanismo de control de las resistencias que funciona de manera muy efectiva.

De modo que la pregunta acerca de «quién va a hacerlo» tiene muchas contestaciones, pero hay una que no se puede pasar por alto: nosotros. El futuro está en parte en nuestras manos y lo que venga dependerá de las acciones presentes. La construcción de fuerzas de resistencia que consigan poder y recursos para la mayoría de la sociedad, el centro de una política progresista contemporánea, puede darse en muchos niveles y no sólo en el de las demandas a los actores institucionales: sin una activación de las acciones a pie de tierra, que combinen la idea de un futuro mejor con dosis de pragmatismo cotidiano, será mucho más difícil combatir estos tiempos de impotencia. Ese «nosotros» alude igualmente a la necesaria inclusión de los distintos afectados por este repliegue conservador; sin una mirada a la altura del nuevo capitalismo y su planteamiento estratégico, el descontento se diluirá en reivindicaciones diversas y enfrentadas que no harán más que sostener un sistema que nos aboca a tiempos oscuros.

Bibliografía

- Aglietta, Michel y Brand, Thomas, *Un new deal para Europa*, Madrid, Instituto de Altos Estudios Nacionales / Traficantes de sueños, 2014.
- Albiac, Gabriel, *Sumisiones Voluntarias*, Madrid, Tecnos, 2011.
- Alonso, Luis Enrique y Fernández, Carlos, *Poder y sacrificio. Los nuevos discursos de la empresa*, Madrid, Siglo XXI de España, 2018.
- Alvesson, Mats y Spicer, Andre, *The stupidity paradox. The Power and Pitfalls of Functional Stupidity at Work*, Londres, Profile Books, 2016.
- «(Un)Conditional surrender? Why do professionals willingly comply with managerialism», *Journal of Organizational Change Management* 29/1 (2016), pp. 29-45.
- Alvesson, Mats y Willmott, Hugh, *Making sense of management. A Critical Introduction*, Londres, Sage, 2012.
- Amable, Bruno y Palombarini, Stefano, *L'illusion du bloc bourgeois*, París, Raisons d'agir, 2017.
- Anderson, Elizabeth, *Private Government. How Employers Rule our Lives*, Princeton, Princeton University Press, 2017.
- Baños, Pedro, *Así se domina el mundo*, Barcelona, Ariel, 2017.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Barcelona, Siglo XXI de México/Anthropos, 2013.
- Bernabé, Daniel, *La trampa de la diversidad*, Madrid, Akal, 2018.
- Bloom, Peter y Rhodes, Carl, *CEO society. The Corporate Takeover of Everyday Life*, Londres, Zed Books, 2018.
- Boltanski, Luc, *De la crítica*, Madrid, Akal, 2014.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Eve, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.
- Braverman, Harry, *Labor and monopoly capital. The degradation of work in the 20th century*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.
- Burnham, James, *The Managerial Revolution*, Londres, Putnam and Co., 1942.
- , *Los maquiavelistas*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1945.
- Cederström, Carl y Spicer, Andre, *The wellness syndrome*, Cambridge, Polity, 2015.
- Clanton, Gene Orval, *Populism. The humane preference in America*, Boston, Twayne Publishers, 1991.
- Clausewitz, K., *De la Guerra*, Barcelona, Labor, 1984.
- Clegg, S.; Courpasson, D. y Philips, N., *Power and organizations*, Londres, Sages 2006.
- Coriat, Benjamin, *El taller y el cronómetro*, Madrid, Siglo XXI de España, 1982.
- , *Pensar al revés: trabajo y organización en la empresa japonesa*, Madrid, Siglo XXI de España, 1993.
- , *El taller y el robot: ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*, Madrid, Siglo XXI de España, 1993.
- Courpasson, David y Thoenig, Jean-Claude, *When managers rebel*, Nueva York, Palgrave, 2010.
- Crispin, Jessa, *Por qué no soy feminista. Un manifiesto feminista*, Barcelona, Libros del Lince, 2016.
- Davies, William, *The limits of neoliberalism*, Londres, Sage, 2014.
- Davis, Aeron, *Reckless Opportunists: Elites at the End of the Establishment*, Manchester, Manchester

- University Press, 2018.
- Drezner, Daniel W., *The Ideas Industry*, Oxford, Oxford University Press, 2017.
- Duff, Turney, *The Buy Side*, Nueva York, Crown Business, 2013.
- Duménil, Gérard y Lévy, Dominique, *La gran bifurcación*, Madrid, Catarata /Fuhem Ecosocial, 2014.
- Ehrenreich, Barbara, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, Madrid, Turner, 2011.
- , *Natural Causes. Life, Death and the Illusion of Control*, Londres, Granta, 2018.
- Erturk, I.; Froud, J.; Johal, S.; Leaver, A. y Williams, K., *Financialization at work: Key texts and commentary*, Nueva York, Routledge, 2008.
- Estefanía, Joaquín, *Revoluciones. Cincuenta años de rebeldía (1968-2018)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.
- Fernández Rodríguez, C. J., *El discurso del Management: tiempo y narración*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2007.
- Ferrero, Guglielmo, *Poder. Los genios invisibles de la ciudad*, Madrid, Tecnos, 2015.
- Fleming, Peter y Spicer, Andre, *Contesting the corporation*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- Flyvbjerg, Bent, *Rationality and power*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.
- Folkman, P.; Froud, J.; Sukhdev, J. y Williams, K., «Working for themselves? Capital market intermediaries and present day capitalism», *Business History* 49, Iss. 4 (2007).
- Floco, Gaëtan, *Des dominants très dominés*, París, Raisons d'agir, 2015.
- Formenti, Carlo, *La variante populista*, Barcelona, El Viejo Topo, 2016.
- Foroohar, Rana, *Makers and takers*, Nueva York, Crown Business, 2016.
- Frank, Thomas, *¿Qué pasa con Kansas?*, Madrid, Acuarela, 2008.
- Freeland, Christa, *Plutocrats, the Rise of the New Global Super-Rich*, Londres, Penguin, 2013.
- French, Howard W., *Everything under the Heavens: how the past helps shape China's push for global power*, Londres, Sidney, Scribe, 2017.
- Friedman, Thomas L., *Gracias por llegar tarde*, Barcelona, Deusto, 2018.
- Garland, David, *La cultura del control*, Barcelona, Gedisa, 2005.
- García Martínez, Antonio, *Chaos Monkeys*, Nueva York, Harper Collins, 2016.
- Gaudemar, Jean Paul, *El orden y la producción*, Madrid, Trotta, 1991.
- Georgescu, Peter y Dorsey, David, *Capitalists, Arise!*, Oakland, Berrett-Koehler, 2017.
- Gidley, Jennifer M., *The Future, a Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2017.
- Goad, Jim, *Manifesto Redneck*, Barcelona, Dirty Works, 2017.
- González Villa, Carlos, *Las revoluciones de colores, ebook*, Eurasian Hub, 2011.
- Guicciardini, Francesco, *Diálogo sobre el gobierno de Florencia*, Madrid, Akal, 2017.
- Guilluy, Christophe, *Plaidoyer pour une gauche populaire: la gauche face à ses électeurs*, Lormont, Éditions Le Bord de l'eau, 2011.
- , *La France périphérique: comment on a sacrifié les classes populaires*, París, Flammarion, 2014.
- , *Le crépuscule de la France d'en haut*, París, Flammarion, 2016.
- Gunn, Simon y Bell, Rachel, *Middle classes. Their rise and sprawl*, Londres, Cassel & Co., 2002.
- Harari, Yuval Noah, *Homo Deus*, Barcelona, Debate, 2016.
- , *21 lecciones para el siglo XXI*, Barcelona, Debate, 2018.
- Harrington, Brooke, *Capital without Borders*, Harvard, Harvard University Press, 2016.
- Harrison, Bennett, *Lean and Mean. The Changing Landscape of Corporate Power in the Age of Flexibility*, Nueva York, Gilford Press, 1994.
- Harvey, David, *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio*

- cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- , *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004.
- , *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*, Madrid, Akal, 2017.
- Head, Simon, *Mindless. Why Smarter Machines are Making Dumber Humans*, Nueva York, Basic Books, 2014.
- Hirchsman, Albert O., *Retóricas de la intransigencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- , *Las pasiones y los intereses*, Madrid, Capitán Swing, 2014.
- Hobsbawm, Eric, *La era del capital*, Barcelona, Crítica, 2011.
- Hoschschild, Arlie R., *Extraños en su propia tierra*, Madrid, Capitán Swing, 2018.
- Horkheimer, Max, *Crítica de la razón instrumental*, Madrid, Trotta, 2002.
- Ingham, Geoffrey, *The nature of money*, Cambridge, Polity, 2004.
- , *Capitalismo*, Madrid, Alianza, 2010.
- Jacoby, Sanford M., *Employing Bureaucracy*, Nueva York, Psychology Press, 2004.
- Judis, John B., *La explosión populista*, Barcelona, Deusto, 2017.
- Keen, Steve, *Can we Avoid another Financial Crisis?*, Cambridge, Polity, 2017.
- King, Stephen D., *Grave New World*, New Haven, Yale University Press, 2017.
- Knights, David y Willmott, Hugh, *Management lives: power and identity in work organizations*, Londres, Sage, 1999.
- Kolhatkar, Sheelah, *Black Edge*, Londres, Random House, 2017.
- Kuzminski, Adrian, *Fixing the system. A History of Populism, ancient and modern*, Nueva York, Bloomsbury, 2008.
- Kracauer, Siegfried, *Los empleados*, Barcelona, Gedisa, 2008.
- Lakoff, George, *No pienses en un elefante: lenguaje y debate político*, Madrid, Editorial Complutense, 2007.
- Lanchester, John, *¡Huy! Por qué todo el mundo debe a todo el mundo y nadie puede pagar*, Madrid, Anagrama, 2010.
- Lasch, Christopher, *The True and only Heaven*, Nueva York, Norton, 1991.
- Lazzarato, Mauricio, *Gobernar a través de la deuda*, Buenos Aires, Amorrortu, 2013.
- Lefort, Claude, *Maquiavelo. Lecturas de lo político*, Madrid, Trotta, 2010.
- Levin, Daniel, *Nothing but a Circus. Misadventures among the Powerful*, Londres, Penguin, 2018.
- Lewis, Michael, *Flash Boys*, Barcelona, Deusto, 2014.
- Lilla, Mark, *La mente naufragada*, Barcelona, Debate, 2017.
- , *El regreso liberal*, Barcelona, Debate, 2018.
- Lukes, Steven, *El poder. Un enfoque radical*, Madrid, Siglo XXI de España, 2007.
- Luyendijk, Joris, *Entre tiburones*, Barcelona, El hombre del tres/Malpasso, 2016.
- Lynn, Barry C., *End of the line. The Rise and Coming Fall of the Global Corporation*, Nueva York, Doubleday, 2005.
- , *Cornered. The New Monopoly Capitalism and the Economics of Destruction*, Hoboken, Wiley, 2010.
- MacLean, Nancy, *Democracy in Chains*, Londres, Sidney, Scribe, 2017.
- Maquiavelo, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Akal, 2016.
- Malet, J-B., *En los dominios de Amazon*, Madrid, Trama, 2013.
- Mason, Paul, *Postcapitalismo*, Barcelona, Paidós, 2016.
- Marx, Karl, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza, 2003; integrada en *Obras escogidas I*, Madrid, Akal, 2016.

- , *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2015; integrada en *Obras escogidas I*, Madrid, Akal, 2016.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Manifiesto comunista*, Madrid, Akal, 2017; edición bilingüe, Madrid, Akal, 2018.
- Michéa, Jean-Claude, *Les mystères de la gauche : De l'idéal des Lumières au triomphe du capitalisme absolu*, París, Climats, 2013.
- , *Notre ennemi, le capital*, París, Climats, 2017.
- Miller, Peter y Rose, Nicholas, *Governing the present*, Cambridge, Polity, 2008.
- Minton, Anna, *Big Capital. Who is London for?*, Londres, Nueva York, Penguin, 2017.
- Morozov, Evgeny, *Le mirage numérique. Pour une politique du Big Data*, París, Les Prairies Ordinaries, 2015.
- , *Capitalismo big tech*, Madrid, Enclave, 2018.
- Muller, Jerry Z., *The Tyranny of Metrics*, Princeton, Princeton University Press, 2018.
- Nachtwey, Oliver, *La sociedad del descenso*, Barcelona, Paidós, 2018.
- Nagle, Angela, *Kill all normies*, Londres, Zero Books, 2017.
- Noble, David F., *Forces of Production*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1984.
- Norfield, Tony, *The City. London and the Global Power of Finance*, Londres, Verso, 2016.
- Olin Wright, Erik, *Comprender las clases sociales*, Madrid, Akal, 2018.
- O'Neill, Cathy, *Armas de destrucción matemática*, Madrid, Capitán Swing, 2017.
- Ourousoff, Alexandra, *Triple A. Une anthropologue dans les agences de notation*, París, Belin, 2013.
- Palmer, Bruce, *Man Over Money. The Southern Populist Critique of American Capitalism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980.
- Parisier, Eli, *El filtro burbuja*, Madrid, Taurus, 2017.
- Pettifor, Ann, *La producción del dinero*, Barcelona, Los libros del lince, 2017.
- Pinçon, Michel y Pinçon-Charlot, Monique, *Les ghettos du ghota*, París, Éditions du Seuil, 2007.
- Pinker, Steven, *En defensa de la Ilustración*, Barcelona, Paidós, 2018.
- Piqué, Josep, *El mundo que nos viene*, Barcelona, Deusto, 2018.
- Pocock, J. G. A., *El momento maquiavélico*, Madrid, Tecnos, 2002.
- Polanyi, Karl, *La gran transformación*, Madrid, Virus, 2016.
- Pollock, Friedrich, *La automatización*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1959.
- Power, Michael, *The audit society. Rituals of verification*, Oxford, Oxford University Press, 1997.
- , *Organized uncertainty*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- Rahman, K. Sabeel, *Democracy against Domination*, Oxford, Oxford University Press, 2017.
- Reeves, Richard, *Dream Hoarders*, Washington, Brookings Institution Press, 2017.
- Robin, Corey, *Fear, the History of a Political Idea*, Oxford, Oxford University Press, 2004.
- , *The reactionary mind*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
- Robinson, William I, *Global Capitalism and the Crisis of Humanity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.
- Rosa, Hartmut, *Accélération*, París, La Découverte, 2011.
- , *Alienación y aceleración*, Buenos Aires, Katz, 2016.
- Rosenberg, Arthur, *Democracy and socialism*, Boston, Beacon Press, 1965.
- , *Democracia y lucha de clases en la antigüedad*, Barcelona, El Viejo Topo, 2006.
- , *Historia de la república romana*, Barcelona, El Viejo Topo, 2018.
- Sayer, Andrew, *Why We Can't Afford the Rich*, Bristol, Policy Press, 2016.
- Scheidel, Walter, *El gran nivelador*, Barcelona, Crítica, 2018.

- Schlesinger, Arthur, *La era de Roosevelt. La crisis del orden antiguo*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana Uteha, 1968.
- Schwab, Klaus, *La cuarta revolución industrial*, Barcelona, Debate, 2016.
- Sherman, Rachel, *Uneasy Street*, Princeton, Princeton University Press, 2017.
- Soto Ivars, Juan, *Arden las redes*, Barcelona, Debate, 2017.
- Spicer, André, *Business Bullshit*, Nueva York, Routledge, 2018.
- Spinoza, Baruch, *Ética*, Madrid, Alianza, 2011.
- , *Tratado Político*, Madrid, Alianza, 2013.
- Supiot, Alain, *La Gouvernance par les nombres*, París, Fayard, 2015.
- Thompson, Paul, «Disconnected capitalism: or why employers can't keep their side of their bargain», *Work, Employment and Society* 17/2 (2003).
- Timcke, Scott, *Capital, State, Empire*, Londres, University of Westminster Press, 2017.
- Turchin, Peter, *Ages of Discord. A Structural-Demographic Analysis of American History*, Chaplin, Connecticut, Beresta, 2016.
- Van Elteren, Mel, *Managerial Control of American Workers*, Jefferson, McFarland, 2017.
- Vion-Dury, Philippe, *La nouvelle servitude volontaire*, Limoges, Fyp Éditions, 2016.
- Vivanti, Corrado, *Maquiavelo. Los tiempos de la política*, Barcelona, Paidós, 2013.
- Wedel, Janine R., *Shadow Elite*, Nueva York, Basic Books, 2009.
- Williams, Joan C., *White Working Class*, Harvard, Harvard Business Review Press, 2017.

akal ANVERSO

PINCHE
AQUÍ

GREGORIO
MORÁN

EL CURA ^Y LOS MANDARINES

**Historia no oficial
del Bosque de los Letrados**

Cultura y política en España
1962-1996

